



Cuidados, trabajo y familia: ¿una ecuación posible?

El tiempo dedicado al cuidado de los hijos en Chile

Memoria para optar al título de Socióloga

Autora: Verónica Canales Guerrero

Profesor guía: Rodrigo Asún Inostroza

Santiago de Chile, diciembre de 2018

Índice general

Resumen	2
Problematización	3
Antecedentes	11
Crisis de los cuidados	11
Transformaciones en la familia	13
Cuidado de los hijos en Chile: transformaciones en el ejercicio de la parentalidad	16
Marco teórico	21
El orden de género como construcción histórica	21
La dominación masculina	21
La división del trabajo en las sociedades modernas	24
Doble presencia: el tiempo de trabajo femenino en la modernidad tardía	27
El cuidado como objeto de análisis	31
Distinciones entre trabajo doméstico y el trabajo de cuidados	31
El cuidado en la familia	33
Otros aspectos de la organización del cuidado y las encuestas de uso del tiempo	37
El cuidado: un objeto escurridizo para las encuestas de uso del tiempo	37
Otras variables relacionadas con el cuidado	39
Objetivos	42
Objetivo general	42
Objetivos específicos	42
Datos y metodología	43
Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (2015)	43
Padres con hijos menores de 15 años	44
Estrategia de análisis para datos de uso del tiempo	47
¿Regresión lineal o tobit?	47
Regresión lineal múltiple	48
Variables dependientes	51
Variables independientes	54
Plan de análisis	56
Resultados	60

Tiempo de cuidados en el nuevo contexto laboral	60
Tiempo de cuidados de los hijos	62
Tiempo dedicado a los hijos por tipo de cuidado	67
Distribución del trabajo de cuidados	76
Conclusiones	82
Bibliografía	92

Resumen

Las capacidades sociales de brindar cuidado se encuentran en tensión. La entrada creciente de las mujeres al mercado laboral, los cambios sociodemográficos como el envejecimiento y las jornadas laborales extensas que devoran gran parte del día de los trabajadores, ubican a los espacios familiar y laboral en un conflicto de difícil conciliación, poniendo en riesgo la capacidad de las familias de entregar cuidado. En este contexto, los cambios en el mercado laboral no se han visto acompañados de una distribución equitativa de las responsabilidades de cuidado, siendo las mujeres las que han debido enfrentar con mayor dificultad la necesidad de articular cuidado y empleo. En este conflicto el tiempo ha cobrado especial relevancia analítica. El estudio de la organización cotidiana de la participación laboral y en el cuidado es de suma relevancia para entender los obstáculos de esta conciliación. Utilizando datos de la primera Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (INE, 2015), el propósito de esta tesis fue analizar cómo afecta la participación laboral de hombres y mujeres al tiempo que estos comprometen al cuidado de sus hijos. Aunque estudios recientes muestran que las mujeres dedican una cantidad considerablemente mayor de tiempo a esta tarea, hasta ahora no se ha explorado en detalle el tipo de cuidado que cada padre entrega, ni tampoco cómo afecta la participación laboral de la pareja o cónyuge en el involucramiento de cada padre en la tarea de cuidar. A su vez, muchos estudios han considerado al cuidado como parte de un conjunto mayor de tareas domésticas, obscureciendo el carácter particular de este. Aunque algunos señalan que en Chile se estaría ante la emergencia de un nuevo modelo de parentalidad, los resultados de esta tesis apoyan la hipótesis de que más bien se estaría ante una reconfiguración del orden hegemónico de género (Madrid, 2017).

Palabras clave: cuidado, trabajo, tiempo, género.

Problematización

El tiempo ha cobrado relevancia para comprender la organización de las sociedades y su desarrollo. La dimensión temporal de la vida cotidiana se ha vuelto una referencia fundamental para analizar el nivel de bienestar de las personas, ganando espacio entre medidas tradicionales basadas en el ingreso. El tiempo libre es considerado como un importante recurso para el bienestar individual en tanto provee la oportunidad de descansar, interactuar con otros, divertirse y desarrollarse como persona (Chatzitheochari y Arber, 2012). A su vez, la distribución del tiempo se encuentra estrechamente relacionada con la posibilidad de los hogares de superar situaciones de pobreza y vulnerabilidad (Bardasi y Wordon, 2006).

En las últimas décadas en Chile el uso y distribución del tiempo de las personas se ha visto presionado por una serie de transformaciones vinculadas a cambios en la estructura demográfica, el mercado laboral y las familias (Yopo, 2016a). La entrada masiva de las mujeres al mercado laboral, el aumento del número de familias con dos proveedores, así como el número cada vez mayor de familias monoparentales, han configurado un escenario en donde la gestión del tiempo se torna cada vez más relevante, afectando de manera distinta la organización de la vida cotidiana de hombres y mujeres.

La organización social del cuidado se ha visto especialmente tensionada frente a estas transformaciones. Aunque hoy las mujeres tienen menos hijos que en el pasado, el tiempo disponible de las familias para dedicar al cuidado ha disminuido a la par que las horas dedicadas al empleo han aumentado. Cada vez es mayor la cantidad de hogares donde los hijos no conviven con ambos padres, o donde si lo hacen ambos trabajan fuera del hogar. Las familias se enfrentan a una “escasez de tiempo” que pone en peligro su capacidad de proveer cuidado a sus integrantes, los que todos con menor o mayor grado, son susceptibles de necesitar cuidado en distintos momentos de su vida.

Estudios recientes revelan que han sido las mujeres las que han asumido en mayor medida esta presión sobre la organización del tiempo de cuidados. A pesar de que en Chile las mujeres han aumentado considerablemente su participación en el empleo, estas siguen siendo las principales responsables del cuidado de los niños, los ancianos y los enfermos, así como de otras tareas domésticas (INE, 2009, 2016; Sernam, 2009; PNUD, 2010). Como consecuencia de esto la *falta de tiempo* se ha configurado como la experiencia temporal más relevante para las mujeres (Yopo, 2016a). De acuerdo a los relatos que analiza esta autora, si bien las mujeres despliegan estrategias para enfrentar esta escasez de tiempo de manera creativa y autónoma, estas oportunidades parecen ser mínimas y excepcionales, prevaleciendo una fuerte desigualdad en la manera en que las familias resuelven esta tensión.

Aunque el cuidado es fundamental para la existencia de cualquier sociedad, contradictoriamente son las personas las que “por su cuenta” se han visto en la obligación de resolver las tensiones que hoy pesan

sobre este. Una de las principales inseguridades que enfrentan los padres en este nuevo contexto es quien cuidara de sus hijos cuando estos se encuentran en su jornada laboral. Si bien en Chile la cobertura en edad preescolar ha aumentado, esta sigue siendo baja sobre todo para los niveles de menor edad, alcanzando en algunos casos un nivel que no supera el 20% (Mineduc, 2014). La respuesta institucional ante estas inseguridades aún es demasiado débil, y en general esta disyuntiva es resuelta a nivel familiar, siendo las mujeres las que deben sobrellevar casi de manera exclusiva esta tarea. No resulta extraño que las cifras de aumento del empleo femenino en muchos casos esconda una inserción laboral precarizada como lo es el caso del empleo parcial como ocurre en España (Carrasquer, 2009), y también en Chile donde esta situación también es frecuente. En situaciones más extremas cuando los hijos se enferman gravemente, son las mujeres las que cuidan a los menores. Del total de licencias médicas de ellas un 10,4% se debe a enfermedad del hijo menor de un año, mientras que para los hombres esta cifra apenas alcanza un 0,1% (Dirección del Trabajo, 2011).

El actual sistema empuja a hombres y mujeres al mercado laboral, asumiendo en gran medida que la vida familiar y sus necesidades son un asunto privado, ajeno al funcionamiento del mercado. No obstante, al mismo tiempo este sistema no puede prescindir del cuidado y la renovación de la fuerza de trabajo, quedando el cuidado descompensado y potencialmente vulnerable a no ser satisfecho. Es en la organización cotidiana del tiempo donde las familias resuelven las inestabilidades de esta forma de organización, siendo por tanto el arreglo temporal entre hombres y mujeres una de las aristas más relevantes para analizar la capacidad que las sociedades tienen hoy de proveer bienestar. Mientras que en el pasado el cuidado entendido como un asunto privado se sostenía en un orden de género particular, hoy este se encuentra bajo un fuerte cuestionamiento que tensiona aún más la situación precaria del cuidado.

Uno de los ejes ordenadores más importantes de la organización social del tiempo es el género. Históricamente los esquemas tradicionales de feminidad y masculinidad han asignado lugares distintos a mujeres y hombres en el uso y distribución de su tiempo en la vida cotidiana. De acuerdo a este ordenamiento, al interior de las familias los hombres deben encargarse de la provisión económica de la mujer y los niños, mientras que la tarea principal de las mujeres es dedicarse al cuidado de los integrantes de su familia, preocupándose por la crianza de los niños y la atención y acompañamiento de los hombres. La incorporación de estos esquemas a través de la socialización en la familia en primer lugar, pero también en la escuela, permite hablar de la reproducción de “contratos implícitos sobre el deber ser” que se espera para hombres y mujeres (Aguirre, et. al, 2014), y que se asienta en las “conciencias” de los niños desde edades muy tempranas.

Hoy estos esquemas se encuentran en tensión, aunque se mantienen vigentes en la sociedad chilena como representaciones ordenadoras de la organización de la vida cotidiana (PNUD, 2010). El cambio en la participación laboral de la mujer y sus consecuencias para el tiempo familiar disponible para

el cuidado, han modificado la manera en que hombres y mujeres entienden el cuidado de los hijos y distribuyen su tiempo para el desarrollo de estas actividades. Distintos estudios concuerdan que el reajuste que ha producido estas transformaciones se expresa en el (des)encuentro de esquemas tradicionales y transicionales, más cercanos a valores modernos (Sunkel, 2004; Rodríguez, 2005; Bustamente, 2011, Yopo, 2016b). La maternidad ya no sólo es entendida como la entrega abnegada de una madre al cuidado de sus hijos, sino que también implica la provisión material de sus hogares.

A su vez, la familia y forma en que estructuran las relaciones en su interior también ha sido escenario de importantes cambios. Si en el pasado predominaba la relación de pareja por sobre la relación filial, hoy la familia y sus relaciones giran en torno a los hijos (Araujo y Martuccelli, 2012). El desarrollo de los hijos y la relación que los padres logran establecer con estos se ha convertido en una importante fuente de legitimación vital para la biografía de los sujetos. Esto, junto con que hoy se espera que las relaciones filiales sean mucho más horizontales y cercanas que en el pasado.

Estas transformaciones han afectado la manera en que hombres y mujeres enfrentan la parentalidad y los cuidados. Las madres han debido balancear trabajo y cuidado, organizando su experiencia temporal en lo que Balbo (1978) ha llamado como una “doble presencia” (*doppia presenza*). Por otro lado, los padres han visto cuestionada la figura paterna tradicional, esperándose de estas disposiciones distintas a las que observaron cuando ellos fueron criados. En Chile los padres de hoy están llamados a construir relaciones más democráticas al interior de la familia, en donde prime la cercanía como base para el desarrollo de relaciones más íntimas (Olavarría, 2001). En relación a cómo estas transformaciones en la familia han afectado el uso y distribución del tiempo de los padres se dispone de menor información para el contexto chileno. En general los estudios se han centrado en la experiencia de las mujeres, aunque resulta evidente que a diferencia de estas los hombres siguen dedicando menos tiempo al cuidado y al desarrollo de tareas domésticas. Estudios en países desarrollados muestran que en las últimas décadas los padres han aumentado su participación en el trabajo de cuidados, aunque aún se encuentran lejos de igualar a las mujeres en este aspecto (Sullivan, Billari y Altintas, 2014).

Junto con la vida familiar, el trabajo para el mercado es otro de los grandes ordenadores de la experiencia temporal en las sociedades actuales. De acuerdo a Everingham (2002) antes de la industrialización el tiempo era experimentado en sincronía con los ritmos de la naturaleza. El trabajo no tenía una organización estricta más allá de los tiempos de la agricultura y la cantidad de horas de luz. Con el desarrollo de la industria fue necesaria una organización temporal estandarizada, en donde el reloj vino a cumplir una importante función para marcar el ritmo cotidiano de los trabajadores.

Con el desarrollo de un tiempo estandarizado, la industrialización trajo consigo la consolidación de una visión dominante que entendía que el mundo se encontraba separado en dos esferas de la vida: la “pública” donde el tiempo de trabajo era pagado con un salario, y la “privada” circunscrita a la

intimidad del hogar (Everingham, 2002). La relación entre estas esferas ha sido largamente tratada por la sociología y por las feministas en particular. Mientras que desde una perspectiva liberal se ha tendido a reificar su separación, el trabajo de las feministas ha contribuido a desmitificar la supuesta independencia entre lo doméstico y el sistema económico. En palabras de estas el trabajo doméstico y de cuidados es central para la reproducción de la fuerza de trabajo, y por tanto, indispensable para el funcionamiento de cualquier economía (Carrasco, Borderías y Torns, 2011; Fraser, 2016).

Hoy es difícil desconocer la fuerte interrelación entre la vida familiar y el trabajo, y varios estudios señalan su conexión en el curso de vida de las personas (Krüger y Levy, 2001; Madero-Cabib, et. al 2016). Aunque la relación entre trabajo y cuidados no se presenta en una única dirección, esta tesis tiene por objetivo analizar cómo la inserción laboral de los padres afecta el tiempo que dedican a cuidar a sus hijos. De acuerdo a Craig (2006) la pregunta por la manera en que hoy hombres y mujeres comparten las tareas de cuidado se encuentra estrechamente relacionada con una de las transformaciones más importantes de las últimas décadas: la incorporación masiva de las mujeres al mercado del trabajo. La investigación de la autora en países desarrollados indica que aun cuando la mujer trabaje a tiempo completo, en general las madres comprometen más tiempo que los varones al cuidado de los hijos, además de realizar tareas más pesadas o menos agradables que estos. Enfocar la pregunta desde el lado de los cuidados – y no al revés, cómo la inserción laboral se ve afectada por su distribución – implica tomar en cuenta aquellos factores que organizan el tiempo de cuidados, siendo la participación laboral de las parejas uno de los más relevantes. Analizar estos arreglos familiares implica considerar que la manera en que los integrantes distribuyan sus actividades importa en cómo los demás organicen las suyas (Craig y Brown, 2017). El cómo las familias resuelven articular el ámbito laboral con el familiar será de especial relevancia para analizar las desigualdades de tiempo (y de poder) que se producen en este espacio. Esta tesis se enfocará en aquellos padres que forman parte de parejas heterosexuales¹.

Si bien algunos estudios han explorado como esta transformación ha modificado como hombres y mujeres distribuyen su tiempo en torno a las tareas domésticas y de crianza (Araujo, 2005; Sernam, 2009; Todaro, 2010; PNUD, 2009, 2010, Barker y Aguayo, 2012; Humphreys, 2014; Encalada, 2015; Yopo, 2016a), el alcance de estos ha estado limitado por la disponibilidad de información, así como por la manera de aproximarse a la problemática del tiempo de cuidados. En relación al primer aspecto, un grupo de estudios utiliza datos basados en la percepción que las personas tienen respecto a quien realiza en mayor medida las tareas domésticas y de cuidado (Araujo, 2005; PNUD, 2009; 2010; Barker y Aguayo,

¹Concentrarse en la distribución del tiempo de hogares conformados por un núcleo conyugal tiene ciertas limitaciones. Por un lado, deja fuera del análisis a hogares monoparentales, los que, considerando los cambios recientes en la estructura de las familias chilenas, han sido un grupo que ha aumentado considerablemente en los últimos años (INE, 2018). A pesar de que estas nuevas formas familiares requieren también de atención respecto a sus patrones de uso del tiempo, de acuerdo con los resultados del último censo los hogares con la presencia de una pareja siguen siendo el grupo mayoritario entre los tipos de familia en Chile. A su vez, queda fuera del alcance de esta tesis conocer los patrones de distribución para parejas homoparentales.

2012). Aun cuando estos permiten aproximarse al problema, resulta difícil analizar las desigualdades que imponen las estructuras objetivas de la división del trabajo al interior de la familia, en tanto las respuestas de las personas se ven influenciadas por un aspecto de deseabilidad social (ej. resulta deseable que los padres señalen que comparten tiempo con sus hijos). Las encuestas de uso del tiempo, y particularmente aquellas basadas en diarios de actividades, son destacadas como los instrumentos más adecuados para enfrentar esta temática (Sullivan, 2010).

Chile no tiene una larga tradición de encuestas de uso del tiempo. La primera encuesta levantada por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE) se realizó el año 2007 y su representatividad se encontró limitada solo para el Gran Santiago. Sólo a finales del año 2016 el INE publicó la primera Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (en adelante ENUT), representativa a nivel de las 15 regiones del país. Una segunda limitante dice relación con la forma en que estos estudios se han aproximado a la problemática del cuidado. En general aquellos estudios que se preocupan específicamente de la relación entre el trabajo y el ámbito familiar conceptualizan al trabajo doméstico o no remunerado bajo una sola categoría de análisis que engloba actividades como cocinar, limpiar y cuidar a menores (Todaro, 2010), mientras que los estudios señalan que se debería distinguir entre trabajo doméstico y cuidados. Por ejemplo, varios autores han insistido en la particularidad del cuidado frente a otras formas de trabajo doméstico: a diferencia de otras formas de trabajo como cocinar o limpiar donde la realización de la actividad es sólo un insumo para la producción, el producto del trabajo de cuidados es el cuidado mismo (Donath, 1996; Himmelweit, 2007). La relación que se establece entre la persona cuidada y su cuidadora es fundamental para el desarrollo mismo de la actividad. A su vez, estudios en países desarrollados han mostrado que el trabajo doméstico y el de cuidados han seguido tendencias distintas en los últimos años (Sullivan, 2013). Mientras que el tiempo dedicado a los quehaceres del hogar disminuye en la medida que aumenta el tiempo de trabajo en la ocupación, estudios muestran que las madres tienden a mantener el tiempo de cuidado de los niños a costa de su tiempo de ocio, de cuidado personal o de sus horas de sueño (Craig, 2006a). Por otro lado, mientras que entre los padres el cuidado de los niños es considerado como relativamente agradable de realizar, el trabajo doméstico es calificado como una de las actividades más tediosas de ejecutar (Sullivan, 2013).

En algunas investigaciones en Chile el trabajo de cuidado de los menores no se encuentra separado del cuidado de otros integrantes del hogar (Sernam, 2009; Humphreys, 2014). Distintos autores han apuntado que resulta conveniente distinguir entre el trabajo de cuidados que requieren los niños y aquel que compromete a una persona adulta con autonomía para valerse por sí misma (Carrasco, Borderías y Torns 2011). El cuidado de los hijos puede ser concebido como una de las actividades más intensas en términos de la atención que necesita, siendo conceptualizado como una de las tareas familiares más demandantes en términos de trabajo emocional o mental (Barnes, 2015).

Una de las propuestas más interesantes respecto al análisis de la organización del tiempo y su relación

con los cuidados ha sido planteada recientemente por Martina Yopo (2016a). Para la autora la mayoría de los estudios del tiempo en Chile presentan una visión parcial y limitada de la experiencia temporal al concebir el tiempo como un recurso natural, objetivo y escaso. Utilizando el concepto de “trabajo temporal” propuesto por Flaherty (2013), Yopo argumenta que los individuos no solo experimentan el tiempo de manera pasiva y como un curso lineal de sucesos. Para la autora el individuo es un agente activo que desarrolla estrategias con el objetivo de determinar su experiencia cotidiana del tiempo. A través del análisis de entrevistas, Yopo observa que las mujeres chilenas a pesar de encontrarse fuertemente restringidas por la hegemonía masculina en la organización del tiempo, desarrollan estrategias de administración y producción de tiempo que le permiten la realización de diversas actividades que involucran ámbitos distintos como el laboral, el trabajo doméstico, el cuidado de la familia y el de sí mismas.

Las encuestas de uso del tiempo han hecho un importante aporte al medir el tiempo en distintas actividades, contribuyendo a visibilizar las desigualdades en la distribución del tiempo entre hombres y mujeres. En este sentido, han permitido valorizar el trabajo invisible que las mujeres realizan para sus familias y que no es contabilizado por medidas tradicionales provenientes de la economía. A pesar de la creciente sofisticación que han alcanzado estas encuestas para contextualizar la medición del tiempo, estos instrumentos adolecen de concebir al tiempo como una entidad externa a los individuos, obscureciendo el hecho que el tiempo debe convertirse en disponible antes de que pueda ser usado en cualquier actividad, y que precisamente es esta una de las funciones cruciales del trabajo realizado en la esfera doméstica (Everingham, 2002: 342).

A pesar de lo interesante y fructífera de esta perspectiva, resulta difícil incorporarla al desarrollo de esta tesis. El tipo de información que esta investigación dispone no permite ir más allá de una visión parcial respecto del tiempo como un elemento externo a las mujeres. La actual ENUT no dispone de variables que permitan contextualizar adecuadamente el desarrollo de las actividades de cuidado. La encuesta no consulta por actividades secundarias no siendo posible abordar dimensiones como la fragmentación o simultaneidad con que muchas madres experimentan su experiencia temporal.

Teniendo en el horizonte estas dificultades, los estudios de uso del tiempo siguen siendo una valiosa herramienta para comprender las recientes transformaciones en el ámbito doméstico en torno a los cuidados. Tomando en cuenta sus limitaciones, estos estudios pueden ofrecer evidencia respecto de las desigualdades en relación al tiempo que los padres comprometen al cuidado de los hijos, así como a la forma en que las personas organizan su vida cotidiana y como esta organización se ve constreñida por la diferencia en la distribución de responsabilidades entre los sexos, en las que el cuidado y el trabajo doméstico aparecen como importantes factores (Bryson, 2008). Al mismo tiempo, estas encuestas incorporan preguntas sobre características sociodemográficas como el nivel de educación propio y de la pareja, o características de la jornada laboral de ambos padres, lo que permite identificar matices y

diferencias que posicionan a hombres y mujeres en distintos lugares respecto de la organización de los cuidados.

El objetivo de esta tesis es analizar cómo afecta la participación laboral de los padres al tiempo que dedican al cuidado de sus hijos. Una de las transformaciones más relevantes del último tiempo es el aumento de las familias de dos proveedores que trabajan a tiempo completo. Mientras que el modelo tradicional de familia asume la complementariedad entre el rol femenino de cuidado y el masculino de provisión, hoy cada vez son más los hogares en donde ambos padres tienen un empleo. Si bien pareciera que cada vez toman más fuerza los discursos por una distribución más equitativa de las responsabilidades al interior del hogar, no queda claro como estas nuevas demandas han modificado la organización del tiempo de los varones y su involucramiento en el cuidado de los hijos.

Partiendo desde una perspectiva que entiende que comprometer determinado tiempo de cuidado responde a esquemas de género que se despliegan en relaciones familiares de poder, la presente tesis se propone analizar la manera en que la organización del tiempo de cuidados se ha visto afectada para el caso de Chile en parejas heterosexuales con hijos. Considerando la persistencia de los esquemas tradicionales de género, se espera que las mujeres no sólo dediquen más tiempo que al cuidado de los hijos, sino que también comprometan una mayor proporción de este tiempo a actividades más rutinarias y rígidas respecto a sus cronogramas de ejecución (ej. acostar a los niños, darles de comer, llevarlos a la escuela). Por otro lado, se espera que los padres no muestren diferencias importantes respecto del tiempo que dedican al cuidado en relación a su situación laboral y de su pareja.

En relación a las limitaciones de los estudios antes mencionados, el diseño de esta tesis busca hacer frente a estas de la siguiente manera. En primer lugar, esta investigación utiliza los datos de la última Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (INE, 2015). Dado el diseño de esta encuesta resulta posible identificar de manera desagregada el tiempo que las personas dedican a actividades como cocinar, limpiar, leer cuentos a los niños, entre otras, siendo posible distinguir entre actividades relacionadas con los quehaceres domésticos y el trabajo de cuidado de los menores. Al mismo tiempo, en tanto esta encuesta es aplicada a todos los integrantes de 12 años o más de cada hogar seleccionado, resulta posible analizar en qué medida la participación laboral de la pareja incide en el tiempo que se dedica al cuidado de los hijos. Esta última dimensión si bien ha sido explorada para otros países, no ha sido analizada todavía para el contexto chileno.

El cuidado es central para la reproducción de las sociedades. Como cualquier actividad, para ser bien ejecutada requiere de tiempo, dedicación y habilidades relacionadas. En la actualidad son las mujeres las que mayor proporción de su tiempo comprometen en la provisión de cuidado, tanto para sus hijos como para otros familiares y cercanos. Las tensiones que afectan a la organización de los cuidados tienen en su origen dos aspectos centrales que hoy cruzan a gran parte de occidente. Por un lado, la

respuesta de carácter biográfico a la crisis que afecta al sistema de reproducción en su conjunto, bajo el supuesto insensato que el cuidado de los hijos es un asunto privado y particularmente femenino. Y por otro, la subordinación que todavía pesa sobre las mujeres respecto del modelo masculino dominante. Aunque con porfía aún se insiste en la idea que ellas contarían con habilidades innatas para asumir estas tareas, lo cierto es que la práctica de cuidado se encuentra incrustada en las categorizaciones de lo femenino y lo masculino. Aunque son más actores los involucrados en la provisión de este cuidado (además de la familia, el Estado, el mercado y las comunidades más cercanas), el alcance de esta tesis se restringe a la organización de lo más cotidiano, el tiempo y su distribución, en las parejas chilenas con hijos.

Antecedentes

Crisis de los cuidados

Sin cuidado no podría existir cultura, organización política o económica (Fraser, 2016). Todos sin excepción requieren en algún momento del cuidado de otro. Sin embargo, a pesar de su importancia por mucho tiempo el trabajo de cuidados y las labores de mantención del hogar se mantuvieron fuera de la mirada de lo económicamente relevante.

Al respecto, una de las críticas más importantes de la teoría de género ha recaído sobre el concepto de trabajo. Mientras que la economía ha definido tradicionalmente al trabajo dentro de las fronteras del mercado, ya a principios de los 60 las teóricas del feminismo buscaron expandir los límites de esta categoría para incluir en el análisis económico las labores domésticas y de cuidado (Himmelweit, 1995). Estas actividades permanecieron obscurecidas por mucho tiempo, tras la centralidad que ocupa en la tradición económica la producción mercantil como objetivo económico básico. Desde estas primeras críticas la tradición feminista ha recorrido un largo camino para señalar la función crítica que cumple el trabajo de cuidados para la economía en general (Carrasco, 2006).

A pesar de los esfuerzos de incluir las labores comúnmente asociadas a lo doméstico en la categoría de trabajo, se plantean dudas de si efectivamente un concepto que tenga como referencia al trabajo asalariado sea el adecuado para analizarlas. El “trabajo doméstico”, y en particular el trabajo de cuidados, tienen elementos propios que los hacen distintos al trabajo mercantil. Los cuidados involucran afectos, emociones, relaciones: necesidades humanas que al igual que el comer o el abrigo, requieren ser satisfechas para la sostenibilidad de la vida (Carrasco, 2003). Si en abstracto la idea de trabajo mercantil separa los productos de la actividad concreta de producción, los productos del trabajo de cuidados no pueden entenderse separados de la actividad que los realiza ni de las relaciones humanas que los crean. A diferencia de tareas como la limpieza de la vivienda o la preparación de comidas, no resulta fácil encontrar sustitutos en el mercado para las tareas de cuidado.

La miopía respecto de los cuidados no sólo proviene de la disciplina económica. Los grandes relatos que abordan las transformaciones en las sociedades occidentales mantienen al cuidado en una trastienda oculta (Carrasquer, 2013a). La presión en la que hoy se ven las capacidades para proveer cuidados, y que a su vez se enmarcan en una crisis más global respecto de la capacidad de las sociedades de brindar bienestar, ha reubicado al cuidado como un objeto de análisis central para entender las transformaciones sociales en la actualidad.

Actualmente diversos elementos presionan las capacidades de las sociedades para brindar cuidado. Autoras como Fraser (2016) han apuntado al sistema capitalista financiero como responsable de esta crisis.

Para esta autora este sistema se caracteriza por la desinversión estatal que disminuye la capacidad del Estado de entregar protección a las personas. Al mismo tiempo, este ha atraído a las mujeres al trabajo remunerado, sustituyendo el modelo familiar de hombre proveedor por aquel conformado por dos proveedores. En tanto la responsabilidad de brindar cuidados sigue recayendo principalmente en las mujeres, estas han debido “conciliar” las responsabilidades de la vida laboral y la familiar, descompensando la provisión de cuidados de un modelo familiar que aún no se ajusta. Sumado al aumento generalizado de la cantidad de horas que actualmente se dedica a la jornada laboral, las familias han visto reducidas sus capacidades de asumir la provisión de bienestar a su interior, identificándose esta situación con una “crisis de los cuidados” (Hochschild, 1995).

Las transformaciones demográficas del último tiempo también contribuyen a la emergencia de esta crisis. La disminución en la tasa de natalidad y el aumento en la esperanza de vida han provocado una inversión en la pirámide poblacional, la que no ha visto afectado su volumen. El envejecimiento de la población supone un incremento en las necesidades de cuidados, en tanto estas no sólo deben pensarse desde el punto de vista de la crianza y educación de los hijos (Carrasquer, 2013a). Si tradicionalmente han sido las familias, y particularmente las mujeres, las que han asumido el cuidado de los mayores, el cambio en el papel de las mujeres ha puesto en duda las posibilidades de responder a las necesidades crecientes de cuidados.

La tendencia hacia el aumento en la cantidad de horas dedicadas al trabajo remunerado ha contribuido a intensificar el desarrollo de esta crisis. En la actualidad una cantidad importante de trabajadores en países posindustriales realiza horas fuera de lo establecido en sus contratos, muchas de éstas incluso sin remuneración (Eurofund, 2016; Rapoport y Bourdais, 2008). Esta situación no es tan distinta a la de los países latinoamericanos, los que además mantienen un límite para la jornada semanal bastante alto en comparación al resto del mundo (Yi et. al 2007).

Respecto a los países de la región Chile se encuentra entre aquellos que presentan una transición demográfica avanzada. La población chilena está envejeciendo de manera acelerada, a la par que se reduce la tasa de natalidad, constituyéndose familias cada vez más pequeñas. Las necesidades de cuidado infantil siguen siendo más altas que las de la población mayor a los 64 años, aunque este último grupo crece progresivamente. De acuerdo a los datos del Censo de 2017 la relación entre la población entre 0 y 14 años y la población entre 15 y 64 años es de 29,3 menores por cada 100 adultos. En el caso de la población de 65 años o más esta relación es de 16,6 personas por cada 100 entre 15 y 64 años. Si se considera sólo a las mujeres, las que normalmente asumen esa responsabilidad de manera más intensa, la relación es de 57,8 menores por cada 100 mujeres (INE, 2018).

Las principales proveedoras de cuidado en Chile son las mujeres en sus hogares. No obstante, los últimos gobiernos han aumentado la oferta institucional, reforzando el sistema de protección social del

Estado. En relación a la cobertura de educación preescolar se observa que si bien esta ha aumentado en los últimos años, aún se mantiene alejada del nivel de los países de la OCDE (Alarcón, et. al, 2015). Para el año 2013 la cobertura de educación preescolar alcanzaba un 49,1%, siendo más baja para los niños de menor edad – 15% para Sala Cuna, 42,6% para Niveles medios y 90,2% para los niveles prekindergarten y kindergarten – (Mineduc, 2014). Aunque para el año 2013 fue aprobada la ley que establece la obligatoriedad de kindergarten, de acuerdo a los datos de Casen 2011 la cobertura para los niños de 5 años ya alcanzaba más de un 90%, por lo que la nueva ley no viene a modificar de manera importante la cobertura en este nivel (Alarcón, et. al, 2015). Si bien se observan diferencias en el acceso de los niños por quintil de ingresos, varios indican que una de las razones que explica la inasistencia en este nivel radica en la voluntad de las familias de no inscribir a los menores a los establecimientos educacionales (Arriagada, 2010; Alarcón, et. al, 2015). En este sentido, aunque las transformaciones en el mercado del trabajo presionan por una nueva organización del cuidado, pareciera que la provisión de cuidados para los más pequeños sigue siendo vista como un asunto del que deben hacerse cargo las madres.

El género es una de las variables más importantes que explica la persistencia de esta manera de organizar los cuidados. De acuerdo al modelo aún dominante en sociedades como la chilena, las relaciones de género que se desarrollan al interior de la familia deben ajustarse a un esquema donde las madres aparecen como las responsables de cuidar el espacio doméstico y los padres son los encargados de sostener económicamente a sus integrantes. Este modelo, que buscó ser consolidado por el Estado durante el siglo XX (Roseblatt, 1995; Valdés, 2007), en la actualidad se ve cuestionado ante las transformaciones que han afectado el espacio doméstico. Situar el problema de los cuidados requiere por tanto conocer los aspectos más relevantes de la metamorfosis familiar del último tiempo.

Transformaciones en la familia

Durante gran parte de la historia de la república existió un modelo familiar en el que la autoridad del padre se encontraba consagrada en el Código Civil y la Ley del Matrimonio (Valdés, 2007). La potestad marital y la patria potestad otorgaban al padre un poder absoluto por sobre la mujer y los hijos, siendo el varón el principal responsable de las decisiones económicas y patrimoniales de la familia.

A pesar de la existencia de esta normativa en la mayor parte de la historia del país existió una importante distancia entre lo legal y lo social. La ausencia del padre como figura relevante de la configuración familiar ha sido discutido largamente por autoras como Montecino (1990, 1997). La historia del mestizaje estaría marcada por la conformación familiar de una madre sola con sus hijos. Por otro lado, y como señala Valdés (2007), son numerosas las referencias al alto número de hijos nacidos por fuera del matrimonio durante el siglo XIX.

Durante las primeras décadas del siglo XX se observa una preocupación del Estado por encausar este “desorden familiar”. Situaciones como el abandono y la ilegitimidad eran vistas como las causantes de las condiciones de miseria e inseguridad que aquejaban a parte importante de la población. Campañas encabezadas por los gobiernos del Frente Popular buscaron instaurar normas de comportamiento para esposos y esposas con el objetivo de dejar atrás formas familiares “erráticas” o inadecuadas (Rosemblatt, 1995). Por un lado, en estas campañas se resaltaba la necesidad de que los hombres no debían abandonar económica y físicamente a su esposa y sus hijos, buscando erradicar comportamientos como el consumo excesivo de alcohol y definiendo su masculinidad en función de sus responsabilidades familiares. A su vez, las mujeres debían dedicarse exclusivamente a sus hijos, por lo que trabajar fuera de casa o incluso ganar un salario ponía en peligro la estabilidad familiar buscada. La complementariedad de los roles femenino y masculino era uno de los aspectos más importantes de este modelo familiar.

Un conjunto de leyes buscó crear las condiciones para perpetuar este modelo familiar. Así por ejemplo, en 1953 se universalizó la legislación laboral para trabajadores de distintas ramas bajo el principio de “salario familiar y maternidad moral” (Valdés, 2007). La constitución de un “salario familiar” permitiría que los hombres pudieran responder a las necesidades económicas de toda su familia y que la mujer pudiera permanecer en casa al cuidado de los niños sin tener que abandonarlos para trabajar. De esta manera, se reforzaba la noción de que los hombres debían ser padres responsables y económicamente activos, y que las madres debían permanecer en el ámbito doméstico a cargo de la educación y formación de los menores. Durante el transcurso del siglo XX aumentaron el número de instrumentos que el Estado estableció para asegurar este modelo familiar, como lo fueron el establecimiento universal de un salario con bonificaciones consistentes en asignaciones familiares por la mujer y los hijos, y la creación de una Libreta de Familia como documento de acceso a distintos beneficios y prestaciones sociales (Valdés, 2004).

Señala Valdés que por un espacio que abarca entre los años 30 y 70 la sociedad chilena había reducido la distancia entre lo legal y aquello que se daba efectivamente a nivel de las familias. Así, para 1970 se había alcanzado un mínimo histórico en la cantidad de hijos nacidos fuera del matrimonio. Por otro lado, la tasa de nupcialidad aumentó en los años 30 para mantenerse más o menos estable entre los años 50 y 90 (Valdés, 2007).

En los últimos 40 años la familia en Chile ha comenzado a mostrar signos de cambios respecto a este esquema tradicional. Por un lado, el número de hijos fuera del matrimonio comienza a crecer en contraposición a la tendencia que se había venido desarrollando. La tasa de nupcialidad y natalidad por su parte caen, mientras que como contra cara aumentan las familias en las que los hijos conviven sólo con uno de los padres, al igual que las uniones libres y el número de separaciones conyugales (Valdés, 2007).

Junto con estos cambios sociodemográficos, la creciente participación laboral de las mujeres también ha modificado el escenario familiar. La tasa de ocupación femenina creció lenta pero sostenidamente en las últimas décadas, subiendo de 24% en 1986 a un 45,2% para el trimestre Octubre-Noviembre-Diciembre del año 2013 (INE, 2015a). A su vez, la tasa de participación económica, esto es mujeres que se encuentran ocupadas o bien se encuentran disponibles y han buscado empleo en la última semana también ha crecido de manera sostenida. La predominancia de los hogares en donde el hombre es el único proveedor comienza a cambiar, creciendo el número en que ambos padres tienen un empleo. Si bien la incorporación de las mujeres al mercado laboral ha sido una de las transformaciones más importantes de los últimos años, Chile todavía presenta una de las tasas de participación económica de las mujeres más bajas de la región², al mismo tiempo que su participación aún se encuentra muy por debajo del nivel que alcanzan los varones.

Las recientes transformaciones han venido a modificar el panorama actual de las familias. En contraposición a una tendencia que por muchos años buscó homogeneizar y disciplinar los vínculos familiares, en la actualidad proliferan diversas formas de constitución familiar. Los resultados del último Censo revelan que la cantidad de hogares unipersonales ha aumentado considerablemente alcanzado un 17,8% del total de hogares, aumentando también el porcentaje de hogares con jefatura femenina (de 31,5% el 2002 a 41,6% el 2017). A su vez, el número de personas por hogar ha disminuido pasando de 4,4 personas el año 1982 a 3,1 el 2017 (INE, 2018). La filiación y la residencia de los hijos también se ha visto modificada. De acuerdo con los datos de Casen hoy cada vez son menos los hogares en los que los hijos conviven con ambos padres (Valdés, 2007).

Si bien a partir de estas transformaciones es posible señalar que las mujeres han alcanzado mayores niveles de independencia que en el pasado, el peso del esquema familiar tradicional se sigue observando. Por ejemplo, un importante porcentaje de mujeres que hoy no trabaja señala como una de sus razones principales los quehaceres domésticos y el cuidado de familiares (Sernam, 2014). Por otra parte, aunque hoy las mujeres tienen menos hijos que en el pasado, y por tanto dedican menos tiempo de su vida a las actividades de crianza que son más intensivas cuando los niños son más pequeños; la participación de estas en el empleo no ha venido a modificar sustantivamente la división del trabajo al interior de los hogares. Si hoy una de las grandes interrogantes para el futuro es cómo sociedades como la chilena que ven modificada su estructura demográfica a una gran velocidad resolverán esta crisis de cuidado, la carga de esta responsabilidad sigue recayendo sobre las mujeres. A diferencia de otros países que también atraviesan por estos cambios, pero cuentan con sistemas de protección más desarrollados, en Chile pareciera que las instituciones juegan un rol menor al de las familias en hacer frente a la necesidad creciente de cuidados. De esta manera, analizar lo que sucede a este nivel resulta fundamental para comprender y tomar el peso de la gravedad de esta crisis. Si bien autoras como Valdés (2007)

²45,6% frente a un 51,8% de promedio regional de América Latina (CEPAL, 2013)

señalan que a partir de estos cambios en la actualidad la familia se encontraría en un proceso de des-institucionalización, las antiguas pautas familiares siguen definiendo de manera importante la forma en que se organiza la provisión del cuidado de los niños en el espacio familiar.

Cuidado de los hijos en Chile: transformaciones en el ejercicio de la parentalidad

En este nuevo escenario la manera de concebir el cuidado de los hijos también ha sufrido transformaciones. En el pasado, en concordancia con un esquema familiar donde lo femenino y lo masculino se complementaban, también emergió un discurso que definió lo que significaba la crianza y el buen cuidado de los hijos. En gran medida este discurso definió la responsabilidad de las mujeres para con sus hijos. Las mujeres eran por sobre todo madres, y tal como el embarazo y la lactancia, la crianza y el deseo de cuidar a los niños era parte de los instintos naturales más profundos de las mujeres. El cuidado de los hijos se encontraba al centro de la vida familiar y de manera especial de las mujeres.

Esta centralidad de la crianza en la vida de las mujeres es un aspecto reciente de la historia humana. Si bien hace siglos el matrimonio ha sido sinónimo de crianza, la maternidad no siempre fue un aspecto que dominara por completo la vida estas (Chodorow, 1978). Junto con la crianza de los hijos, las mujeres, junto con sus maridos, debían preocuparse de tareas relacionadas con la producción de bienes para el autoconsumo, en las que los hijos debían incorporarse lo más pronto posible para asegurar la reproducción material de sus comunidades. Al mismo tiempo, en el pasado la comunidad desempeñaba un rol importante en la instrucción y cuidado de los niños (Meyer, 1981). De acuerdo a Meyer, los espacios destinados a la habitación muchas veces agrupaban a más de un grupo familiar, lo que permitía que los menores compartieran con otros adultos además de sus padres. Con esto se facilitaba el aprendizaje de algún oficio y la incorporación de estos a la comunidad no necesariamente estaba ligada al núcleo familiar.

Hoy por el contrario la familia es la principal responsable del cuidado de los menores. De acuerdo a Philippe Aries en las sociedades actuales la familia se ha visto sobreexigida en las funciones que se espera que cumpla (Meyer, 1981). En palabras de los representantes del Frente Popular una familia bien constituida podía hacer frente a problemas sociales como el hacinamiento, la violencia y la pobreza (Roseblatt, 1995), por lo que su promoción y culto fue un aspecto importante de sus campañas.

El ordenamiento familiar impulsado por el Estado y por las élites durante el siglo XX hoy se enfrenta a grandes cuestionamientos. Junto con la aparición de discursos que apoyan una distribución igualitaria de las tareas al interior de las familias, la incorporación masiva al empleo de las mujeres ha transformado el escenario actual de la familia y la esfera doméstica. A pesar de estos cuestionamientos, la vida familiar emerge como uno de los espacios de producción de sentido más importantes para los

individuos. La exaltación de la familia respecto de sus funciones en la crianza, así como espacio de legitimación vital y sentido de pertenencia, se enfrentan al hecho que los soportes materiales y simbólicos que le dieron sustento al antiguo esquema familiar hoy se encuentran en entredicho (Araujo, 2005). A pesar de los cambios, la familia sigue siendo un aspecto central de la sociedad chilena. Estudios recientes señalan que si bien conviven distintas representaciones de las relaciones de género, la familia sigue siendo un espacio común a éstas como punto de referencia para la construcción de identidades de hombres y mujeres (PNUD, 2010).

Las transformaciones sociodemográficas y económicas han tensionado la provisión de cuidado al interior de los hogares, afectando de manera distinta a hombres y mujeres. Estudios en países desarrollados indican que en los últimos años las mujeres han visto aumentado su tiempo de trabajo remunerado, pero también el de cuidados (Sayer, et. al, 2004; Dotti, et. al, 2016). Muchas mujeres combaten hoy una pobreza de ingresos con una pobreza de tiempo, viendo reducidas sus horas de ocio y descanso para cumplir con las exigencias familiares y laborales (Craig y Mullan, 2011). Para el caso de los varones, estudios en países como Australia y EE.UU revelan que aunque en las últimas décadas los hombres han aumentado el tiempo que dedican a cuidar a sus hijos, todavía se encuentran lejos de igualar el tiempo que las mujeres dedican a estas tareas, aun cuando estas tengan un empleo de jornada completa al igual que sus parejas (Craig, 2006a; Craig et. al, 2014; Altintas, 2015; Bittman, et. al, 2003).

En el caso chileno la entrada masiva de las mujeres al mercado laboral también ha transformado la manera en que hombres y mujeres conciben el ejercicio de ser padres. Estudios cualitativos revelan que las mujeres ya no sólo entienden la maternidad como el cuidado y la crianza de los niños, sino que también la asocian a la provisión y sustento económico de sus hogares (Rodríguez, 2005; Yopo, 2016b). Por su parte, los hombres se ven apelados respecto a su paternidad en tanto la figura paterna asociada al rol exclusivo de la provisión material de la familia se ve cuestionado ante demandas por un mayor involucramiento en las tareas de cuidado (Olavarría, 2001). A pesar de esto, otros estudios señalan que las mujeres experimentan las tensiones en torno a la crianza y su compatibilización con la vida laboral bajo la forma de sentimientos de culpa y frustración (Ansoleaga y Godoy, 2011). Las mujeres siguen ubicándose como irremplazables en el cuidado de los hijos, y los compromisos de tiempo en el mundo laboral gatillan sentimientos negativos de responsabilidad.

En Chile y en los países de Latinoamérica se observa un predominio de la figura materna en la configuración de la identidad de las mujeres (Montecino, 1990). A diferencia de Europa occidental donde las feministas señalan que la figura de la madre habría sido “asesinada” por lo que sería necesario rescatarla, en Chile y en el resto de América Latina la figura de la madre fue divinizada en la imagen de la Virgen-Madre. Mientras que para el mestizo el padre se encuentra ligado a las experiencias de abandono, las madres (en extenso, considerando a la madre, las abuelas, las hermanas, etc.) forman parte del núcleo familiar fundamental de los “huachos”. Esto para Montecino instala a la mujer-madre

en un lugar importante en las familias latinoamericanas, conformándose como parte fundamental del ethos de la región.

Estudios recientes muestran que esta imagen sigue vigente en las percepciones de los sujetos. En un análisis de los relatos biográficos de mujeres con hijos ya adultos, Nuñez (2015) observa que el trabajo realizado por las mujeres para satisfacer las necesidades básicas de alimento, abrigo, entre otras, constituye un aspecto fundamental de la construcción de la identidad de las mujeres. Las necesidades básicas de la familia se conforman como las necesidades de las propias mujeres, siendo el cuidado de esta en una dimensión más de la imagen de que tienen de sí mismas. Una observación similar hace Bustamante (2011) en los relatos de dueñas de casa de clase media alta en Santiago. La maternidad sigue siendo una importante fuente de realización para ellas, constituyendo el cuidado y la crianza de los hijos un espacio gravitante de legitimación vital. Bustamante indica que estas mujeres identifican cierto malestar al momento en el que los hijos dejan de estar bajo su cuidado, en tanto las actividades que han realizado durante toda una vida dejan de tener el mismo sentido. Rodríguez (2005) por su parte observa que las mujeres adolescentes perciben cierta omnipotencia en el papel de madres que les toca desempeñar, planteándose como irremplazables y adquiriendo su vida un sentido nuevo tras el estatus de madre que le han conferido sus hijos.

La centralidad de la figura materna no es percibida sin contradicciones por las mujeres. Estas podrían resumirse bajo la forma de una búsqueda por conciliar el tiempo de la crianza de los hijos con la vida laboral. Así para el caso de las dueñas de casa Bustamante (2011) observa que a pesar de que la maternidad sigue siendo un elemento central en la identidad de estas mujeres, también ellas miran con pesar la decisión de haber postergado otros proyectos individuales por abocarse a sus familias. Las madres adolescentes por su lado construyen su identidad no solo en torno a la imagen tradicional de la madre sacrificada al cuidado de los hijos, sino que también sobre la imagen de una mujer independiente y con autonomía económica (Rodríguez, 2005). Estas encuentran en el trabajo asalariado un espacio de realización que les permitiría alcanzar independencia económica, pero a su vez sintiéndose reconocidas y valoradas socialmente al participar de este. En este sentido, como señala Rodríguez la imagen más reciente de la maternidad no significaría la superación de una concepción de espacios separados entre el mundo público del trabajo y el privado de la familia. El espacio laboral seguiría siendo el lugar de lo valioso socialmente y aunque la maternidad es importante, el reconocimiento se encuentra en el mundo laboral.

Consecuente con esta nueva imagen de ser madre las mujeres aparecen en la posición de “hacedoras de todo” (Montecino, 1990). Las mujeres deben cumplir tanto en la casa con sus hijos y pareja, así como en el trabajo. No es de extrañar que la multiplicidad de tareas que deben llevar a cabo se vea acompañadas de una organización del tiempo libre a partir de las necesidades de otros (PNUD, 2009). Como señala Yopo (2016b) las contradicciones que las mujeres experimentan al buscar cumplir tanto

con el cuidado de sus hijos, así como con las expectativas del mundo laboral son en gran medida una tensión respecto de su tiempo. Frente a estas no todas las mujeres cuentan con los mismos recursos, desarrollando distintas estrategias para reconciliar ambos ámbitos. Al respecto, algunos han sugerido que el servicio doméstico pagado es una de las principales estrategias para hacer frente a la necesidad de conciliar cuidado y trabajo (Araujo, 2005; Araujo y Martuccelli, 2012). No obstante, cuando las mujeres no disponen de los recursos económicos o no cuentan con redes familiares de apoyo muchas de ellas se ven forzadas a hacer mano a su propio tiempo libre, sacrificando momentos de ocio y descanso.

Las transformaciones no han afectado únicamente el tiempo de las madres, sino que también los varones han experimentado cambios en sus concepciones sobre la paternidad y la distribución de tareas al interior del hogar. En la actualidad cobran fuerza los cuestionamientos al modelo de masculinidad dominante (Olavarría, 2001). Las críticas a la manera de dividir las tareas al interior del hogar, la representación de una relación de géneros más igualitaria (sobre todo entre los más jóvenes) y el cuestionamiento más general a la figura de autoridad que ha primado en la familia tradicional, revelan cierto malestar en el cual hombres y mujeres se sienten incómodos ante la imagen que históricamente ha definido a lo masculino.

A diferencia de las mujeres para quienes el trabajo es algo que tienen que conciliar con su rol de madres, para los hombres el trabajo es central en la conformación de la identidad masculina y para muchos varones su significado se encuentra ligado con la idea del cumplimiento del rol de proveedor (Mauro, Araujo, Godoy, 2000). Para los hombres el trabajo no tiene un carácter optativo y participar en la vida laboral los legitima como hombres.

De acuerdo con el modelo de masculinidad dominante, los hombres adultos se caracterizan por trabajar de manera remunerada, conformar una familia, tener hijos y ser la autoridad y los proveedores de su hogar (Olavarría, 2001). En este modelo la paternidad marca el paso a la adultez de los hombres, al mismo tiempo que les permite ser reconocidos socialmente como varones. Los hombres son hombres en tanto pueden procrear y tener hijos con una mujer (Olavarría, 2004).

Uno de los mandatos más importantes que impone el modelo dominante de paternidad es que los hombres deben ser los proveedores de su hogar (Olavarría, 2004). Para esto deben trabajar de manera remunerada, salir de sus casas, lo que muchas veces los deja sin la posibilidad de compartir más tiempo con sus hijos y pareja. Este es un sacrificio que muchos hombres se encuentran dispuestos a hacer: el trabajo les permite sustentar económicamente a sus familias, mandato que en este modelo resulta ser mucho más relevante que establecer una relación íntima con esta.

En el modelo de masculinidad dominante la autoridad del padre no se cuestiona: es un ejercicio autoritario del poder en donde la mujer y los niños deben acatar la última palabra de los padres estén o no

de acuerdo con sus decisiones. En este sentido, el ejercicio de la paternidad ha implicado la construcción de relaciones inequitativas, poniendo trabas al desarrollo de relaciones más íntimas y con mayor participación de sus integrantes en sus decisiones (Olavarría, 2001).

Los cuestionamientos más importantes a la paternidad tradicional dicen relación con demandas que buscan relaciones más cercanas, íntimas e igualitarias al interior de los hogares (Gallardo, et. al 2006). Para los hombres más jóvenes esto es expresado en una visión de la paternidad en la que ser padre significa ser demostrativo en los afectos (Olavarría, 2001). De los padres se espera cariño y cercanía, aspectos que no fueron relevantes en el pasado y del que tampoco existen referentes a los que recurrir para construir este tipo de relaciones (Montecino, 2002). Así, mientras hoy con mayor frecuencia se espera que hombres y mujeres participen de las tareas domésticas y de crianza, un importante porcentaje de hombres nunca fue involucrado en las tareas domésticas de su hogar durante su infancia (Barker y Aguayo, 2012).

A nivel de los significados de los cuidados y el trabajo, se observa que estas transformaciones han afectado de manera distinta el ejercicio del cuidado entre padres y madres. Si bien tanto para hombres como para mujeres se aprecia que la familia y el trabajo constituyen aspectos centrales en la construcción de sus identidades, los hombres se enfrentan a un contexto en el que las mujeres buscan la construcción de relaciones más igualitarias, tanto en el ámbito doméstico como en el mundo laboral.

Considerando los distintos significados que tiene la parentalidad para hombres y mujeres, no es osado plantear que estos organizan las demandas y necesidades de cuidado de sus hijos de manera distinta. Estudios sugieren que los padres que trabajan pueden sentirse más presionados a pasar tiempo con sus hijos, de manera de compensar el tiempo fuera de casa que no dedican a su cuidado (Craig y Mullan, 2011). De acuerdo a la manera en que la maternidad y la paternidad han sido definidas, es probable que las mujeres experimenten estas presiones de manera más intensa. En mujeres de sectores vulnerables existe todavía la idea de que el trabajo remunerado provoca que las mujeres descuiden a los niños (MIDEPLAN, 2008).

Hasta ahora no existen estudios en Chile que se preocupen en analizar cómo se ve afectado el tiempo dedicado al cuidado de los hijos de acuerdo a la inserción laboral de los padres, apareciendo esta temática de manera tangencial y en relación a otros problemas como el trabajo doméstico no remunerado. Por otro lado, si bien las mujeres han aumentado su participación laboral, ha crecido también el porcentaje de personas que hoy trabaja de manera parcial, siendo más frecuente esta situación para las mujeres (Rau, 2008). En este sentido, la forma en que hoy se insertan hombres y mujeres al mercado laboral puede generar distintos arreglos para la necesaria provisión de cuidados. Los cambios en el mundo laboral plantean necesariamente preguntas al interior de las familias respecto a cuál es la mejor manera de compatibilizar la jornada de trabajo con las necesidades de cuidado de los hijos.

Marco teórico

Para muchos todavía el cuidado de los hijos es visto como un asunto de mujeres, extensión de factores biológicos como el parto y la lactancia. Contra una mirada esencialista para la cual hombres y mujeres son distintos por su biología, la sociología puede ser una herramienta contra la transformación de la historia en naturaleza (Moro, 2006).

A continuación se revisará desde qué perspectiva teórica se posiciona esta tesis para el análisis del tiempo de cuidados y los elementos que organizan este. Particularmente, se entenderá que la organización del cuidado y del tiempo en general se encuentra estructurada por un orden androcéntrico que favorece a los hombres en contraposición a las mujeres, colocando a estos como responsables de ejecutar las tareas más valiosas y respetadas. De manera importante, también, se revisarán aquellos aspectos que permiten comprender la actual articulación entre los tiempos de la vida familiar y los tiempos de la estructura productiva y el mercado laboral. Finalmente, se revisará el debate feminista en torno al cuidado y el trabajo doméstico, para llegar a una comprensión del cuidado de los hijos como un trabajo que se desarrolla al interior de microcosmos sociales denominados familias. Una de las ideas principales de este relato será que la organización del cuidado, como producto social, no puede ser entendido si no es en relación a la historia del desarrollo del capitalismo y del nuevo imaginario de lo doméstico que se conforma en conjunto con este.

El orden de género como construcción histórica

La dominación masculina

Bourdieu señala que el propósito de la investigación desarrollada para “La dominación masculina” es preguntarse por los mecanismos responsables de la deshistorización y eternización de la arbitraria división entre hombres y mujeres. La pregunta de Bourdieu no es nueva para la teoría feminista. Rubin respondía a la pregunta por la subordinación femenina a través del concepto de sistema sexo/género. Este se definiría como “un conjunto de disposiciones mediante las cuales una sociedad transforma el sexo biológico en productos de la actividad humana, y en el cual estas necesidades sexuales transformadas son satisfechas” (Rubin, 1975:159). En este sentido, la relación de subordinación sería un producto social y no una característica natural de los sexos.

En relación a este mecanismo, Bourdieu señala que la dominación masculina es el ejemplo paradigmático de la paradoja de la *doxa*. Con este término el autor quiere describir la facilidad con la que se perpetúa el orden establecido, con sus desigualdades y privilegios, mostrándose ante los ojos de quienes viven bajo este como aceptable y dado. Desde la teoría de Bourdieu es posible identificar dos

importantes características de este sistema que hacen que se imponga de manera tan eficaz, a pesar de las arbitrariedades que implica.

En primer lugar se encuentra la construcción del orden androcéntrico sobre una concepción arbitraria de lo biológico. La diferencia fundamental entre hombres y mujeres radicaría en su realidad sexuada, y particularmente en las funciones y partes que su anatomía cumple en la reproducción de la especie. La similitud en las oposiciones que tienden a describir esta diferencia anatómica entre los sexos (arriba/abajo, seco/húmedo, duro/blando, afuera/adentro) tienden a reforzar esta concepción (Bourdieu, 2000). Esta visión de lo biológico se constituye como el fundamento natural de la división de los sexos respecto a las tareas y posiciones que les toca asumir en la sociedad. Bourdieu explica esta idea con las siguientes palabras: “un prolongado trabajo colectivo de socialización de lo biológico y de biologización de lo social se conjugan para invertir la relación entre las causas y los efectos y hacer aparecer una construcción social naturalizada (...) como el fundamento natural de la división arbitraria que está en principio tanto de la realidad como de la representación de la realidad que se impone a veces a la propia investigación” (Bourdieu, 2000:6).

En esta construcción social de los cuerpos lo masculino sería lo activo, lo potente, lo que toma la iniciativa en la relación; mientras que lo femenino sería lo pasivo, lo subordinado. Lo femenino y lo masculino se construirían por oposición, configurando las dicotomías entre ambos una relación en donde lo masculino domina lo femenino.

Un segundo aspecto que contribuye al aspecto natural de este ordenamiento es la coincidencia con que estos principios se presentan en instituciones como la familia, la escuela o la división del trabajo, y los esquemas de aprehensión y percepción de los sujetos. Esta confluencia permite que el orden androcéntrico se experimente como realidad dada y se asuma al decir de Husserl con una “actitud natural”. La subordinación de lo femenino aparece por tanto como inmediato para la experiencia, predisponiendo a los sujetos a aceptar este orden como explicado por sí mismo (Bourdieu y Wacquant, 1995).

Al tiempo que la dominación masculina se inscribe en instituciones como el Estado, que en algunos períodos de la historia han reconocido de manera explícita la relación de subordinación de la mujer a su marido; gracias a un fuerte trabajo de socialización esta también es incorporada en los esquemas mentales de percepción, o lo que Bourdieu denomina como *habitus*. El *habitus*, esta segunda piel con que se inscribe la historia en los cuerpos, corresponde a los esquemas de percepción que funcionan como matrices de los pensamientos y acciones de los individuos. De esta manera, la naturalidad con que muchas mujeres parecen enfrentar la tarea de cuidar a otros ocultan la lógica social que se encuentra detrás de la práctica de cuidado. El “instinto maternal” o esa capacidad aparentemente innata de las mujeres para entender e incluso anticiparse a las necesidades de sus hijos y de los demás en general, es bastante similar a la idea de “vocación” que describe Bourdieu. El encuentro armonioso entre las “expectativas

objetivas” que la división sexual del trabajo impone a las mujeres y las disposiciones inculcadas a ellas desde temprana edad, hace aparecer al cuidado como una actividad a la que se encontraban llamadas a hacer, como parte de una naturaleza femenina.

Son estas mismas categorías del pensamiento las que producen y reproducen la dominación de género. O como señala Bourdieu y Waquant (2005), los *habitus* se constituyen en esquemas genéricos y productores de género (*gendered and gendering*). Aquello que explica la sumisión indolora al orden androcéntrico sería la violencia simbólica que se ejerce en esta relación de dominación. Este tipo de violencia, “suave y a menudo invisible” (Bourdieu, 2000:29), se ejerce sin necesidad de coacción física a través de los esquemas cognitivos incorporados por los dominados, apareciendo como legítima para todos. Como señala Fernández, “la raíz de la violencia simbólica se halla en el hecho de que los dominados se piensen a sí mismos con las categorías de los dominantes” (2005:14-15).

Los principios de diferenciación de lo femenino y lo masculino atraviesan todo orden de las cosas, y muy especialmente a la división sexual del trabajo (Bourdieu, 2000). Esta asigna de manera a veces muy estricta distintas tareas a hombres y mujeres, ubicándolos también a cada uno en diferentes espacios y tiempos en donde estas actividades se desarrollan. Al encontrarse inscrita en una relación de dominación, la posición que ocupan las mujeres en esta división es una posición subordinada. Así por ejemplo, las mujeres son vistas como económicamente dependientes de los hombres, los que “salen de casa” y trabajan por un salario. Mientras que las tareas que desarrollan las mujeres en el espacio doméstico no son valoradas como una contribución al desarrollo de sus comunidades; los hombres son reconocidos por el trabajo que realizan en la esfera pública y lo productivo es valorado como aquello que mueve y dinamiza la economía (Fraser, 2016).

Entendiendo que la subordinación de lo femenino a lo masculino no presenta la misma forma en distintos periodos, cabe preguntarse por la formación histórica del ordenamiento actual. La dominación masculina moderna no se entiende si no es en relación a las transformaciones que trajo consigo la industrialización y la economía de mercado. Estas transformaciones vinieron a modificar los principios de diferenciación entre lo femenino y lo masculino. Como recuerda Bourdieu, mientras que en las sociedades preindustriales la subordinación de la mujer encuentra su razón en su situación laboral respecto al tipo de tareas que le tocaba realizar, después de la revolución industrial esta vino a ser su exclusión del trabajo, con la emergencia de una concepción que separaba el ámbito productivo del espacio doméstico. La nueva centralidad del trabajo - lo que comúnmente es tomado como sinónimo de empleo - significó un giro radical en la forma en que las sociedades organizaron su tiempo y sus actividades cotidianas. Para el foco de interés de esta tesis, estas transformaciones dieron lugar a un modelo específico de división del trabajo en las familias.

La división del trabajo en las sociedades modernas

Mientras que en las sociedades premodernas las actividades productivas tenían poca valoración, siendo menospreciadas por las élites sociales de aquel entonces, la modernidad inaugura un periodo en que las actividades productivas comienzan a adquirir más importancia, contribuyendo al desarrollo del Estado y de la economía (Durán, 2006). Este nueva polaridad del trabajo como centro de la vida moderna fue impulsado por un cambio de mentalidad, el que es analizado por Max Weber en su libro “La ética protestante y el espíritu del capitalismo” (Durán, 2006; Mejía, 2016). La ética protestante contribuyó a sentar una nueva valoración del trabajo en la vida de los sujetos. El trabajo disciplinado era una forma de servir a Dios y la riqueza pasó a ser vista como algo legítimo en cuanto era resultado de un trabajo arduo y una actitud ascética. Posteriormente, cuando la vida humana tomó sentido por sí misma y esta actitud ante el trabajo perdió contenido religioso, apareció una actitud distinta, más secularizada, en donde el propósito del trabajo se encontraba vinculado con las propias necesidades humanas.

La nueva polaridad del trabajo trajo consigo un nuevo ordenamiento de género, marcado especialmente por la visión que separaba el espacio para la producción de bienes - la fábrica - y el espacio doméstico de la reproducción. Si en los hogares premodernos hombres y mujeres desarrollaban tareas productivas y reproductivas con patrones más diversos a los de las sociedades modernas, la industrialización buscó separar el espacio de ejecución de estas tareas dividiendo las actividades entre los sexos entre las esferas público y privada (Carrasco, Borderías y Torns, 2011). Antes de este proceso el hogar y la comunidad cumplían una importante función productiva, proveyendo a sus miembros de los bienes para la satisfacción de necesidades como comida, abrigo, ropa y otros utensilios para el desarrollo de estas tareas. Posteriormente estos bienes comenzarían a ser producidos en las fábricas y ser adquiridos en el mercado, despojando a la unidad doméstica de su carácter productivo y centrándola en tareas relacionadas con el cuidado y el mantenimiento de sus integrantes.

En esta primera etapa del capitalismo, principalmente durante el siglo XIX, se desarrollaron nuevas ideas que delimitaron los espacios de la “familia” y el “trabajo”, configurándose un nuevo imaginario de la domesticidad. En este la mujer aparecía como principal protectora del hogar y la familia, y el espacio privado pasó a entenderse como un espacio fundamentalmente femenino (Fraser, 2016). Aunque la industrialización desde sus inicios arrastró a mujeres y niños a las fábricas, y en la realidad solo los sectores más acomodados pudieron realizar este ideal normativo, poco a poco esta noción de esferas separadas proveyó el marco para entender lo que constituiría una familia “bien formada”.

Parte de este imaginario de lo doméstico fueron las nuevas concepciones sobre la maternidad y la infancia. La figura materna pasó a ser entendida como la principal responsable del cuidado de los hijos (Carrasco, Borderías y Torns, 2011). La institucionalización de la esfera doméstica permitió la aparición de una ideología respecto al ejercicio de la maternidad: la madre debía centrarse en la familia,

constituyéndose en un modelo para la educación de sus hijos. La maternidad no podía ser entonces un aspecto solo relacionado con el embarazo o la lactancia, sino que implicaba la formación de individuos adultos y aptos para la vida laboral (Chodorow, 1978). Cada vez fue menos frecuente que terceros se hicieran cargo de la crianza de los hijos, con lo que la institución de la nodriza asalariada comenzó a perder vigencia. Por el contrario, la figura de la madre con el niño en brazos (la “Virgen secular”) se convirtió gradualmente en la imagen más representativa del cuidado en la modernidad de occidente (Hochschild, 1995).

La relación filial, particularmente el vínculo materno con los hijos, también sufrió cambios importantes. Por mucho que el instinto materno pueda parecer a varios como una expresión universal de una “naturaleza humana”, el análisis histórico permite poner en duda esta idea. La tendencia al abandono que se da en París del siglo XVIII en el cual de 21 mil niños nacidos sólo mil son criados por su madre, contrasta con la ternura y la intimidad que hoy se espera de la relación entre madres e hijos. Así, a finales del 1700 los niños recién nacidos de familias más acomodadas eran rápidamente entregados a nodrizas, siendo los menos aquellos que eran amamantados en casa paterna (Badinter, 1991). Por mucho tiempo el cuidado de los niños ocupó un espacio de menor importancia entre las tareas productivas y reproductivas que desarrollaban los padres. Su cuidado muchas veces fue externalizado, siendo frecuente también el que los menores abandonaran el hogar a temprana edad para ir a trabajar como sirvientes o aprendices (Carrasco, Borderías y Torns, 2011). Los niños, sobre todos los menores, ocupaban un lugar poco relevante en siglos anteriores, siendo incluso visto por algunos como un estorbo (Badinter, 1991).

El desarrollo de estas concepciones sobre lo femenino centradas en el espacio privado y de lo íntimo constituyeron los nuevos límites y fronteras frente a los cuales se desarrollaron las nociones sobre la masculinidad. En principio estas nociones estuvieron muy vinculadas al ejercicio de violencia física. Así por ejemplo, el trabajo de Anne-Marie Sohn señala que en Francia de principios del siglo XIX la violencia fue un aspecto que cruzaba transversalmente todos los aspectos de la vida cotidiana. Los niños de mayor edad trataban con violencia a los más pequeños, a su vez que el imaginario popular seguía dominado por las ideas de la guerra y la revolución (Mengotti, 2016). Bajo este, el uso de la fuerza en diversos espacios como la familia, el trabajo o la escuela fue normalizado, y era deseable que los hombres jóvenes cultivaran su cuerpo para recibir instrucción militar. A finales del siglo XIX este ideario se transforma para dar paso a una masculinidad que debe moderar esa violencia, sobre todo ante la presencia de niñas y mujeres. El hombre, para llegar a conformarse como tal, debía cultivarse e instruirse en áreas del conocimiento como la ciencia, el derecho, entre otras, por lo que las escuelas jugaron un rol importante en esta transformación.

Si el cuidado del ámbito privado y el ejercicio de la maternidad pasaron a conformar parte importante de la identidad femenina; con el desarrollo de la industrialización el trabajo pasó a formar parte fun-

damental de la identidad masculina. La comprensión de la sociedad en dos esferas separadas ubicó a la esfera del trabajo mercantil como un espacio eminentemente masculino. Tanto el hombre preparado para la guerra, como el hombre instruido y cultivado para una profesión, implicaron el desarrollo de un modelo de masculinidad que relacionaba a los hombres con el poder de manera exclusiva (Sohn, s/f).

En un contexto donde gradualmente el trabajo pasó a conformarse como el centro de la vida, las sociedades modernas pasaron a entenderse a sí mismas como sociedades ocupadas, donde el trabajo pasó a constituir uno de los principios de diferenciación más importante entre los grupos sociales (Diez, 2001). Mientras tanto, el trabajo desarrollado principalmente por las mujeres y los sirvientes, aunque cruciales para el desarrollo de todas las actividades que se desarrollaran fuera del ámbito privado, pasaron a ser parte del conjunto invisible de labores, y el trabajo doméstico y su contribución para la reproducción de las sociedades quedó oscurecido tras la centralidad del trabajo mercantil.

Mientras que durante gran parte del siglo XIX los trabajadores eran dejados a su suerte para la reproducción de sus condiciones de vida, el desarrollo del Estado de Bienestar en algunos países de occidente implicó que el Estado se hizo cargo de algunas de las necesidades de protección y cuidado de los trabajadores y sus familias (Fraser, 2016). Aunque en el caso de América Latina sea difícil hablar del desarrollo de sistemas de bienestar de este tipo, hablándose más bien de Estados Sociales (Filgueira, 1998), en países como Chile el desarrollo de organizaciones políticas fuertes como los partidos y los sindicatos, entre otros factores, permitieron el surgimiento de políticas de bienestar al que algunos segmentos de la sociedad tuvieron acceso.

En esta nueva etapa del capitalismo, el Estado cumplió un importante papel en la institucionalización de estas esferas, particularmente para el ámbito familiar. Así, en el caso chileno este se esforzó en promover un modelo familiar más adecuado frente a los problemas sociales de la creciente población urbana que emigraba del campo. El esfuerzo de este Estado queda ejemplificado en las políticas promovidas por los Frentes Populares, los que instaban activamente a la población a constituir familias conformadas por un núcleo conyugal, promoviendo el abandono de formas más “erráticas” de organización familiar. Así por ejemplo, estas políticas reconocían en la “ilegitimidad” de los infantes una amenaza importante al bienestar de la sociedad en su conjunto (Roseblatt, 1995a). El matrimonio civil, por el contrario, permitiría asegurar legalmente el cumplimiento de las obligaciones entre los cónyuges, obligando a los hombres a mantener económicamente a sus familias y a las mujeres a hacerse cargo de los niños y de su marido.

La creación de un sistema de “salario familiar” también formó parte de las políticas que buscaron no sólo imponer un ideal de relaciones familiares, sino que también asegurar conductas acordes con estos ideales (Roseblatt, 1995a, 1995b). De acuerdo a la investigación que hace Roseblatt, el movimiento sindical que luego de la fuerte represión sufrida bajo el gobierno de Ibañez, se había reconstituido

para mediados de los años 30, jugó un papel importante en la disputa por mejores salarios. Para el movimiento obrero un salario justo pasaba por ser uno que respondía a las necesidades de subsistencia, y no sólo al aumento de las utilidades por parte de los empleadores. Durante los gobiernos del Frente Popular la participación del Estado en esta disputa salarial permitió aumentar los bajos ingresos que percibían los trabajadores. Señalando que el salario mínimo estipulado en ese momento por el Código del Trabajo era insuficiente para cubrir las necesidades básicas de la población, se introdujo una nueva legislación sobre salario mínimo y asignaciones familiares obreras. Las mejoras salariales, se pensaba, no sólo permitirían relaciones más armoniosas entre capital y trabajo. Sino que también el pago de asignaciones familiares a trabajadores casados fomentaría la formación de familias “bien constituidas”. Si el hombre accedía a un salario (en dinero o en especies) más acorde a sus necesidades familiares, esto evitaría que las mujeres se vieran obligadas a abandonar a sus hijos en la búsqueda de empleo. Los hombres serían capaces de mantener económicamente a sus familias, mientras que las mujeres se verían “liberadas” del trabajo remunerado para dedicarse a sus labores de madre. En este sentido, la promoción de un “salario familiar” buscó proteger la crianza de los niños y el cuidado del hogar.

En la práctica, es importante destacar que las asignaciones familiares no lograron acercarse al ideal de un salario familiar suficiente para todos sus integrantes. En muchos casos varios familiares debían trabajar para alcanzar a cubrir las necesidades de subsistencia, y las asignaciones familiares sólo vinieron a aliviar en parte la situación de miseria de gran parte de la población (Roseblatt, 1995b).

El desarrollo del capitalismo durante los siglos XIX y XX se construyó sobre la base de una relación de dominación al interior de las familias, que buscó excluir a las mujeres del trabajo mercantil, manteniéndolas como dependientes económicamente de sus parejas (Carrasquer, 2009). Bajo el supuesto que el salario familiar que recibirían los hombres sería suficiente para mantener a las mujeres y los niños, el sistema de bienestar del Estado tenía como supuesto que el orden ideal era uno en que los hombres se encargaban del trabajo remunerado y las mujeres del reproductivo. La institucionalización de esta particular división sexual del trabajo formó parte fundamental del modelo familiar dominante durante gran parte del siglo XX. No obstante, a partir de la segunda mitad de este siglo, importantes transformaciones vinieron a poner en duda esta forma de dividir las tareas.

Doble presencia: el tiempo de trabajo femenino en la modernidad tardía

Uno de los fenómenos más importantes de la segunda mitad del siglo XX fue el incremento de la participación laboral de las mujeres. En América Latina este fenómeno comenzó en los años 60, con distintos puntos de inicio y llegada para los países de la región (Jelin, 2010). La entrada masiva de las mujeres al mercado del trabajo significó la extensión de los hogares de dos proveedores, reemplazando gradualmente a la figura del hombre como único proveedor. Si en el pasado el empleo para algunas

mujeres era un hecho temporal que duraba hasta que ellas se casaban o tenían a su primer hijo; ahora comenzó a ser cada vez más habitual que las mujeres desarrollaran una carrera, siendo ahora temporales los períodos en que dejaban de tener un empleo para dedicarse a las actividades de cuidado (ej. nacimiento de un hijo, enfermedad de alguno de estos).

En la actualidad diversos factores explican el empuje de las mujeres hacia el trabajo remunerado. Por un lado se encuentra el aumento de los niveles de escolaridad de la población, así como la lucha femenina por una mayor emancipación económica; pero también el bajo nivel de los salarios que no permite que el tradicional esquema de división de tareas tenga sustento, siendo inviable que las familias dependan de un único salario (Fraser, 2016). Hoy día el salario familiar es un ideal que se cumple sólo para algunas familias, y en la práctica muchas mujeres y jóvenes en edad de estudiar desarrollan estrategias para insertarse en el mundo del trabajo con el propósito de asegurar su subsistencia y la de los suyos.

Las necesidades que se cobijan en el espacio familiar siguen pensándose como un conjunto de tareas que debe resolverse en el ámbito privado, a cargo de las mujeres. Esto ha generado que a pesar de los cambios en el mundo laboral, las mujeres sigan siendo las principales encargadas de proveer cuidado en las familias. En la actualidad, las madres no sólo deben organizar su jornada de manera tal que las necesidades domésticas queden cubiertas. También deben conciliar este tiempo dedicando gran parte de su jornada diaria al empleo, asumiéndose que los trabajadores tendrían una disponibilidad casi absoluta de tiempo en un determinado momento del día.

Frente al modelo familiar tradicional, la doble vinculación femenina con el trabajo (reproductivo y productivo) supone una mayor presión sobre el tiempo que disponen las familias para el cuidado de sus integrantes. Si bien en los últimos dos siglos se observa una reducción importante en el tiempo dedicado a las actividades domésticas, lo mismo no se observa para las actividades de cuidado. En países desarrollados existe evidencia de que el tiempo que los padres dedican al cuidado es mayor al que dedicaron los padres en 1960, cuando gran parte de las mujeres se encontraba en casa buena parte del día (Sayer, et. al, 2004; Dotti, et. al, 2016).

En este escenario, pareciera que la mayor presión sobre la organización social de los cuidados se resuelve principalmente como desafíos a nivel individual. Son las mujeres las que acomodan sus tareas cotidianas para cumplir con las necesidades de cuidado, “haciéndose el tiempo” necesario. En ellas recae la responsabilidad del cuidado que permite no sólo la reproducción de sus familias, sino que de la fuerza de trabajo en su conjunto. Aunque la crisis de los cuidados plantea desafíos a la sociedad en su conjunto, el terreno en que estos son resueltos aún se limita a ser un asunto privado que interpela principalmente a las mujeres. Instituciones como el Estado, por otro lado, aunque hoy cuentan con más mecanismos de protección a la infancia, siguen asumiendo un orden de género que ubica a las madres como sujetos privilegiados para la crianza, como se observa por ejemplo en la actual legislación chilena

para el permiso postnatal de ambos padres.

El nivel en que la crisis es resuelta (hasta ahora no con mucho éxito), es reflejo de uno de los rasgos característicos de las sociedades de occidente, donde los individuos se ven en la necesidad de encontrar soluciones biográficas a contradicciones sistémicas (Beck y Beck-Gernsheim, 2002). Así, la vida cotidiana de las mujeres se ve marcada por una importante gestión del tiempo para hacer frente a la contradicción entre el capital y los cuidados, como denomina a esta crisis Fraser (2016). Para analizar los resultados más visibles en el cuidado de la actual articulación entre trabajo y familia se utilizará el concepto de doble presencia, planteado por Balbo en 1978, y retomado posteriormente por autoras como Torns y Carrasquer de manera más reciente.

La socióloga italiana Laura Balbo (1978) acuñó el término doble presencia (*doppia presenza*) para describir el trabajo femenino de la segunda mitad del siglo XX. En un breve artículo de la revista *Inquieta*, Balbo utiliza este concepto para describir la creciente realidad de las mujeres italianas en el escenario de posguerra. Balbo observaba que el aumento de su participación en el mercado del trabajo, se veía siempre acompañado de la carga que representaba el “trabajo familiar”.

Si bien fue pensado como un término para la descripción de un fenómeno particular, autoras como Carrasquer y Torns proponen que el análisis de la doble presencia puede servir de herramienta conceptual para comprender con nuevos ojos la relación entre producción y reproducción. Partiendo del trabajo de Lourdes Benería (1981) que señala que el trabajo doméstico y de cuidados es indispensable para la reproducción de las personas y del propio capitalismo, Carrasquer (2009) afirma que el fenómeno de la doble presencia permite refinar ciertos análisis de cómo las familias resuelven la articulación entre el mercado laboral y las responsabilidades familiares. Este es el caso del empleo femenino. Si para algunas perspectivas la ausencia femenina en el mercado laboral se explica por la mayor competencia de ellas en tareas de cuidado, el análisis de la doble presencia permite señalar que aunque hombres y mujeres participen del mercado del trabajo, la diferencia en sus trayectorias laborales radica de manera importante en que el trabajo doméstico sigue a cargo de las mujeres (Carrasquer, 2009), manteniéndose como un asunto privado ajeno al mercado y al espacio público en general.

La doble presencia puede ser entendida como la necesidad de responder a las obligaciones del trabajo remunerado, al mismo tiempo que se requiere responder a las del trabajo familiar (Moreno, et. al 2011). En este sentido, como concepto no sólo permite el estudio de situaciones como el empleo, sino que también permite problematizar el cómo hombres y mujeres distribuyen tareas domésticas y de cuidado en el ámbito familiar, dependiendo de la inserción laboral que estos tengan. La manera en que las familias “se las arreglen” para conciliar los tiempos de trabajo y los de cuidado estará mediada de manera importante por la doble vinculación femenina con el trabajo, y con la manera en que los hombres ajustan (o no) su participación en estos espacios. En tanto la respuesta a la necesidad de proveer cuidados

sigue siendo resuelta a nivel de los individuos y sus familias, la doble presencia permite señalar que cada arreglo de tiempo que se haga deberá hacerse cargo de esta doble vinculación.

Autoras como Torns señalan que la doble presencia puede pensarse como un modelo que en el ideal se podría extender a todos los adultos no dependientes (2001). En la actualidad, sin embargo, alude a una manera particular de dividir socialmente el trabajo entre los sexos, marcada por un doble vínculo de la mujer con el trabajo, en tanto que las prácticas masculinas muestran un importante grado de inercia.

El análisis de la doble presencia permite cuestionar la visión liberal que separa el espacio y el tiempo del empleo y el hogar. Así, aunque corresponde a un rasgo característico del trabajo femenino en la modernidad tardía (Carrasquer, 2009), el término permite describir la situación de varias mujeres trabajadoras desde el inicio de la industrialización. A pesar de la consolidación del modelo “hombre proveedor, mujer madre dueña de casa” como ideal normativo, esta fue una realidad acotada a las clases medias más acomodadas. Para las clases trabajadoras era difícil imaginar que un solo salario permitiera la supervivencia de la “prole” completa (Jelin, 2010). En este sentido, aun cuando desde la visión liberal dominante lo doméstico constituía una esfera separada del trabajo mercantil, desde un comienzo para las mujeres estas esferas fueron una realidad superpuesta. A su vez, permite observar que no todo el trabajo considerado como doméstico se desarrolla en el espacio físico de la vivienda. Con excepción de tareas ligadas a la limpieza, actividades como llevar a los hijos a la escuela, acompañar a un anciano a su control con el médico, entre otras tareas, son desarrolladas en el espacio público.

En relación al tiempo, la doble presencia supone una manera de gestionar el tiempo familiar que implica la conciliación de dos ritmos de trabajo. A diferencia de otros términos aparentemente semejantes como doble jornada, que alude a dos trabajos que se ubican en una línea temporal de manera secuencial (uno primero, después el otro); doble presencia significa simultaneidad y solapamiento (Carrasquer, 2009). Un ejemplo sencillo de esto es la necesidad de algunos padres de estar presentes “al mismo tiempo” en el trabajo y en la vivienda. De acuerdo a los resultados de Casen 2015 un 63% de las mujeres trabajadoras señala encontrarse en esta situación, en tanto sólo un 27% de los varones identifica esta situación. Así mismo, un 72% de las mujeres piensa en tareas domésticas o familiares durante su jornada laboral, siendo sólo un 36% para el caso de los hombres de acuerdo a los resultados de la Encuesta de Calidad de Vida y Salud del 2015 (MINSAL, 2017).

Carrasquer señala que el análisis de la doble presencia viene a poner en relieve el tiempo de trabajo doméstico frente a otras formas de trabajo. La organización de la fábrica requirió de un tiempo medible, divisible en unidades equivalentes y abstractas de la realidad específica de cada tipo de trabajo. Sin embargo, esta manera de entender el tiempo resulta limitada para comprender la naturaleza del tiempo de cuidado y del trabajo doméstico en general (Everingham, 2002). Las necesidades de un niño pequeño o de un anciano enfermo no obedecen al ritmo marcado por el reloj de la jornada laboral. Más

bien responden a ritmos biológicos y afectivos, que a veces requieren de la repetición constante de una actividad particular. Muchas de estas actividades se realizan además de manera simultánea, yuxtaponiendo en ocasiones trabajo productivo y reproductivo. Esto sin duda es un desafío para el análisis del tiempo dedicado a estas tareas, aspecto que no es satisfactoriamente resuelto por instrumentos como las encuestas de uso del tiempo, a pesar de los aportes indudables al análisis del trabajo femenino – en su doble faceta – que estas permiten.

De esta manera, la doble presencia implica que las mujeres no sólo se hacen cargo de trabajos que suponen espacios y actividades distintas, sino que también de ritmos de tiempo diferentes. A diferencia de aquellos trabajadores asalariados que tienen un empleo en un horario, y uno que complementa sus ingresos en una jornada posterior, la doble presencia como manera de enfrentar las demandas de la producción y la reproducción obedece a una lógica que llama a resolver ambas demandas “al mismo tiempo”. Muchas veces estas lógicas temporales se contraponen, ocasionando incluso la presencia de problemas de salud mental entre los trabajadores y sobre todo en las mujeres (MINSAL, 2017). En tanto el ritmo temporal del trabajo asalariado sigue siendo el marco desde el cual mujeres (y hombres) deben conciliar los ámbitos familiar y laboral, no se observan muchas alternativas desde la organización actual del trabajo para resolver esta disyuntiva. Por el contrario, el análisis de la doble presencia permite advertir que el tiempo es una construcción humana (Elías, 1989).

El cuidado como objeto de análisis

Distinciones entre trabajo doméstico y el trabajo de cuidados

¿Es el cuidado un trabajo? Desde el marco actual para la producción de estadísticas oficiales, pareciera existir un consenso respecto a considerar las tareas domésticas y de cuidados como un trabajo. Organismos internacionales como la Oficina Internacional de Trabajo (OIT) han incorporado en sus recomendaciones la medición del trabajo no remunerado para la construcción de las estadísticas oficiales. Así en la 19ª Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo (CIET) se señala que por trabajo se entienden “todas las actividades realizadas por personas con el fin de producir bienes o servicios para el consumo de otros o el autoconsumo” (OIT, 2013: 25). Tradicionalmente la economía y la producción estadística habían usado una noción estrecha de trabajo, utilizando de manera indistintas los conceptos de empleo y trabajo (Aguirre, 2009).

Los esfuerzos por ampliar el concepto de trabajo han permitido ubicar y valorar estas formas de trabajo gratuito. Sin embargo, marcos como el anterior no permiten profundizar en aquello que hace de este tipo de trabajo distinto al empleo, o incluso de otras actividades desarrolladas en el espacio doméstico.

Uno de los debates que se ha hecho cargo de esta pregunta es el debate feminista que se desarrolla a par-

tir de los años 60. Este parte instalando a las tareas domésticas como una forma de trabajo, y por tanto, objeto a ser considerado como parte del análisis de la economía. Cuestionando el paradigma tradicional desde el cual conceptos como trabajo y actividad económica eran pensados, uno de los primeros objetivos de las feministas fue incorporar al análisis económico las labores que realizaban las mujeres en el espacio familiar. Para las feministas resultaba claro que no solo el trabajo que recibe un salario constituye un trabajo como tal, sino que también lo era el trabajo gratuito realizado principalmente por mujeres.

Uno de sus aportes más relevantes fue señalar la relación entre esta forma de trabajo y el sistema económico. Tradicionalmente este sistema se ha presentado en la teoría económica como autónomo, independiente de la esfera doméstica en la que se realizarían actividades sin valor productivo. Para esta visión quienes se dedican sólo al trabajo doméstico son etiquetados bajo la categoría de población inactiva, fuera del auténtico espacio de trabajo que es el mercado. Visto de otra manera, la idea de que los sistemas económicos son sistemas autónomos hace eco a la forma que en el capitalismo se institucionaliza la división social del trabajo: como esferas separadas de la producción y de la reproducción. Todo aquello que se realiza fuera del ámbito productivo son tareas de menor valor social, sin utilidad para la producción de riqueza ni para el crecimiento económico.

Al contrario de este pensamiento, desde el feminismo se argumenta que el trabajo doméstico es fundamental para la continuidad de toda sociedad. El objetivo final de esta forma de trabajo es la reproducción de las condiciones de vida de la población. Este proceso implica la producción de los bienes de consumo y de producción, de la fuerza de trabajo y de las relaciones de producción (Carrasco, 1992). La reproducción de las condiciones de vida requiere de la articulación entre las distintas formas de trabajo, cuyos resultados son necesarios para la continuidad de la vida. Al respecto, uno de los conceptos que surgió con especial fuerza desde el feminismo italiano fue el de sistema de reproducción social. De acuerdo a Antonella Picchio el sistema de reproducción involucra la estructura familiar, pero también la estructura del trabajo asalariado y no remunerado, así como el papel del Estado (Carrasco, et. al, 2011). La reproducción social es entonces un aspecto que corta transversalmente las sociedades, sin agotarse en las prácticas circunscritas al ámbito familiar.

A pesar de sus aportes, el feminismo inicialmente abordó la categoría de trabajo doméstico sin mucha distinción entre las actividades que esta forma de trabajo involucraba. Así, muchas investigaciones analizan el trabajo doméstico incluyendo en esta categoría actividades tan distintas como preparar alimentos y el cuidado de menores o adultos enfermos. Susan Himmelweit (1995) ha sido enfática en señalar las limitaciones de las primeras aproximaciones del feminismo hacia el trabajo doméstico. De acuerdo a la autora una de estas fue buscar homologar la categoría de trabajo doméstico a la de trabajo asalariado, sin reparar en las características de actividades como el cuidado que eran incluidas bajo la noción de trabajo doméstico. El concepto de trabajo asalariado se caracteriza, entre otras cosas, por ser

un trabajo cuyo producto no depende de quien realice la actividad. Para Himmelweit esta característica sería difícil de aplicar a algunas actividades realizadas en el ámbito familiar. “Mientras que actividades como lavar ropa o preparar comidas pueden ser separables de la persona que hace el lavado o cocina, mucho de aquello que cuenta como trabajo doméstico no es de esta naturaleza. El “cuidado” [*caring*] es una noción ambigua que va desde el cuidado físico, el cual podría hasta cierto punto ser independiente de la relación entre quien cuida y la persona cuidada, hasta el cuidado emocional, para el cual la persona que entrega el cuidado es inseparable del cuidado que se entrega” (Himmelweit, 1995:8).

A diferencia de otras formas de trabajo donde este es solo un insumo necesario para la producción (ej. el trabajo de una cocinera que prepara el almuerzo en una organización), el producto del trabajo de cuidados es el cuidado mismo (Donath, 1996; Himmelweit, 2007). La relación que se establece entre la persona cuidada y su cuidador es crucial para la provisión misma de cuidado, no siendo separable el producto de este trabajo de quien lo desarrolla. Para Himmelweit lo característico del cuidado sería el desarrollo de una relación. En palabras de la autora “el cuidado es un servicio personal que requiere de la presencia de un cuidador. (...) Sin embargo, más que solo la provisión de un servicio personal, para ser merecedor del término ‘cuidado’ [*care*] en su esencia, debe haber también el desarrollo de una relación entre quien cuida y la persona que es cuidada” (Himmelweit, 2007:584). De esta manera, el cuidado no sólo se diferenciaría del concepto tradicional de trabajo asalariado, sino que también de muchas otras actividades comúnmente relacionadas con el trabajo doméstico.

El feminismo ha recorrido un largo camino para llegar a hablar del trabajo de cuidados. En el trayecto no sólo se ha logrado señalar la importancia de este tipo de trabajo para el bienestar social, sino que también se ha logrado observar que estas actividades siguen trayectorias diferentes en cuanto al tiempo que se le dedican y a cómo los hogares distribuyen sus tareas (Sullivan, 2013). El cuidado, en este sentido, debe ser analizado como un objeto aparte del resto de las tareas domésticas, aun cuando muchas veces la realización de sus actividades se encuentre vinculada (ej. la alimentación de los niños con la preparación de las comidas). Esto sin duda será una de las limitaciones que tiene abordar el cuidado desde un instrumento como una encuesta de uso del tiempo. Esta y otras limitaciones serán revisadas en un apartado posterior.

El cuidado en la familia

El análisis del cuidado en el contexto familiar representa sólo una pequeña parte de todo el cuidado presente en las sociedades. Como pone sobre la mesa Fisher y Tronto, el cuidado es “*una actividad que incluye todo lo que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro mundo de manera que podamos vivir en él lo mejor posible*” (Tronto y Fisher, 1990:40. El énfasis es de las autoras). El cuidado está en todos lados (Tronto, 2015). Todos los días las personas se preparan para comer, vestirse

y buscar aquello que los haga vivir lo mejor posible.

El cuidado de los hijos es entonces una forma específica de cuidado, desarrollado en estos pequeños universos humanos denominados familias. En el contexto familiar los niños son empujados a incorporar aquellas disposiciones que actuarán como *habitus* primario del resto de sus esquemas prácticos. Para esto la familia y los padres despliegan distintas estrategias de reproducción, las que pueden ser económicas, educativas, entre otras (Bourdieu, 2011). En el espacio familiar también se espera que las personas repongan sus energías, se intercambien gestos de generosidad y solidaridad, y se desarrollen lazos de afectividad y confianza que permitan que estos intercambios se sostengan en el tiempo.

Aunque la familia se presenta hoy como la célula básica en que se organiza la sociedad, resulta necesario comenzar su análisis reconociendo que el modelo familiar aún dominante, la familia nuclear, es un producto histórico reciente y del cual sólo algunos tienen el privilegio de disfrutar (Bourdieu, 1997). Ni el pasado ni el presente permiten confirmar su existencia universal, a pesar de la vocación del modelo en este sentido. Aún así, la idea de vivir en familia sigue siendo una de las ideas más extendidas actualmente, asumiendo que bajo esta categoría se encontrarán diversas formas que se salen del molde tradicional, pero que siguen constituyendo “una familia”.

La familia es vista por sus integrantes como una realidad que los trasciende, como un cuerpo dotado de vida propia, cohesionado y que espera de sus miembros un comportamiento acorde a la pertenencia familiar. “La sangre tira” dice el dicho popular, pero la familia y los lazos que la mantienen unida no son un producto natural al hecho de la consanguinidad. Siguiendo a Bourdieu (1997), si la familia existe como un cuerpo integrado es debido a un fuerte labor de institucionalización orientada a inculcar en cada uno de sus miembros sentimientos que garanticen la unidad familiar. La disposición a amar, los lazos de solidaridad que guían los intercambios, son resultado de un trabajo permanente y cotidiano que reafirma entre sus integrantes la institución familiar. Sin este “espíritu de familia” los grupos tenderían a la desintegración, en tanto algunos de sus miembros pueden ser menos favorables al sometimiento de la familia como un grupo que actúa de manera cohesionada.

Uno de los ejemplos más claros de esta labor de institucionalización es el matrimonio. En este acto la familia nace como tal, comprometiéndose ámbos cónyuges a estar dispuestos a amar y permanecer juntos “a pesar de todo”. La veracidad de este momento queda asegurada por la presencia de los parientes de ambos, así como del oficial que inscribe a la pareja como “sociedad” ante el Estado, y en ocasiones ante dios.

Pero además de estos actos más solemnes, existen labores que se realizan día a día y que permiten actualizar esta promesa y extenderla a sus nuevos integrantes (ej. los hijos), prolongando la familia en el tiempo, y asegurando la permanencia de este “sentimiento familiar” entre aquellos con los que no se comparte diariamente. Las llamadas telefónicas, las invitaciones a comer los domingos, las salidas

familiares, entre muchas otras actividades, permiten reforzar en los integrantes la idea de una familia reunida y asegurando a su vez que estos actúen en consecuencia a estas obligaciones.

Dentro de estas labores cotidianas, el cuidado en la familia puede ser considerada como una de las más importantes para el desarrollo de este sentimiento familiar. Gracias al trabajo de Aries hoy es posible ver que el papel de las familias para con sus hijos es una creación que lleva poco tiempo en la historia moderna (Meyer, 1981). Sin embargo, la actual visión dominante abraza la idea de que los niños hoy requieren atención intensa, preferentemente de sus padres (Craig, 2006b). Este tipo de cuidado se encuentra asociado a la idea de amor incondicional, y los padres muchas veces se ven haciendo sacrificios con el propósito de asegurar a sus hijos no sólo bienestar material, sino que también tiempo para cuidar y compartir con ellos. Estudios en Chile señalan que aún se mantiene vigente la idea de que la presencia de la madre en el hogar resulta fundamental para el bienestar de los hijos (Araujo y Martuccelli, 2012), y muchas mujeres prefieren limitar su sociabilidad a la familia con el objetivo de dedicarse a esta (PNUD, 2010). Los padres por su parte se ven enfrentados a la figura ideal donde las responsabilidades con la familia (en el modelo tradicional, de provisión económica), hacen ilegítima la idea de tener un tiempo para sí, fuera de la familia (Araujo y Martuccelli, 2012). La labor de cuidado familiar puede pensarse así como un acto performativo que hace familia: si la familia es amor y unidad, el cuidado viene a realizar este acto desinteresado en donde los padres buscan disponer de todos los recursos que puedan para responder a las necesidades de sus hijos.

Analizar las relaciones familiares implica reconocer que existen también en estas fuerzas que tienden a la ruptura y la separación de sus integrantes. Bourdieu señala que la familia nunca deja de funcionar como campo, con sus relaciones de fuerza que tensionan por la desintegración del grupo. Así, aunque comúnmente se piense a la familia como un espacio ajeno al egoísmo, no se puede olvidar que al interior de este espacio los individuos cuentan con distintos recursos con los que buscarán imponer su visión dominante sobre la familia y su organización. No en pocas ocasiones los integrantes de una familia se ven luchando por el patrimonio familiar o por el destino que se le dará a los ingresos de sus miembros. A su vez, no son menores los conflictos por la distribución de las tareas, la gestión del tiempo de sus integrantes con el objetivo de satisfacer las necesidades familiares, o sobre las decisiones relativas a la educación de los hijos. El cómo las familias responden a la necesidad de hacerse cargo de las responsabilidades familiares y laborales al mismo tiempo (doble presencia), puede en ocasiones ser objeto de importantes disputas, sobre todo si el “sentimiento familiar” se encuentra más débil. En este sentido, el cuidado se inserta como práctica en relaciones de fuerza entre los integrantes de una familia, los que buscarán imponer su visión sobre cómo se deben asignar los recursos para la crianza y el cuidado de los menores.

Aunque las relaciones de fuerza al interior de la familia posicionan a sus integrantes en posiciones de ventaja/desventaja entre unos y otros, Bourdieu señala que el funcionamiento del espacio familiar como

campo encuentra su límite en la dominación masculina que tiende a clausurar los conflictos (incluso a veces antes que estos ocurran), orientando a sus integrantes hacia la unidad familiar y reforzando en estos la idea de este orden familiar como legítimo. De esta manera, si bien muchas mujeres hoy tienen una carga total de trabajo mayor que sus parejas varones, esto no necesariamente desencadena malestar o conflicto, en tanto este orden dominante se mantenga vigente.

En la actualidad, se observa que el orden tradicional de género en que se ha apoyado la relación de dominación al interior de las familias se encuentra en tensión, coexistiendo un imaginario tradicional con nuevas ideas sobre el orden en el espacio doméstico. Algunos autores señalan que en Chile se comienzan a mostrar señales de una nueva manera de ver las relaciones al interior de la familia. Para algunos es posible distinguir entre dos tipos ideales de relaciones de poder en las parejas: uno tradicional y jerárquico, con una rígida división sexual del trabajo; y otro igualitario que viene a disolver esta manera de dividir las tareas, haciendo responsable tanto a hombres y mujeres de proveer económicamente a sus familias como de las tareas domésticas (Valdés et. al, 1999). Otros a su vez, observan la presencia de transformaciones en las concepciones relativas a la parentalidad, dando paso a un ideal en donde ambos padres comparten las responsabilidades familiares (Araujo, 2005). Particularmente, aquellos varones que tienen jornadas laborales menores a la completa presentan una mayor adscripción al ideal de responsabilidad compartida. Araujo observa, sin embargo, que las mujeres declaran una menor participación por parte de sus parejas, de las que estos indican realizar. Queda por tanto como pregunta en qué medida esta mayor adscripción a un espacio doméstico en donde ambos padres tienen las mismas responsabilidades, se corresponde con la forma en que actualmente las parejas asumen la mayor presión que experimentan sobre el tiempo de cuidado de sus hijos.

De manera especial, el cuidado de los hijos ha sido encapsulado a través de los últimos siglos en lo que se comienza a entender como el espacio de los asuntos privados, ajenos en cierto sentido a lo colectivo. Si bien el desarrollo de los Estados durante el siglo XX conllevan la formación de más y mejores mecanismos de provisión de bienestar, es posible señalar que el cuidado de los hijos ha permanecido como un asunto doméstico, de las familias, a pesar del importante rol que toma la escuela en la educación y formación de los ciudadanos. Sobre la organización del cuidado pesa una importante inercia que llevan a entender a este como un desafío a nivel individual: por un lado este encapsulamiento, pero también su asociación con lo femenino y por tanto lo que socialmente no es relevante. La industrialización y el desarrollo del capitalismo trajeron consigo el desarrollo de una nueva manera de entender los principios de diferenciación de los géneros, y una particular división del trabajo entre estos. Esta forma fue reforzada por el Estado buscando separar el espacio de la producción del de la crianza, con el propósito de proteger la infancia pero excluyendo a las mujeres de los espacios relevantes de participar. Hoy, tras las importantes transformaciones esta inercia sigue pesando, pero también aparecen nuevos discursos sobre lo doméstico y sobre como hacer familia. Al tiempo que el cuidado hace familia, y por tanto la

amenaza que pesa sobre su organización pone también en peligro a la actual forma familiar como forma de vida; también cabe preguntarse si es posible hacer otra forma de vivir en familia a través de una organización de los cuidados distinta, e incluso otra manera de entender la organización del empleo. Autoras como Fraser o Torns hablan de extender los patrones actuales de la vida femenina como la norma para todos. En el caso de Fraser denomina a este modelo como el cuidador universal (1997), y en el caso de Torns a la doble presencia como modelo para hombres y mujeres (2001). El análisis de los arreglos de tiempo que las tienen hoy las parejas bien pueden ser una aproximación para ver que tan cerca se está de aquellos discursos que ya comienzan a permear las representaciones de género de los chilenos.

Otros aspectos de la organización del cuidado y las encuestas de uso del tiempo

El cuidado: un objeto escurridizo para las encuestas de uso del tiempo

Las encuestas de uso del tiempo tienen por objetivo producir información respecto de las actividades cotidianas que desarrollan los integrantes de un hogar. Así, permiten conocer cómo distintas tareas, remuneradas o no, son divididas entre sus integrantes; cuánto tiempo dedican al ocio, a actividades de cuidado personal, a la vida social, entre otras. Aunque el análisis del tiempo y su distribución tiene ventajas para explorar las desigualdades con que hombres y mujeres enfrentan esta crisis de los cuidados, la cuantificación de estas actividades a través del tiempo tiene limitaciones, las que se revisarán a continuación. El propósito de esta sección no es dar una solución a las dificultades que tiene trabajar con este tipo de encuestas, sino más bien delimitar el alcance de esta tesis en el análisis de la articulación entre los tiempos de cuidado y los de trabajo remunerado.

Una de las principales limitaciones de las encuestas de uso del tiempo es que requieren que el tiempo de cuidados sea observable a través de actividades posibles de ser cronometradas. Esto obscurece el hecho de que el tiempo no es un elemento listo para ser usado cuando una persona lo requiera: más bien, las personas deben *hacerse tiempo* antes de que puedan disponer de él para cualquier actividad (Everingham, 2002). La visión del tiempo-reloj no es capaz de aproximarse a la gestión particular que se debe hacer para que el tiempo se encuentre disponible. Para esta una hora de cuidado de hombres y mujeres aparece como idéntica: puede ser la misma actividad y la dedicación en tiempo es la misma. Pero el cómo estos se han hecho del tiempo para cuidar no necesariamente responde a una gestión similar.

A su vez, el tiempo como medida de los cuidados conlleva una despersonalización de la relación afectiva que implica el cuidado, haciendo del vínculo emocional un aspecto inexplorable para este tipo de instrumentos. De hecho, “cuidar” a una persona no siempre se encuentra vinculado a una actividad

en específico, sino que cuidar es también un estado mental de atención hacia otro (Carrasco, 2006): un “estar pendiente” que representa un tiempo potencial de ser ocupado en una actividad, pero cuya duración difícilmente puede ser medida en horas o minutos.

Otra limitación derivada de esta manera de concebir el tiempo es que existen dificultades para analizar la experiencia subjetiva del tiempo, considerando la importancia del contexto en que se realizan las actividades de cuidado para esta experiencia. Si es que el cuidado se realiza con alguien más o no, si se realiza al mismo tiempo que se realizan otras actividades domésticas o el mismo empleo, o bien si es que actividades de ocio se ven interrumpidas por la necesidad de estar atento a otros; son preguntas que la actual ENUT no permite entregar una respuesta satisfactoria. Haciéndose cargo de la dificultad de analizar la experiencia temporal, Sullivan (1997) analiza el cuidado y las tareas domésticas ya no sólo desde una mirada que considera estas actividades como un agregado de tiempo, sino que incorpora elementos de contexto que entregan indicios relevantes respecto de la distinta experiencia de tiempo de hombres y mujeres. Así por ejemplo, las mujeres experimentan el tiempo de manera mucho más intensa que los hombres, en tanto su tiempo es más denso en actividades realizadas en simultáneo. A su vez, al incorporar el contexto de realización de las actividades Sullivan observa que el tiempo de las mujeres aparece mucho más fragmentado. Las mujeres señalan en mayor medida que los hombres que actividades de ocio o empleo son interrumpidas por trabajo doméstico o de cuidados.

De acuerdo a Sullivan, el tiempo de las mujeres no sólo se experimenta con una mayor presión por la intensidad de las actividades que asumen en paralelo, sino que también aquel tiempo dedicado al placer y al disfrute también aparece interrumpido más frecuentemente que para los varones. Esto puede tener implicancias importantes para el bienestar y la calidad de vida de las mujeres, en tanto la organización de su vida cotidiana se ve más presionada por las demandas del cuidado y otras necesidades relativas al espacio doméstico.

Esto no quiere decir que el cuidado sea totalmente inaccesible a las encuestas de uso del tiempo. Analizar las distintas actividades de cuidado, así como la distribución de estas al interior de una pareja entrega pistas importantes sobre cómo las familias resuelven organizar el tiempo de sus integrantes en relación a las necesidades de un empleo y del cuidado de los hijos. A su vez, y aunque sea sólo de manera indirecta, analizar esta doble presencia de tiempo de mujeres (y hombres también) permite aproximarse a las relaciones de poder que se dan al interior de la pareja, entendiendo que estos arreglos son el resultado de esquemas prácticos que guían la negociación de la organización del tiempo.

Una ventaja importante que presentan las encuestas de uso del tiempo frente a otros instrumentos que consultan por el cuidado y los trabajos domésticos en agregado, es que permiten identificar distintos tipos de cuidado. Estos, por sus particularidades, permiten aproximarse a diferencias en la experiencia del tiempo de hombres y mujeres, así como a aspectos relacionados con las ideas que guían las relacio-

nes en el espacio doméstico y la división del trabajo. Poniendo atención a qué tareas realizan padres y madres, Craig observa que una mayor proporción del tiempo de cuidado de los padres es dedicada a actividades recreacionales, mientras que las mujeres dedican un mayor porcentaje de su tiempo a actividades rutinarias como bañar, alimentar o llevar a los hijos a la escuela (Craig, 2006b). Este último tipo de tareas exige seguir cronogramas más estrictos, siendo menos flexibles de acomodar en la jornada diaria, dificultando en algunos casos la inserción laboral de las madres.

Para analizar las diferencias entre el tipo de cuidado con el que se compromete cada padre se utilizará la distinción propuesta por Craig y Mullan entre actividades rutinarias y actividades no rutinarias (2011). Para estos autores el análisis de los arreglos familiares en los que se divide el cuidado debe considerar no sólo la cantidad total de tiempo que se dedica a este, sino que también qué actividades son las que se reparten. El cuidado rutinario para Craig y Mullan es mucho más limitante que las actividades recreacionales que caen bajo la categoría de no rutinarias. La rutina de llevar a cierta hora a los niños a la escuela, bañarlos, meterlos a la cama, entre otras tareas, puede impedir que quien se haga cargo de estas tareas se quede hasta más tarde en el trabajo para terminar con una tarea o bien salir con los colegas y reforzar las redes laborales. Por otro lado, las actividades rutinarias se encuentran más asociadas a la idea tradicional de la maternidad y la crianza, en donde son las madres las encargadas de proteger la vida de los más pequeños atendiendo a sus necesidades como la comida, limpieza o el descanso. En la metodología se abordará con más detalle que actividades involucra cada uno de estos tipos de cuidado.

Otras variables relacionadas con el cuidado

La división del trabajo y el tiempo que hombres y mujeres dedican al cuidado de sus hijos no sólo depende de cómo los padres organizan su participación en la esfera laboral. Los padres se diferencian también por el número de cargas familiares que soportan, los capitales sociales y culturales que disponen, diferencias que se traducen en una heterogeneidad entre las mismas mujeres y hombres respecto de cómo usan su tiempo para cuidar. Si bien el objetivo de esta tesis es analizar el efecto que tiene la participación laboral de los padres en el tiempo de cuidado de sus hijos, este análisis implica considerar otros elementos que organizan este tipo de trabajo.

Investigaciones recientes sugieren que el nivel educativo de los padres se encuentra asociado al tiempo que dedican a sus hijos, siendo esta asociación en el sentido de que a mayor nivel educativo mayor es el tiempo que los padres dedican a los hijos (Craig, 2006b; Birch, et. al, 2009; Altintas, 2015). Estas investigaciones también han explorado la relación entre el tiempo dedicado a los hijos y la educación de la pareja. Así, en Estados Unidos el tiempo que los padres dedican a cuidar a sus hijos como actividad principal se encontraba parcialmente explicado por el nivel de educación de su pareja (Altintas, 2015).

Además de la educación, otros estudios han analizado la relación entre los ingresos y el tiempo dedicado al trabajo no remunerado (tareas domésticas y de cuidado de manera agregada). A grandes rasgos, no existe un consenso respecto al efecto de los ingresos en el compromiso de tiempo que hombres y mujeres asumen respecto al cuidado (Birch, et. al 2009). Mientras que algunos estudios observan un efecto negativo de los ingresos en la cantidad de tiempo de trabajo no remunerado, otras investigaciones observan que los ingresos no tienen una influencia significativa en la cantidad de tiempo dedicada a esta actividad.

Otro elemento importante en la organización del tiempo de cuidados es el número de hijos, su edad y su sexo. De acuerdo a la recopilación de estudios que hace Birch et. al (2009) en la mayoría de estos se reporta una asociación positiva entre el número de hijos y el tiempo de cuidados. Así mismo, los hijos más pequeños implican una mayor demanda de tiempo para sus padres que los hijos mayores. Por otro lado, algunos estudios observan que niños y niñas son tratados de manera diferente por sus padres (Yeung, et. al 2001; Barcellos, et. al, 2014). En Estados Unidos se observa que los varones tendrían cierta preferencia a realizar actividades con hijos mayores de su mismo sexo, existiendo evidencia de un efecto de interacción entre sexo y edad de los hijos (Yeung, et. al 2001). Por otro lado, en la India se encuentra evidencia de que en hogares cuyo hijo menor es varón, los padres dedican mayor tiempo a su cuidado que cuando se trata de una niña (Barcellos, et. al, 2014).

La edad de los padres también aparece como un elemento que organiza el tiempo y la distribución de tareas en el espacio doméstico. Estudios recientes en Chile observan que las generaciones más viejas presentan una mayor adscripción a una representación tradicional de las relaciones de género (PNUD, 2010). Para estos, hombres y mujeres tienen tareas y roles propios: la mujer debe dedicarse a la casa y los hijos y los hombres deben proveer económicamente a sus familias. Así también ocurre para quienes tienen una representación machista: hombres entre 45 y 55 años de sectores menos acomodados se muestran más afines a la idea de que el es el hombre la autoridad familiar y la mujer debe obedecerla. Por el contrario, las generaciones más jóvenes serían más perceptivas al discurso de igualdad entre los sexos y a una representación más liberal de las relaciones de género.

Un último aspecto que considera esta tesis es la presencia de servicio doméstico y su relación con el tiempo de cuidados. Araujo y Martuccelli (2012) señalan que el servicio doméstico pagado - las “nanas” – es una importante variable de ajuste temporal para los sectores medios y altos. En los relatos que destacan estos autores, hombres y mujeres señalan que sin el cuidado que realizan estas empleadas sería imposible que ambos pudieran tener un empleo. Los padres en este sentido delegan no sólo gran parte de las tareas domésticas al servicio realizado por estas mujeres, sino que también parte del cuidado de sus hijos, sin el cual los arreglos familiares serían muy diferentes. Considerando que los hogares también reciben servicios de manera gratuita como la ayuda de familiares en la realización de tareas domésticas y de cuidado, también se considera en esta tesis la presencia de la ayuda familiar femenina

como elemento que puede estar influenciando el tiempo y la distribución de los cuidados.

Objetivos

Objetivo general

- Analizar cómo afecta la participación laboral de los padres de menores de 15 años en el tiempo que dedican al cuidado de sus hijos.

Objetivos específicos

- Describir la relación entre la situación laboral de los padres y la cantidad de tiempo dedicado al cuidado de los hijos.
- Describir la relación la situación laboral de los padres y la cantidad de tiempo dedicado a actividades rutinarias y no rutinarias de cuidado de los hijos.
- Describir la relación entre la situación laboral de los padres y proporción relativa de tiempo dedicado al cuidado de los hijos por cada padre.

Datos y metodología

Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (2015)

Los datos analizados provienen de la primera Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (2015). Esta encuesta fue desarrollada por el Instituto Nacional de Estadísticas con el objetivo de “obtener información sobre el uso del tiempo de la población de 12 años o más, respecto a las actividades de trabajo realizadas en el mercado, el trabajo no remunerado y las actividades personales” (INE, 2016).

La encuesta fue aplicada a través de dos cuestionarios: el Cuestionario del Hogar, que contiene la caracterización sociodemográfica de los integrantes de cada hogar y que se aplicó a través de la entrevista a un informante idóneo. El segundo es el Cuestionario de Uso del Tiempo, el que buscó ser aplicado a cada integrante de 12 años o más consultando por información ocupacional, diferentes partidas de ingreso y preguntas sobre uso del tiempo. Ambos cuestionarios fueron aplicados por encuestadores mediante entrevistas cara a cara.

El diseño muestral de la encuesta es de carácter probabilístico y bietápico. En una primera etapa fueron seleccionadas las manzanas y en una segunda las viviendas particulares ocupadas a encuestar. En total se entrevistaron 10.706 hogares, a los que corresponde una población objetivo de 28.851 personas de 12 años o más. De estas, sólo 21.690 contestaron satisfactoriamente el Cuestionario de Uso del Tiempo. La muestra fue distribuida a nivel nacional en las 15 regiones del país³, siendo representativa a nivel urbano de estas.

Para obtener los datos de uso del tiempo la ENUT 2015 utilizó un listado de actividades el que fue consultado a través de un cuestionario estructurado. Los periodos de referencia para estas actividades fueron dos días – uno de semana y otro de fin de semana –, los que fueron asignados muestralmente a cada vivienda. Con el objetivo presentar los resultados en una sola estimación que represente de manera simple los distintos tipos de día, se construye un día tipo para cada una de las dimensiones de tiempo analizadas por la encuesta. Este se calcula como la suma ponderada del tiempo con proporciones de 5/7 para el tiempo destinado en día de semana y 2/7 para el tiempo destinado en el día de fin de semana (INE, 2016).

Aunque el listado de actividades tienden a subestimar o sobreestimar el tiempo que las personas dedican a distintas actividades (NU, 2006), esta modalidad tiene la ventaja de facilitar la declaración de actividades como el trabajo doméstico y de cuidados, las que por ser socialmente poco valoradas corren el riesgo de ser pasadas por alto en una entrevista de respuesta espontánea como los diarios de tiempo (INE, 2016).

³Esto no considera la región de Ñuble porque aún no había sido creada.

Padres con hijos menores de 15 años

Los hogares de interés para esta tesis son aquellos en los que vive la jefatura del hogar junto a su pareja y sus hijos menores de 15 años. Estos hogares pueden estar conformados por otros parientes, pero cumplen al menos con esta primera condición. En total existen 6.254 hogares en los que vive una pareja heterosexual, pero de estos sólo 2.599 conviven con hijos menores de 15.

El análisis de los arreglos de tiempo de cada pareja necesita contar con información de ambos padres en las variables de uso del tiempo. Sólo de esta manera será posible analizar por un lado la cantidad de tiempo que cada padre dedica al cuidado de sus hijos, pero a su vez, al tiempo de cuidado como medida relativa buscando responder a la pregunta de cómo distintas tareas son repartidas entre los padres.

Del total de hogares de interés (2.599) solo en un 61,1% de los casos ambos padres contestaron el Cuestionario de Uso del Tiempo. Si bien este instrumento buscó ser aplicado a cada uno de los integrantes de 12 años o más de cada unidad seleccionada, para que un hogar fuera considerado como entrevistado se requería que al menos uno de los Cuestionarios de Uso del Tiempo fuese contestado. Esto permite que la muestra de hogares de la ENUT esté compuesta por unidades que no tienen información de uso del tiempo para todos sus integrantes. Si se considera además la presencia de información en el resto de variables que organizan el cuidado, en total se cuenta con información en un 60,5% de estos. El siguiente cuadro resume la información aquí presentada.

Cuadro 1: Número de hogares de acuerdo a nivel de completitud de información

Subconjunto hogares	Número de casos
Conformados por una pareja heterosexual	6.254
Padres con hijos menores de 15	2.599
Padres con hijos menores de 15 y con datos de uso del tiempo	1.587
Padres con hijos menores de 15, con datos de uso del tiempo y otras variables	1.572

Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 - INE

La no aleatoriedad en la no respuesta puede introducir un sesgo en los indicadores de interés de la encuesta. Si las características de los que no responden son muy distintas a los que sí participan de la encuesta, los estadísticos que se calculen a partir de la muestra pueden subestimar o sobreestimar el valor poblacional (Groves, et. al, 2009). La ENUT busca mitigar el efecto de la no respuesta a través del uso de factores de expansión que consideran en su cálculo una calibración por *stock* poblacionales a nivel regional, considerando para esto las variables sexo y tramo de edad. De esta manera, el uso de los factores para el cálculo de los estimadores permitirá que las estimaciones sean representativas a nivel

nacional urbano y regional urbano, por sexo y tramos de edad (INE, 2016).

Como ejercicio para evaluar la representatividad de la submuestra de hogares analizada efectivamente en esta tesis, a continuación se compara la muestra total de hogares de interés con el grupo de hogares analizado y aquel que no pudo ser incluido en el ajuste de los modelos debido a insuficiencia de información. En los primeros dos cuadros se presenta esta composición de acuerdo a las características de hombres y mujeres. El tercero compara las características a nivel hogar⁴. En ambas comparaciones se usaron los factores de expansión calculados para la encuesta, siguiendo las indicaciones señaladas en el documento metodológico de esta⁵. Los porcentajes suman 100 para cada una de las características presentadas (suma por columna).

Cuadro 2: Hombres - Comparación entre total, casos analizados y casos excluidos

Característica	Total	Casos analizados	Casos excluidos
No trabaja	4,1%	3,4%	5,8%
Trabaja jornada parcial	6,0%	5,7%	6,2%
Trabaja jornada completa	89,9%	90,9%	88,0%
Básica o menos	12,1%	12,2%	11,9%
Media incompleta	12,4%	11,9%	13,2%
Media completa	35,8%	35,2%	36,9%
Superior	39,7%	40,7%	37,9%
16-30 años	14,3%	14,1%	14,6%
31-40 años	37,7%	39,7%	34,5%
41-50 años	35,6%	33,9%	38,0%
51+ años	12,4%	12,2%	12,9%

Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 - INE

Cuadro 3: Mujeres - Comparación entre total, casos analizados y casos excluidos

Característica	Total	Casos analizados	Casos excluidos
No trabaja	38,9%	37,2%	42,4%
Trabaja jornada parcial	20,4%	20,3%	20,8%
Trabaja jornada completa	40,7%	42,6%	36,9%

⁴Con el propósito de comparar medidas relativas entre estos grupos - o en otras palabras, porcentajes respecto del total de casos -, se excluyeron aquellos casos para los que no se contaba información en la variable presentada (ej. edad o nivel de educación). Incluir estos casos implicaría agregar una categoría de “sin información” para cada variable analizada. Como el grupo de casos analizados no presenta esta categoría, pues tiene información en todas las variables de interés, incorporar estos casos dificultaría la comparación entre porcentajes.

⁵En el documento metodológico de la encuesta se indica que se calcularon 3 factores de expansión. Un factor a nivel hogar, un factor de personas calibrado por sexo-región y tramo de edad-región y un tercer factor ajustado por ausencia de respuesta en el Cuestionario de Uso del Tiempo y calibrado por sexo-región, tramo de edad-región y par de día-región (INE, 2016:64). Dependiendo de cual sea la unidad de análisis es el factor que debe usarse para el cálculo de las estimaciones.

Característica	Total	Casos analizados	Casos excluidos
Básica o menos	11,9%	12,0%	11,7%
Media incompleta	11,5%	10,7%	12,8%
Media completa	39,4%	39,6%	39,2%
Superior	37,2%	37,7%	36,3%
16-30 años	20,8%	21,1%	20,5%
31-40 años	43,2%	43,9%	42,0%
41-50 años	31,2%	30,3%	32,3%
51+ años	4,8%	4,6%	5,2%

Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 - INE

En términos generales no se observan diferencias importantes en la composición de los casos analizados y los que debieron ser excluidos por problemas de no respuesta al ítem. En el caso de los varones, en los 3 grupos comparados la mayoría de estos se ubica entre los rangos de edad entre 31 y 50 años, con un porcentaje importante de casos en trabajando en jornada completa y con la mayor proporción de casos contanto con un nivel de educación medio o superior. Para las mujeres se observa que la mayoría tiene entre 31 y 40 años, un porcentaje no menor de ellas no trabaja (cercano al 40%), y la mayoría tiene un nivel de educación medio o superior.

Ahora bien, cuando se analizan estos casos a nivel hogar se observan algunas diferencias en la composición para algunas variables. Por un lado, los hogares analizados tienen una proporción más alta de menores entre 0 y 4 años. Mientras que para los hogares excluidos un 33,5% de los hogares tiene un hijo en esta edad, en el caso de los hogares con información este valor sube a 38,1%. Si se compara ahora la composición de hogares diferenciando entre Región Metropolitana y regiones, se observa que hay una mayor presencia de hogares de regiones en la submuestra analizada. Esto puede deberse a que en general la no respuesta es más alta en la Región Metropolitana que en el resto del país. Esta tendencia se observa también en otras encuestas, como es el caso de la Encuesta de Presupuestos Familiares (INE, 2018a). En el resto de las características no se presentan diferencias importantes.

En términos globales la composición de estos grupos es muy similar, tanto a nivel de las características de los padres, como a nivel de los hogares. Si bien las similitudes no aseguran que no exista sesgo por no respuesta, sí son un buen indicador del balance entre las características asociadas con el tiempo de cuidados de los hijos.

Cuadro 4: Hogares - Comparación entre total, casos analizados y casos excluidos

Característica	Total	Casos analizados	Casos excluidos
Sin hijos 0-4 años	58,0%	55,8%	61,2%
1 hijo 0-4 años	36,2%	38,1%	33,5%

Característica	Total	Casos analizados	Casos excluidos
2 hijos 0-4 años	5,6%	6,1%	4,9%
3 hijos 0-4 años	0,2%	0,1%	0,4%
Sin hijos 5-14 años	19,7%	20,8%	18,0%
1 hijo 5-14 años	56,4%	56,0%	57,0%
2 hijos 5-14 años	20,3%	20,0%	20,8%
3 hijos 5-14 años	3,5%	3,1%	4,0%
4 hijos 5-14 años	0,1%	0,1%	0,1%
Hombres	51,3%	51,8%	50,5%
Mujeres	48,7%	48,2%	49,5%
Regiones	56,3%	59,7%	51,2%
RM	43,7%	40,3%	48,8%
Sin servicio doméstico	87,6%	88,1%	86,7%
Con servicio doméstico	12,4%	11,9%	13,3%
Media ingresos pareja (suma)	\$989.054	\$989.572	\$988.252

Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 - INE

Estrategia de análisis para datos de uso del tiempo

¿Regresión lineal o tobit?

Uno de los problemas señalados por quienes analizan este tipo de encuestas es la gran proporción de individuos con valores cero en la variable tiempo. Para algunos autores esto sería indicación de que esta variable se encuentra censurada, y por tanto su observación resulta incompleta (Souza et. al, 2001; Kimmel y Connelly, 2007). Una variable censurada sería aquella cuyos valores en determinado límite (inferior o superior) se encuentren inaccesibles a la observación del instrumento, aunque en la realidad sí existen valores por bajo o sobre ese límite. Este sería el caso por ejemplo de una variable de ingresos que sea continua sólo hasta cierto valor, tras el cual las personas tienen la opción de entregar valores en tramos para así garantizar mayor confidencialidad respecto de sus datos (ej. los valores superiores a \$2.000.000 se encuentran agrupados bajo una sola categoría).

Uno de los métodos más comunes para trabajar con variables censuradas son los modelos Tobit. Estos permiten abordar situaciones en los que la variable dependiente se observa de manera incompleta y cuya estimación mediante mínimos cuadrados resulta inconsistente (Cameron y Trivedi, 2005). Este tipo de modelos trabaja sobre el supuesto de que existe una variable latente tras la variable observada. Si bien en determinados puntos de la distribución estas variables coinciden, estas variables serían diferentes en alguno de sus límites o en ambos.

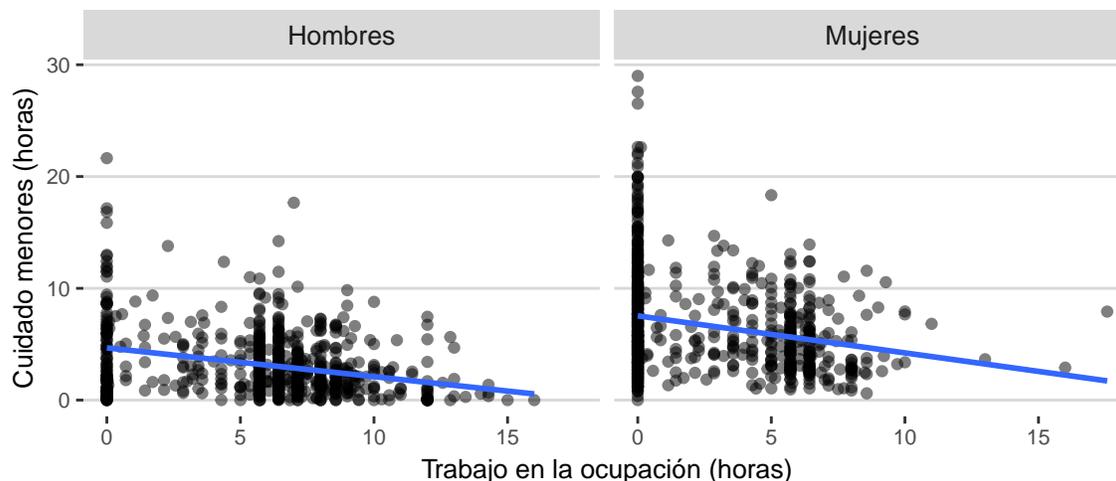
En el caso de los datos de uso del tiempo el uso de modelos Tobit implica asumir que la variable latente asume valores negativos cuando el valor en la variable observada es cero. Esta interpretación, sin embargo, no parece ser la más adecuada para los datos de uso del tiempo en donde un valor cero no significa que los individuos nunca realicen una actividad (Stewart, 2013). Siguiendo el trabajo de Frazis y Stewart (2012), en casos como el cuidado de los niños por los padres o el tiempo dedicado a la jornada laboral por los ocupados, los valores cero aparecen porque existe una diferencia entre el período de referencia de la encuesta (una selección acotada de días) y el período de interés de quien investiga, el que normalmente es de mucho más largo aliento. En este sentido, aunque las personas pueden hacer muchas actividades en un solo día, resulta prácticamente imposible hacer todas las actividades que normalmente se desarrollan durante un mes u otro periodo mayor de tiempo en una jornada de 24 horas. Aunque varias investigaciones han asumido que los modelos Tobit resultan apropiados para el análisis de uso del tiempo, para otros autores estos estudios ignorarían las características de los datos de uso del tiempo en los que existe este desajuste entre el período de referencia del instrumento y el periodo de análisis (Fisher y Gershuny, 2016; Stewart, 2013).

Aunque este desajuste no sea indicación de censura, sí puede plantearse como problemático para los estudios de uso del tiempo el corto período de referencia que tiene su instrumento en comparación a otros indicadores (ej. ocupación en la última semana en las encuestas de empleo, ingresos del último mes en las encuestas de ingresos, etc.). Las investigaciones con datos de uso del tiempo generalmente se plantean preguntas de más largo aliento, enfrentándose por tanto a la dificultad de que el tiempo medido por el instrumento no represente patrones de más largo plazo.

En un análisis detallado de las inferencias que es posible realizar a partir de los datos de uso del tiempo, Frazis y Stewart (2012) concluyen que es posible estimar de manera consistente promedios de tiempo de un período de referencia más largo mediante mínimos cuadrados, a partir de datos con un período de referencia considerablemente menor. Por el contrario, el modelo Tobit produce resultados sesgados para este tipo de estimaciones, aumentando este sesgo a medida que la proporción de valores cero aumenta. Basándose en los resultados de estos trabajos, esta tesis utiliza mínimos cuadrados para la estimación del tiempo de cuidados, tanto como medida absoluta (cantidad de tiempo, minutos, horas) como relativa (proporción de uso respecto del total de actividades de cuidado).

Regresión lineal múltiple

Un modelo estadístico es una representación simplificada de la relación entre variables en la población. Esta tesis utiliza para representar la relación entre el tiempo de cuidados y la participación laboral de los padres los modelos de regresión lineal múltiple. Estos modelos buscan representar la relación entre una variable denominada “dependiente”, en este caso el tiempo de cuidados, y dos o más variables,



Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 – INE.
 Nota: Sólo incluye padres con al menos un hijo menor de 4 años

Figura 1: Gráfico de dispersión para tiempo de cuidados y trabajo en la ocupación para un día tipo

denominadas “independientes” o “explicativas”. Esta notación no quiere decir que la relación entre estas variables implique causalidad, pero se mantendrá la denominación en el relato pues es la jerga comúnmente utilizada para describirlos. En tanto este tipo de modelos guarda muchas similitudes con las regresiones lineales simples, a continuación se explicarán las ideas principales de estos a través de un modelo que sólo involucra dos variables. Para la descripción de estos modelos se ha seguido como referencia los libros de Bartholomew et. al (2008) y Agresti y Finlay (2014).

En términos descriptivos, la intuición matemática detrás del análisis de regresión es que es posible representar la relación entre dos variables a través de una función lineal, la que en un plano cartesiano dibujaría una línea recta de puntos. Particularmente, el análisis de regresión se pregunta que tan bien es posible predecir una variable usualmente denotada como y a partir de una variable x .

El gráfico 1 muestra los valores de y (tiempo de cuidados) dados los valores de x (tiempo de trabajo en la ocupación). A su vez, este contiene una línea azul que representa la relación entre estas variables para hombres y mujeres. Aunque sea posible trazar otras rectas para representar la variación conjunta de estas variables, la función que mejor la representa es aquella que minimiza la distancia entre los puntos y la línea.

La ecuación más sencilla para representar una función lineal es $y = a + bx$. Por el momento, esta ecuación todavía está a un nivel descriptivo, o si se quiere, restringido para representar la relación de un conjunto acotado de casos. En esta ecuación a es conocido como el intercepto porque es el punto en el cual la línea corta el eje y . b es la pendiente de la línea, también conocida como coeficiente de regresión. Este coeficiente indica la cantidad promedio en la que y aumenta cuando x aumenta en una

unidad. a y b son calculados de manera tal que sus valores minimicen la suma de los cuadrados de las desviaciones verticales de los puntos respecto de la línea.

Como modelo para representar la relación entre las variables, el modelo hasta aquí descrito tiene la dificultad de que al ser determinístico, no admite variación para los valores de y . Este supuesto es bastante difícil de sostener en la realidad, pues en la mayoría de los casos no todas las personas u hogares con el mismo valor en x tendrán el mismo valor de y .

En general cuando se habla de modelos de regresión lineal se habla de modelos probabilísticos. Este tipo de modelos utiliza la ecuación $\alpha + \beta x$ para representar la media de los valores de y en la población. A diferencia del modelo determinístico, este permite representar como varía la media de una variable de acuerdo a los valores de una variable independiente x . Este modelo asume que la distribución de y depende de x tal que su media puede ser presentada como $\alpha + \beta x$. O lo que es lo mismo, que la relación entre x e y sigue una línea recta. En esta función α es el intercepto y β es la pendiente de la regresión a nivel teórico o de la población. Este modelo puede ser expresado de manera formal como sigue:

$$y_i = \alpha + \beta x_i + e_i \quad (1)$$

En esta ecuación el subíndice i denota cada observación y e es el residuo o la diferencia entre el valor de y y el valor predicho de y . El modelo de regresión lineal asume que e tiene una distribución aproximadamente normal, con media 0 y varianza teórica constante, denotada con la letra griega sigma (σ^2). La raíz cuadrada de la varianza corresponde a la desviación estándar de la regresión y representa la variabilidad de los valores de y respecto de la recta. Aunque en la práctica estos 3 parámetros (intercepto, coeficiente y varianza poblacional) permanecen desconocidos, el uso de muestras aleatorias permite ajustar un modelo desde el cual es posible hacer inferencias sobre los parámetros de la población a partir de datos muestrales.

A continuación se listan los principales supuestos del modelo:

1. Las observaciones son independientes entre sí.
2. La media de y es una función lineal de x . O en otras palabras, la línea recta es una buena simplificación para representar la relación entre las variables.
3. La varianza residual alrededor de la línea de regresión es constante (σ^2).
4. La distribución condicional de y dado x sigue una distribución normal.

Algunos de estos supuestos pueden ser relajados o modificados. Así por ejemplo, se observa que para muestras grandes el supuesto 4 de normalidad no es muy importante, porque de acuerdo al Teorema del Límite Central, las pendientes muestrales tienen una distribución aproximadamente normal. Por otro

lado, si la varianza no es constante es posible calcular los errores estándar permitiendo la posibilidad de que las observaciones tengan distinta varianza (σ_i^2).

Hasta ahora el modelo sólo tiene una variable explicativa o independiente. Pero en general, y en esta tesis, los modelos de regresión se utilizan para modelar la media condicionada de y en función de dos o más variables, pasando a hablar de los análisis de regresión múltiple. Este modelo puede ser representado con la siguiente ecuación:

$$y_i = \alpha + \beta_1 x_{i1} + \beta_2 x_{i1} + \cdots + \beta_k x_{ik} + e_i \quad (2)$$

Los mismos supuestos que se presentaron para el modelo de dos variables son válidos para este.

Una de las diferencias más importantes entre el modelo de dos variables y el de regresión múltiple tiene que ver con la interpretación de los coeficientes de regresión. Si bien estos pueden ser estimados usando mínimos cuadrados, mientras que en la regresión simple estos representan la diferencia promedio entre dos individuos cuyos valores de x difieren en una unidad, en el caso de la regresión múltiple b tiene la misma interpretación sólo si todas las otras variables explicativas tienen el mismo valor para los dos casos. Esto es lo que comúnmente se expresa bajo la jerga “controlando por el resto de las variables del modelo”.

En la práctica, sin embargo, es probable que las variables independientes varíen de manera conjunta. En este sentido, un aumento en la variable x_1 no sólo implicaría un efecto en la variable y , sino que también x_2 . Esto no necesariamente es un problema a menos que la correlación entre las variables independientes sea muy fuerte. En este caso se estaría ante la presencia de multicolinealidad, que en los casos más severos implica incluso que no es posible ajustar el modelo en términos numéricos. No obstante, aun cuando sea posible ajustar el modelo, su solución resulta inestable por lo que no es una situación que pueda obviarse. Una solución sugerida para estos casos es, detectado este problema, omitir variables explicativas que se encuentran fuertemente correlacionadas con otras que pueden ser más importantes desde un punto de vista teórico o estadístico.

A continuación se revisarán las variables involucradas en los modelos ajustados. La manera en que estos modelos fueron construidos se detalla en la sección Plan de análisis.

Variables dependientes

Medición del tiempo de cuidados

La ENUT 2015 utilizó como marco de referencia para la selección de actividades la Clasificación de

Actividades de Uso del Tiempo para América Latina y el Caribe (CAUTAL 2015). Entre las dimensiones de análisis consideradas en la encuesta se encuentran:

1. Trabajo en la ocupación, producción de bienes para el autoconsumo (dentro de la frontera de la producción en el Sistema de Cuentas Nacionales⁶) y actividades conexas.
2. Trabajo no remunerado (fuera de la frontera de la producción del SCN, el que se subdivide en:
 - i) Cuidados no remunerados a integrantes del hogar (separándose a su vez en distintos módulos que distinguen a sujetos de cuidado por su condición de salud o por su edad)
 - ii) Trabajo no remunerado en quehaceres del propio hogar
 - iii) Trabajo no remunerado para otros hogares, para la comunidad y trabajo voluntario no remunerado
- 3) Actividades personales (como las de cuidado personal, actividades de educación, ocio y vida social).

Estas dimensiones fueron desagregadas en actividades para las que se consultó si la persona realizó la actividad en los dos días seleccionados, y cuánto tiempo en horas y minutos dedicó a esta. No se incluyen preguntas que permitan identificar en qué momento del día se realizó cada actividad, ni en que secuencia se desarrollaron. Tampoco es posible identificar que actividades se realizaron de manera simultánea por lo que en algunos casos el número de horas supera las 24 horas.

En el marco de esta tesis, el tiempo dedicado a los cuidados de menores es operacionalizado enfocándose en dos secciones consultadas en la encuesta: los cuidados de los menores entre 0 y 4 años y el módulo que comprende el tiempo dedicado al cuidado de menores entre 5 y 14 años. Para la construcción de los modelos se utiliza la suma de los cuidados en cada una de estas secciones, utilizando el tiempo empleado en el día tipo.

Cuadro 5: Trabajo de cuidados a menores de 0 a 14 años

Sección cuestionario	Actividades que contempla
Cuidados a niñas y niños de 0 a 4 años	Dar de comer o amamantar; acostar; mudar o llevar al baño; bañar o asear; vestir o arreglar; aconsejar; dar medicamento, algún tratamiento de salud o cuidar por alguna enfermedad; acompañar o llevar a algún centro de salud; acompañar o llevar a jardín, sala cuna o colegio; ayudar con tareas escolares; jugar; leer o contar cuentos.

⁶El Sistema de Cuentas Nacionales (SCN) ha sido propuesto como marco de referencia de distintas encuestas, entre estas la de uso del tiempo, de manera de facilitar la comparabilidad y armonización en la producción estadística entre los países.

Sección cuestionario	Actividades que contempla
Cuidados a niñas y niños de 5 a 14 años	Dar de comer; bañar o asear; vestir o arreglar; aconsejar; dar medicamento, algún tratamiento de salud o cuidar por alguna enfermedad; acompañar o llevar a algún centro de salud; acompañar o llevar al colegio; ayudar con tareas escolares; ir a actividades del colegio; jugar; leer o contar cuentos.

Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 - INE

Adicionalmente se construyeron dos medidas del tiempo de cuidados de acuerdo al tipo de tareas realizadas: cuidado rutinario y cuidado no rutinario (Craig y Mullan, 2011). El primero comprende actividades relacionadas con el cuidado físico y el acompañamiento del menor e incluye tareas como alimentar, asear, vestir, poner a los niños a dormir, llevarlos a la escuela o al médico. El segundo se relaciona con actividades basadas en el habla con tareas como conversar, escuchar, enseñar, contar cuentos o jugar. A diferencia de las tareas no rutinarias, las rutinarias son más laboriosas y se realizan en un cronograma de tiempo menos flexible. El cuadro 5 resume como fueron agrupadas las preguntas para la construcción de estas variables. Al igual que para la variable tiempo de cuidados, estas variables corresponden a la suma del tiempo en estas actividades para el día tipo.

Cuadro 6: Cuidado rutinario y no rutinario

Tipo de cuidado	Actividades que contempla
Cuidados rutinario	Dar de comer o amamantar; acostar; mudar o llevar al baño; bañar o asear; vestir o arreglar; dar medicamento, algún tratamiento de salud o cuidar por alguna enfermedad; acompañar o llevar a algún centro de salud; acompañar o llevar a jardín, sala cuna o colegio.
Cuidado no rutinario	Aconsejar; ayudar con tareas escolares; jugar; leer o contar cuentos; ir a actividades del colegio.

Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 - INE

Tiempo de cuidados como medida relativa

Con el propósito de comparar la contribución relativa que cada padre hace al cuidado de los hijos por tipo de cuidado (rutinario y no rutinario), se crearon también medidas proporcionales como variables dependientes siguiendo la lógica propuesta por Craig y Mullan (2011). Para la construcción de estas variables se siguieron los siguientes pasos.

En primer lugar se sumó el tiempo de cuidados de ambos padres para un día tipo. Dejando fuera el cuidado que pueden realizar otros integrantes, esta medida puede ser considerada como el tiempo total que las parejas como familia disponen para el cuidado de los niños.

Posteriormente, se dividió el tiempo de cuidado de cada padre por tipo de cuidado por el total de tiempo que la familia dispone para el cuidado de los hijos, creándose variables que sumadas representan el 100% del tiempo familiar. Con esto, se construyeron 4 medidas que corresponden a la proporción de tiempo que cada padre, por tipo de cuidado, aporta al tiempo total de cuidado familiar.

Variables independientes

Configuración laboral de la pareja

El objetivo de esta tesis es analizar como afecta la participación laboral de los padres en el tiempo de cuidados dedicado a los hijos. En este sentido, no interesa medir la doble presencia en el sentido que propone Carrasquer (2009), buscando responder por ejemplo en cuántos hogares se da este tipo de relación con el trabajo o qué caracteriza a las personas que se encuentran en esta situación. Más bien, lo que se busca es modelar la relación entre los distintos tipos de inserción laboral y el trabajo de cuidados realizado por los padres.

Para analizar el efecto de esta dimensión se construyó una variable a partir de la participación laboral de cada padre, buscando representar situaciones relacionadas con una división tradicional del trabajo entre los sexos (hombre proveedor, mujer dueña de casa), así como también configuraciones que hoy con la entrada masiva de las mujeres al mercado del trabajo, son más comunes que ayer (dos proveedores). También se buscó representar divisiones más “opuestas” a la configuración tradicional (sólo mujer trabaja). Adicionalmente, se utilizó información sobre el tipo de jornada laboral, con el objetivo de agregar a las categorías la distinción entre jornada completa y jornada parcial. En tanto la ENUT consulta por las horas habituales de trabajo a la semana, aquellos que indicaron trabajar menos de 30 horas (inclusive) fueron considerados como trabajadores a jornada parcial, mientras que aquellos que tienen una jornada semanal superior a las 30 horas fueron clasificados bajo la categoría de trabajadores a jornada completa⁷. De esta manera la variable contiene las siguientes categorías:

1. Hombre proveedor, mujer dueña de casa
2. Dos proveedores a jornada completa
3. Hombre jornada completa, mujer jornada parcial
4. Mujer jornada completa, hombre jornada parcial
5. Sólo mujer trabaja

⁷El Código del Trabajo chileno define la jornada parcial de trabajo como aquel que no supera las 30 horas semanales.

6. Ninguno trabaja
7. Dos proveedores a jornada parcial

Todos los modelos que incluyen esta variable tienen como categoría de referencia a la situación “Hombre proveedor, mujer dueña de casa”.

La inclusión del tipo de jornada en la construcción de la variable se justifica por el vínculo que puede tener este tipo de inserción con el equilibrio que buscan lograr las madres entre su vida laboral y familiar. En los últimos años en Chile ha aumentado el trabajo a jornada parcial, sobre todo para las mujeres (Rau, 2008). Esta tendencia también se observa para otros países de la región, donde poco menos de la mitad de las mujeres ocupadas trabaja semanalmente más de 40 horas – en contraste con los 2/3 para el caso de los varones (Abramo y Valenzuela, 2006). Considerando que muchas mujeres que hoy no se encuentran disponibles para trabajar y/o no buscan un empleo argumentan razones familiares, puede que este tipo de jornadas facilite disponer de más tiempo para el cuidado de los hijos.

Variables control

A continuación se presenta la forma de medición y valores de las variables control incluidas en los modelos de regresión lineal. La relación de estas variables con el tiempo de cuidados fue tratada en la última sección del Marco teórico.

Nivel educacional. El nivel educativo se construye como una variable ordinal con las siguientes categorías: a) Ed. básica completa o menos, b) Ed. media incompleta, c) Ed. media completa, d) Ed. Superior. Para todos los modelos esta última categoría se utiliza como categoría de referencia para las comparaciones.

Edad. Edad en años cumplidos.

Número de hijos entre 0 y 4 años. Variable de intervalo que indica el número de hijos de la pareja entre 0 y 4 años que residen en la vivienda.

Número de hijos entre 5 y 14 años. Variable de intervalo que indica el número de hijos de la pareja entre 5 y 14 años que residen en la vivienda.

Hija menor. Variable dicotómica que toma valor “1” si el sexo del hijo menor es mujer y “0” si es varón.

Región Metropolitana. Variable dicotómica que toma valor “1” si la pareja reside en la Región Metropolitana y “0” si vive en otras regiones del país.

Servicio doméstico. Variable dicotómica que toma valor “1” si el hogar cuenta con servicio doméstico pagado y 0 lo contrario.

Ayuda familiar femenina. Variable dicotómica que toma valor “1” si el hogar declara recibir ayuda de algún familiar mujer que no reside en la vivienda con la pareja, tanto para el cuidado de sus hijos como para otras actividades domésticas.

Edad de la pareja o cónyuge. Edad en años cumplidos de la pareja.

Nivel educacional de la pareja o cónyuge. El nivel educativo de la pareja se construye como una variable ordinal con las siguientes categorías: a) Ed. básica completa o menos, b) Ed. media incompleta, c) Ed. media completa, d) Ed. Superior. Para todos los modelos esta última categoría se utiliza como categoría de referencia para las comparaciones.

Suma ingresos pareja. Corresponde a la sumatoria de los ingresos de la ocupación y/o de pensiones de vejez de cada uno de los padres.

Plan de análisis

El proceso para analizar los datos de uso del tiempo en torno al cuidado se dividió en 2 fases. La primera de estas involucró la preparación de los datos, en donde se construyeron las variables dependientes e independientes para el ajuste de los modelos. Como parte de este proceso, es importante destacar una diferencia para la forma de cálculo de la variable tiempo de cuidados entre esta tesis y la construida por el INE y que se encuentra en la base de datos que se descarga del portal institucional. La base de datos oficial de la ENUT publica variables de tiempo que tienen valores *missing* para aquellas personas que dicen no participar en las actividades medidas. De esta manera, al momento de calcular el promedio de tiempo dedicado a una actividad como el cuidado de menores, el denominador de este indicador estará compuesto sólo por quienes señalan participar de la actividad. En este sentido, para cumplir con el objetivo de esta memoria fue necesario incluir a quienes señalan explícitamente no participar de las actividades de cuidado, pero sí formaban parte de aquellos casos que debían contestar esta pregunta (ej. son padres viviendo con hijos menores de 15 años). Para estos casos los valores *missing* fueron cambiados por un cero.

La segunda fase de análisis corresponde al ajuste de los modelos de regresión lineal múltiple. Una característica general de los modelos que se presentan a continuación es que estos siempre fueron ajustados para mujeres y varones de manera separada. Teniendo en cuenta que hombres y mujeres no participan del mismo modo en el mercado laboral (ej. diferencia en significados de la participación laboral, tipos de jornada, remuneraciones), resulta razonable esperar que la relación entre esta dimensión y el tiempo de cuidados será distinta para hombres y mujeres. En tanto se utiliza una submuestra de análisis que presenta información para ambos padres de un mismo hogar, resulta posible comparar sin mayores complicaciones los resultados de cada par de modelos.

Si bien esta fase puede ser subdividida de acuerdo a las dos variables dependientes de interés, la lógica de inclusión de las variables es similar en ambos casos. Esta lógica es descrita con detalle en la sección de Resultados, pensando que esta localización favorece una lectura más fluida de las salidas de los modelos. No obstante, en términos generales esta lógica considera 3 momentos. En un primer momento se ajustan los pares de modelos incluyendo a la variable configuración laboral de la pareja y otras variables control. Estos pueden denominarse como los modelo base. En un segundo momento se agregan a los modelos las características de la pareja. Como último paso se incluye la variable ingresos.

Para evaluar la inclusión de las variables respecto del modelo base se utilizaron dos medidas: AIC y BIC (criterio de información Akaike y criterio de información bayesiano, respectivamente). Ambos entregan información respecto del ajuste de un modelo estadístico, estableciendo una penalización para el número de parámetros del modelo. La interpretación de su valor se realiza en el sentido de que a menor BIC o AIC mejor será el ajuste del modelo.

Para ambos conjuntos de modelos se evaluó la presencia de multicolinealidad. Para esto se utilizó el factor de inflación de la varianza (VIF por sus siglas en inglés), que indica el grado en que la varianza de un estimador se eleva por la colinealidad entre las variables. En la práctica siempre existirá un grado colinealidad, y la literatura sugiere que valores superiores a 5 serían indicación de una situación problemática (James. et. al, 2013). Como en total se ajustaron más de 20 modelos (en los resultados sólo se presentan 18), sólo se muestran los resultados de este análisis para los modelos que contienen todas las variables (tercer momento).

Cuadro 7: Mujeres - Factor de inflación de la varianza

Variable	Cuidado agregado	Cuidado rutinario	Cuidado no rutinario
Configuración laboral pareja	1,33	1,34	1,34
Escolaridad	2,23	2,20	2,20
Edad	3,05	2,96	2,96
Nº de hijos 0 a 4	1,65	1,65	1,65
Nº de hijos 5 a 14	1,33	1,33	1,33
Sexo hijo menor	1,02	1,02	1,02
Zona	1,01	1,02	1,02
Servicio doméstico	1,50	1,49	1,49
Ayuda familiar femenina	1,07	1,08	1,08
Edad pareja	2,75	2,65	2,65
Escolaridad pareja	2,04	2,03	2,03
Suma ingresos pareja	2,02	2,04	2,04

Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 - INE

Cuadro 8: Hombres - Factor de inflación de la varianza

Variable	Cuidado agregado	Cuidado rutinario	Cuidado no rutinario
Configuración laboral pareja	1,33	1,34	1,34
Escolaridad	2,04	2,02	2,02
Edad	2,75	2,65	2,65
Nº de hijos 0 a 4	1,65	1,65	1,65
Nº de hijos 5 a 14	1,33	1,33	1,33
Sexo hijo menor	1,02	1,02	1,02
Zona	1,01	1,02	1,02
Servicio doméstico	1,50	1,49	1,49
Ayuda familiar femenina	1,07	1,08	1,08
Edad pareja	3,04	2,96	2,96
Escolaridad pareja	2,23	2,20	2,20
Suma ingresos pareja	2,01	2,03	2,03

Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 - INE

Cuadro 9: Mujeres - Factor de inflación de la varianza (tiempo como medida relativa)

Variable	Cuidado rutinario	Cuidado no rutinario
Configuración laboral pareja	1,37	1,37
Escolaridad	2,24	2,24
Edad	2,96	2,96
Nº de hijos 0 a 4	1,98	1,98
Nº de hijos 5 a 14	1,34	1,34
Sexo hijo menor	1,02	1,02
Zona	1,02	1,02
Servicio doméstico	1,50	1,50
Ayuda familiar femenina	1,08	1,08
Edad pareja	2,66	2,66
Escolaridad pareja	2,04	2,04
Total de tiempo de cuidados (pareja)	1,52	1,52
Suma ingresos pareja	2,04	2,04

Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 - INE

Cuadro 10: Hombres - Factor de inflación de la varianza (tiempo como medida relativa)

Variable	Cuidado rutinario	Cuidado no rutinario
Configuración laboral pareja	1,36	1,36
Escolaridad	2,03	2,03
Edad	2,66	2,66
N° de hijos 0 a 4	1,98	1,98
N° de hijos 5 a 14	1,34	1,34
Sexo hijo menor	1,02	1,02
Zona	1,02	1,02
Servicio doméstico	1,50	1,50
Ayuda familiar femenina	1,09	1,09
Edad pareja	2,96	2,96
Escolaridad pareja	2,24	2,24
Total de tiempo de cuidados (pareja)	1,52	1,52
Suma ingresos pareja	2,03	2,03

Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 - INE

Resultados

Tiempo de cuidados en el nuevo contexto laboral

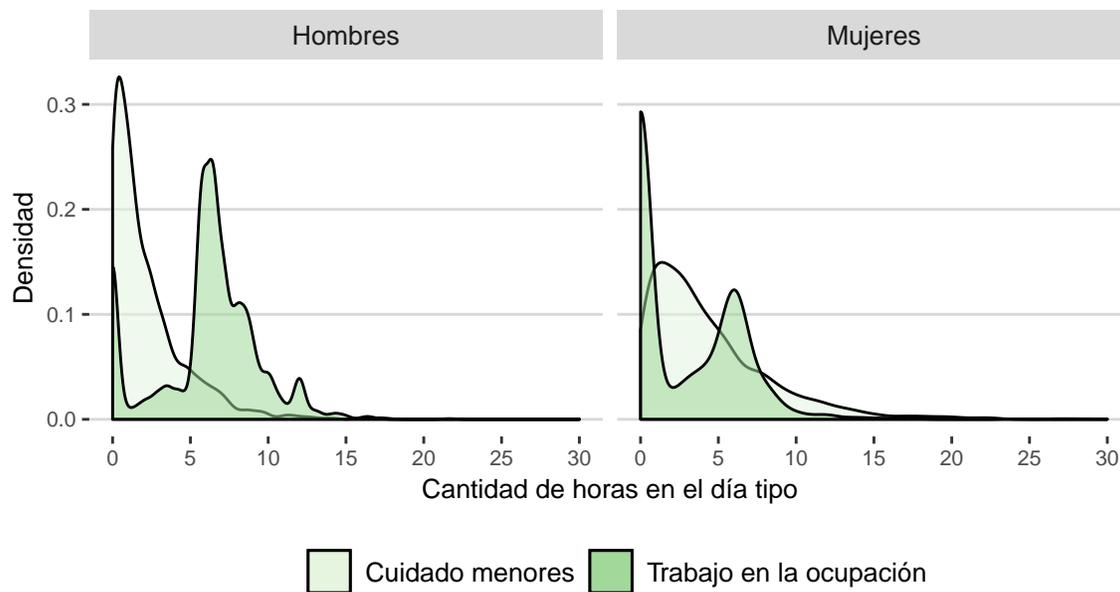
El objetivo de esta tesis es analizar cómo afecta la participación laboral de los padres al tiempo que dedican al cuidado de sus hijos. El nuevo contexto laboral de las mujeres, así como los cambios en la manera de concebir la parentalidad han modificado el escenario de las familias chilenas. Aunque es sabido que las mujeres se mantienen como las principales responsables del cuidado en la familia, estudios señalan que los hombres se verían llamados a establecer una nueva forma de poner en práctica la paternidad y establecer relaciones más cercanas con sus hijos (Olavarría, 2001). Análisis como los que esta tesis realiza permiten identificar si es que existe evidencia de una tendencia en el uso del tiempo en este sentido, así como caracterizar el tipo de cuidado que actualmente proveen los padres.

Esta tesis utiliza datos de corte transversal, por lo que no es posible reconstruir una secuencia de sucesos entre la inserción laboral de hombres y mujeres y cómo esta afecta las relaciones de cuidado en el espacio doméstico. Algunos estudios señalan que los patrones de división de las tareas que desarrollan los padres tras la llegada del primer hijo han mostrado tener consecuencias a largo plazo en términos del cuidado de los menores y los quehaceres domésticos (Hook, 2010). Análisis de este tipo, no obstante, quedan fuera del alcance de esta investigación.

Una mirada descriptiva de los datos de tiempo revela inmediatamente la desigualdad en la manera en que los padres distribuyen su tiempo para el cuidado de sus hijos y el empleo. Las madres dedican más tiempo al cuidado de sus hijos, en tanto que los padres dedican más horas al tiempo de trabajo en la ocupación. La mayor densidad de ceros que se observa en el gráfico 2 para el tiempo de cuidados de los padres, contrasta con la curva más suavizada del tiempo de cuidados de las mujeres. Por su parte, la distribución del tiempo de trabajo en la ocupación revela la mayor proporción de mujeres que no cuentan con un empleo, a diferencia de los hombres para los cuales su moda en esta distribución no se encuentra en el cero.

Las distribuciones del tiempo de cuidado y empleo son evidencia de la mayor presión de tiempo que actualmente experimentan las mujeres que se han incorporado al mercado del trabajo. Mientras que la distribución del tiempo de cuidado de los padres contrasta más fuertemente con la de su tiempo dedicado al empleo, la distribución de las mujeres indica que una mayor proporción de estas debe equilibrar en su jornada diaria tiempo para cuidar y tiempo para su empleo.

Para analizar la relación entre la participación laboral de la pareja y la cantidad de tiempo dedicada al cuidado de los hijos de 14 años o menos (lo que corresponde al primer objetivo de esta tesis) se presentan 14 modelos, 7 para hombres y 7 mujeres. Los primeros 6 modelos tienen como variable



Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 – INE

Figura 2: Distribución del tiempo en cuidados y tiempo en la ocupación en un día tipo

dependiente el tiempo de cuidados, mientras que los últimos 8 modelan esta variable pero distinguiendo entre tiempo de cuidado rutinario y tiempo de cuidado no rutinario. Todos los modelos fueron ajustados para el mismo subconjunto de hogares en los que se observa información para ambos padres en las variables utilizadas. Tanto para hombres como para mujeres se siguió la misma lógica de inclusión de variables independientes.

Si bien son sólo 3 variables dependientes, se decidió analizar el cambio que producía en el ajuste la inclusión de variables relacionadas con las características de la pareja y los ingresos de ésta. En este sentido, se construyeron 3 pares de modelos (para madres y padres) para la variable tiempo de cuidados y 2 pares de modelos para cada tipo de cuidado (4 pares en total).

Para el conjunto de modelos que tienen como variable dependiente a la variable tiempo de cuidados sin diferenciar por tipo, la lógica de inclusión de las variables independientes es la siguiente. El primer par incluye la variable independiente de interés (configuración laboral de la pareja) con variables de control relacionadas con la edad de los hijos, características sociodemográficas de la persona y variables control como zona, servicio doméstico, entre otras. El segundo par incluye variables asociadas con las características de la pareja, con el objetivo de analizar la relación entre estas y el tiempo dedicado al cuidado. Finalmente, el último par de modelos incluye una variable que representa la suma de los ingresos de la pareja. Los coeficientes se encuentran en minutos con el propósito de facilitar la lectura de valores que representen menos de una hora. Los modelos se presentan de manera separada, primero para las mujeres y luego los varones para luego pasar a comparar los resultados de ambos. Para todos

los modelos estimados con mínimos cuadrados se utilizaron errores estándar robustos⁸.

Tiempo de cuidados de los hijos

- Mujeres

Las mujeres que al igual que su pareja trabajan a tiempo completo dedican en promedio menos tiempo al cuidado de sus hijos que las madres de una familia que divide de manera más tradicional el trabajo entre los sexos (hombre proveedor, mujer madre y dueña de casa). En general, para todos los casos en que la mujer tiene un empleo es menor el tiempo promedio dedicado al cuidado de los hijos⁹.

Si se observa ahora a las variables control del primer modelo la mayoría presenta coeficientes estadísticamente significativos. El número de hijos entre 0 y 4 años resulta ser la variable que más fuerte se asocia con el tiempo de cuidados de las madres¹⁰. Por el contrario, el sexo del hijo menor no representa diferencias significativas en la cantidad de tiempo. Por otro lado, las mujeres con estudios superiores dedican en promedio más tiempo en cuidar a sus hijos que mujeres con menor nivel educacional. Se estima que estas dedican en promedio 1,4 horas más que aquellas que tienen un nivel de educación básico o menor.

La contratación de servicio doméstico remunerado no genera diferencias significativas en el tiempo que las madres dedican a sus hijos. En contraste, la presencia de servicio doméstico proporcionado por una familiar - de manera gratuita - aumenta en promedio el tiempo que las madres dedican al cuidado de los menores. Las madres que cuentan con esa ayuda dedican 64,5 minutos más en un día tipo que aquellas que no cuentan con esa ayuda, controlando por el resto de las variables del primer modelo. Si se revisa el tipo de tareas que realizan estas mujeres, la mayoría de estas realiza actividades de cuidado de menores, siendo en menor medida la ayuda que prestan con tareas domésticas como preparar comidas, aseo del hogar, entre otras. Probablemente muchas mujeres se apoyan en estas familiares para disponer de más tiempo para cuidar, realizando tal vez estas actividades en compañía de ellas. Sin embargo, el intercambio de solidaridades entre estas mujeres puede ser mucho más complejo que esto. Estudios en España que analizan el cuidado en tres generaciones observan no sólo que estos intercambios tienen una lógica “don-contradon”. Si no que también estos pueden estar teñidos por conflictos y confrontaciones respecto de que es lo que se entiende por buen cuidado (Martin, 2012).

La inclusión de variables asociadas a las características de la pareja no mejora considerablemente el

⁸Esto implica asumir en el cálculo de los errores estándar que la varianza no es constante para todos los casos. Usualmente, los errores estándar robustos son más grandes que los errores calculados bajo el supuesto de homocedasticidad.

⁹Para presentar los resultados de manera menos repetitiva se ha omitido señalar en todas las ocasiones el conjunto de variables de variables control involucrado en el análisis.

¹⁰Esto fue analizado utilizando los coeficientes estandarizados. Estos valores no se presentan aquí.

Cuadro 11: Mujeres - Coeficientes de modelos de regresión lineal

	Variable dependiente		
	Tiempo de cuidados (minutos)		
Dos proveedores JC (Ref=Hombre proveedor)	-67,96***	-67,11***	-68,63***
Hombre completa, mujer parcial	-20,59	-18,92	-19,84
Mujer completa, hombre parcial	-92,17*	-83,54*	-84,66*
Sólo mujer trabaja	-109,16***	-105,46***	-104,98***
Ninguno trabaja	-26,60	-19,77	12,99
Ambos jornada parcial	67,37	77,10	76,53
Básica o menos (Ref=Superior)	-82,75***	-72,36***	-68,76***
Media incompleta	-54,65*	-53,46*	-48,16*
Media completa	-51,52***	-50,47***	-45,82**
Edad	-3,73***	-1,41	-1,46
Número de hijos 0-4	173,16***	172,07***	170,01***
Número de hijos 5-14	24,25**	23,85**	21,67*
Hija menor	6,94	7,16	6,00
RM	34,07**	33,54**	34,68**
Servicio doméstico	25,74	23,98	24,42
Ayuda familiar	65,22**	64,54**	63,56*
Edad pareja		-2,66**	-2,80**
Básica o menos pareja (Ref=Superior)		-24,38	-21,38
Media incompleta pareja		15,48	14,67
Media completa pareja		-3,41	-4,93
Suma ingresos pareja			0,00
Constante	340,92***	361,75***	369,02***
Observaciones	1572	1572	1547
BIC	21507,7	21524,4	21184,9
AIC	21411,2	21406,4	21062

Nota:

*p<0,05; **p<0,01; ***p<0,001

ajuste del modelo. Sólo la edad de los padres se encuentra asociada con el tiempo que las mujeres dedican al cuidado. A mayor edad de los padres, menor es el tiempo que las mujeres dedican al cuidado de los niños. Por el contrario, el nivel educacional de los padres no genera diferencias para la cantidad de horas que la madre dedica al cuidado de sus hijos.

La inclusión de ingresos en el tercer modelo no representa un mejor ajuste de los datos¹¹. El total de ingresos de la pareja no se encuentran asociados con el tiempo de cuidados de las madres. En otros ejercicios (no se muestran aquí) estas variables fueron reemplazadas por el quintil de ingresos del hogar. Sin embargo, estas tampoco presentan una asociación significativa con el tiempo de cuidados.

- Hombres

El tiempo que dedican al cuidado los hombres de familias donde él y su pareja trabajan jornada completa es significativamente mayor que los hombres de familias con una división sexual de los roles más tradicional. Se estima que los primeros dedican en promedio 23,8 minutos más que aquellos donde solo ellos trabajan. Aunque son pocos casos ($n = 72$) aquellos hombres de familias en donde solo la mujer trabaja dedica en promedio 1,8 horas más al cuidado de los niños (o 108,2 minutos más).

Al igual que para las madres, el número de hijos entre 0 a 4 años es una de las variables más relevantes para la cantidad de tiempo que dedican los padres a cuidar a los menores. Mientras que en promedio por cada hijo entre estas edades el tiempo de cuidado aumenta 78,6 minutos, por cada hijo de 5 a 14 años este promedio aumenta en promedio 17,9 minutos. Los padres cuyos hijos menores son niñas dedican en promedio 12,8 minutos menos de tiempo de cuidado controlando por el resto de las variables. Aunque esta diferencia no es significativa, el valor p es cercano a un nivel de exigencia de 90% (valor $p = 0,106$).

Los padres con mayor educación tienden a dedicar más horas al cuidado de los niños. Se estima que aquellos padres con educación superior dedican en promedio 34,5 minutos más que aquellos que con educación básica o menos.

Tras incluir las características de la pareja al modelo, la significancia para variables como el nivel de educación del padre o su edad desaparecen. Considerando estas características, hombres cuyas parejas tienen educación superior dedican más tiempo al cuidado de sus hijos en comparación a los que tienen un nivel de educación medio completo o básico o menos.

La inclusión de los ingresos no mejora de manera significativa el ajuste del modelo¹². La variable de

¹¹En estricto rigor, para comparar los valores de AIC y BIC entre distintos modelos es necesario que estos estén ajustados al mismo subconjunto de casos, situación que como se observa en el número de observaciones, no se cumple en este caso. Cuando se calculan estos criterios para el mismo subconjunto de casos, sus valores son más bajos para el modelo que no incluye ingresos en su ajuste.

¹²Al igual que en el caso de las mujeres, para los hombres también se da que estos criterios tienen menor valor cuando se incluye la variable ingresos y se compara el mismo subconjunto de casos.

ingreso no se encuentra asociada con el tiempo de cuidados de los padres.

Cuadro 12: Hombres - Coeficientes de modelos de regresión lineal

	Variable dependiente		
	Tiempo de cuidados (en minutos)		
Dos proveedores JC (Ref=Hombre proveedor)	23,76**	20,00*	19,48*
Hombre completa, mujer parcial	17,59	14,74	14,70
Mujer completa, hombre parcial	28,47	23,34	22,95
Sólo mujer trabaja	108,17**	102,34**	104,36**
Ninguno trabaja	46,25	46,59	24,17
Ambos jornada parcial	92,96*	88,75	88,01
Básica o menos (Ref=Superior)	-34,49**	-17,19	-17,20
Media incompleta	-30,32*	-17,22	-20,32
Media completa	-22,26*	-13,20	-16,20
Edad	-1,35**	-0,85	-0,87
Número de hijos 0-4	78,55***	76,62***	74,79***
Número de hijos 5-14	17,93**	19,47**	17,21**
Hija menor	-12,76	-12,70	-12,75
RM	16,11	15,35	15,78
Servicio doméstico	25,50	21,21	21,14
Ayuda familiar	30,21	26,38	28,52
Edad pareja		-0,74	-0,69
Básica o menos pareja (Ref=Superior)		-38,84**	-31,91*
Media incompleta pareja		-12,08	-4,03
Media completa pareja		-22,68*	-16,99
Suma ingresos pareja			0,00
Constante	124,20***	142,30***	140,11***
Observaciones	1572	1572	1547
BIC	20310,4	20328,8	19978,3
AIC	20213,9	20210,9	19855,4

Nota: *p<0,05; **p<0,01; ***p<0,001

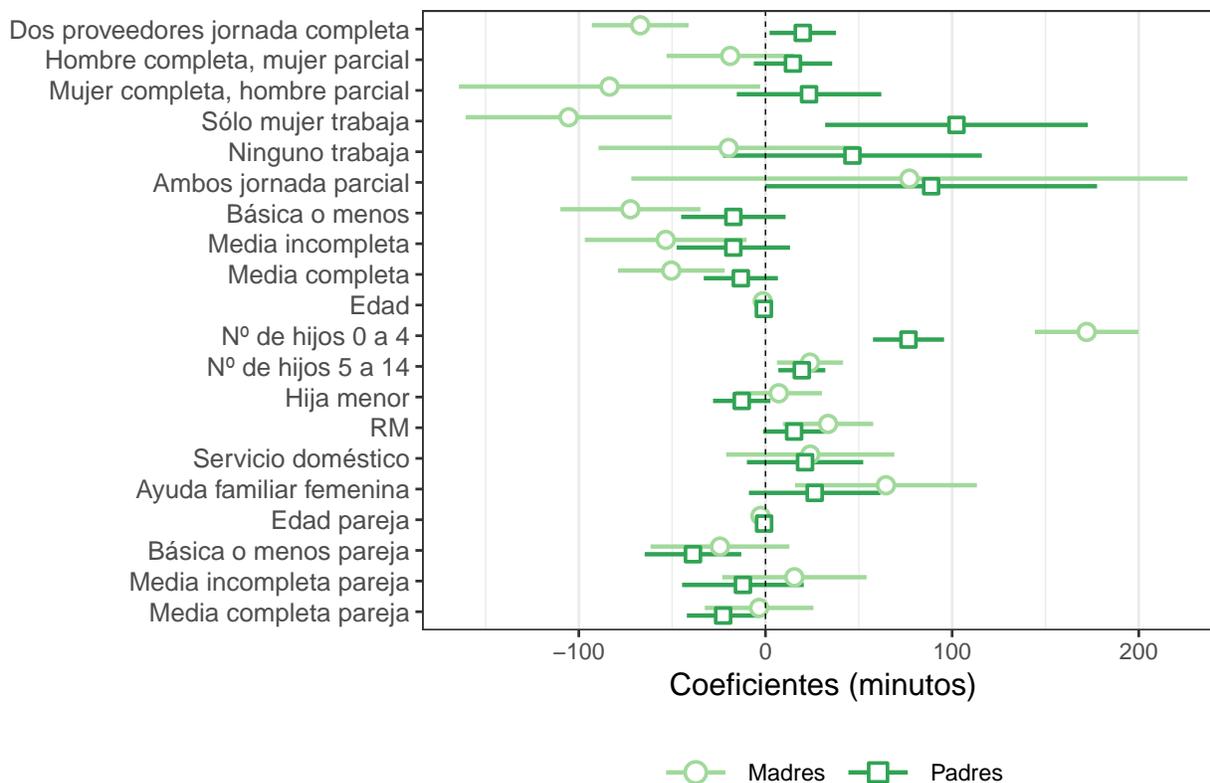
- Comparación madres – padres

Considerando que los modelos que presentaron un mejor ajuste de sus variables fueron aquellos que incorporaron las variables de caracterización de la pareja, se pasará a comparar los resultados de estos modelos para hombres y mujeres.

El gráfico 3 resume el resultado comparado de los modelos ajustados para madres y padres. En este se presentan los coeficientes (en minutos) de cada una de las variables incluidas en el modelo. El gráfico contiene la estimación puntual de cada coeficiente, junto con el intervalo de confianza (95%) calculado considerando errores estándar robustos. La línea vertical punteada representa el cero. Los coeficientes

cuyo intervalo de confianza atraviesen esta línea no son estadísticamente significativos para el nivel de confianza definido.

Para resguardar la escala del gráfico se ha omitido la constante de ambos modelos¹³. No obstante, cabe destacar que la razón de este valor entre madres y padres es aproximadamente de 5:2 (362 minutos: 142 minutos). Se estima que las mujeres, controlando por el mismo set de variables, dedican en promedio más del doble de tiempo que los hombres en el cuidado de sus hijos menores.



Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 – INE

Figura 3: Coeficientes tiempo de cuidados madres v/s padres

Comparado con familias que dividen el trabajo de manera más cercana a la forma tradicional, la participación de la mujer en una jornada completa de trabajo modifica la cantidad de tiempo que las parejas dedican al cuidado. Por un lado, las mujeres dedican menos tiempo a los más pequeños (67,1 minutos menos en promedio), mientras que los padres asumen un compromiso de tiempo levemente mayor (20 minutos más en promedio). No obstante, si bien el hecho que las mujeres trabajen a jornada completa se asocia a una mayor cantidad de tiempo de los padres al cuidado de los niños, esta participación no modifica el patrón tradicional de división de las tareas en los que las mujeres son las principales

¹³En ninguno de los modelos resulta de interés analizar por sí solo el valor observado de la constante. Esto pues no representa valor real alguno de la población: no existen padres con edad 0 años.

cuidadoras y los padres tienen un rol menor en la crianza.

Esta situación queda en evidencia también cuando se compara a las familias con una división tradicional del trabajo y aquellas en donde el hombre trabaja jornada completa, pero la mujer trabaja 30 horas o menos. Este tipo de participación no genera diferencias significativas ni para los padres ni las madres en el tiempo que dedican a cuidar. En este sentido, la jornada parcial permite a las familias mantener la distribución de las tareas de cuidado intacta respecto del esquema tradicional.

Las familias con el esquema de división del trabajo más distinta al esquema tradicional son aquellas en las que sólo la mujer tiene un empleo. Aquí pareciera que el tiempo que las mujeres dejan de dedicar a sus hijos es ahora asumido por los padres (coeficientes de -105,5 minutos en promedio para las mujeres y 102,3 minutos en promedio para los varones). Sin embargo, este tipo de familias es una excepción porque en la mayoría de los casos de la muestra el padre tiene empleo.

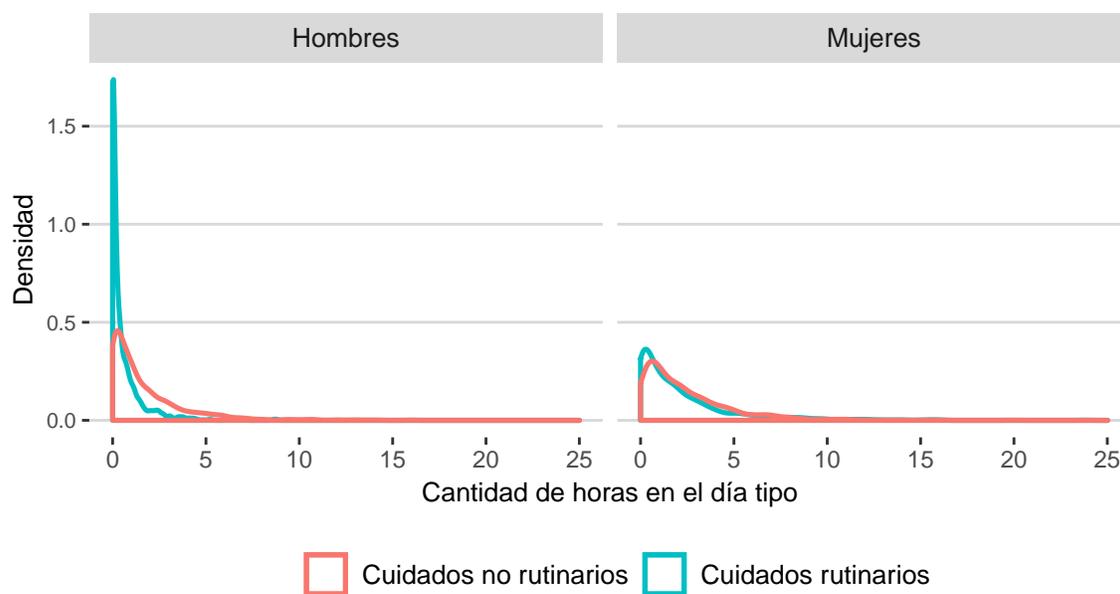
En relación al resto de las variables incluidas en los modelos, aunque la asociación de estas se da en el mismo sentido para padres y madres, en general estos factores condicionan de manera más fuerte el tiempo de cuidado de las madres que el de sus parejas. Así, mientras que para las madres se estima que por cada niño menor a 5 años el tiempo de cuidados aumenta en promedio 172,1 minutos, para el caso de los padres este aumento es de 76,6 minutos. Aunque la crianza es más intensa cuando los niños se encuentran en este rango de edades, es mucho más fuerte para el caso de las mujeres que para los varones. En este sentido, es posible indicar que la desigualdad de responsabilidades se acrecienta durante los primeros años de vida de los hijos.

El nivel de educación de las mujeres es más relevante que el de los padres para predecir el tiempo que estos dediquen al cuidado de los niños. Mientras que las mujeres con estudios superiores dedican más horas a esta actividad en comparación con madres de menores niveles educativos, para el caso de los padres su nivel de educación no genera diferencias significativas. No obstante, el hecho de que sus parejas tengan estudios superiores aumenta en promedio la cantidad de tiempo dedicado a los hijos. Esta situación no se observa para las madres donde sólo su nivel de educación se encuentra asociada con el tiempo dedicado al cuidado.

Tiempo dedicado a los hijos por tipo de cuidado

Teniendo en cuenta que la cifra agregada de tiempo de cuidado puede ocultar otras desigualdades respecto al tipo de tareas que realizan los padres, es importante considerar también a qué dedican este tiempo (Craig y Mullan, 2011). Al analizar la distribución de tiempo por tipo de cuidado sobresale el poco tiempo que los varones en general dedican a las tareas rutinarias de cuidado. Las madres por el contrario presentan una distribución similar para ambos tipos de tareas, siendo levemente superior la

proporción de ceros para las actividades rutinarias. Destaca también que la distribución de tiempo de las actividades no rutinarias es similar entre padres y madres (Ver gráfico 4).



Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 – INE

Figura 4: Distribución del tiempo en cuidados por tipo de actividades

Considerando esta división de actividades, son las madres las que asumen tareas más laboriosas. Al igual como ocurre en otros contextos, la participación de los padres no estaría aliviando la carga de trabajo que sobrellevan las madres (Craig & Mullan, 2011), dedicando una cantidad importante de su tiempo de cuidados a tareas no rutinarias, más entretenidas y de mayor control respecto del día y el horario en que se realizan.

Al igual que para el tiempo de cuidado agregado, se construyeron modelos separados para hombres y mujeres para el tiempo de cuidados rutinarios y no rutinarios. A continuación, se analizan estos para luego pasar a comparar los resultados para ambos sexos. Si bien para estos modelos también se hizo el ejercicio de incluir en último lugar la variable de ingresos, en ninguno de los modelos esta presentó valores estadísticamente significativos. En consecuencia, las tablas que se presentan sólo incluyen los resultados para el modelo con las variables control y el modelo con las características de la pareja.

- Mujeres

El cuidado físico y acompañamiento de los menores son las actividades que más entran en conflicto con la jornada laboral de las mujeres. Para todos los casos en que la mujer trabaja a jornada completa, o bien es la única que tiene un empleo, el tiempo que estas dedican al cuidado rutinario es significativamente menor. Esto no significa que actividades no rutinarias no se vean afectadas por la participación laboral

de las madres. No obstante, no se observan diferencias en esta variable para todas las situaciones en que la mujer tiene un empleo a jornada completa frente a la categoría en la que el hombre es el único proveedor.

Podría plantearse que esta diferencia se debe a que las madres con mayores responsabilidades en la configuración laboral de la familia tienen menos disponibilidad de tiempo para llevar a cabo tareas rutinarias (por lo que estas o bien son realizadas en un tiempo menor o son descuidadas)¹⁴. Las actividades no rutinarias por otro lado pueden ser realizadas en días no laborales o después de la jornada, por lo que resulta más fácil dejarlas para “otro momento” y dedicarle una cantidad de tiempo similar a lo que una madre en una familia tradicional dedicaría.

Para ambos tipos de cuidado la configuración “hombre jornada completa, mujer jornada parcial” no presenta diferencias significativas con núcleos con una división tradicional de los roles. Para estas mujeres las necesidades de cuidado de sus hijos siguen siendo su principal responsabilidad, dedicándole un tiempo similar al de aquellas mujeres que no tienen un empleo.

El nivel educativo de las madres no es relevante para la cantidad de tiempo que estas realizan en actividades de acompañamiento y cuidado físico. Al agregar al modelo variables control asociadas con las características de la pareja, el nivel educativo de la madre deja de generar diferencias significativas en la cantidad de tiempo que dedican a actividades rutinarias. En otras palabras, controlando por las características de la pareja además de un set de variables control, la cantidad de tiempo que mujeres de distintos niveles educativos dedican a tareas como alimentar, asear, entre otras es similar. Puede plantearse que el compromiso de asumir estas tareas responde más a una condición de género que a capitales culturales como la educación formal.

Distinta es la relación entre educación y tiempo dedicado a cuidado no rutinario, donde las mujeres con estudios superiores dedican en promedio más tiempo a estas actividades que mujeres con un nivel de educación menor. Probablemente las madres con este nivel educacional no sólo disponen de más recursos para ayudar a sus hijos con las tareas escolares, sino que también reconocen la importancia de estas actividades como jugar, contar cuentos en el desarrollo psicológico de los niños, así como en la transmisión de saberes para la reproducción de un estilo de vida y una clase.

Aunque se encuentra dentro de lo esperado, las madres con hijos entre 0 y 4 años dedican mucho más tiempo a actividades de cuidado físico que tareas de cuidado no rutinarias. Mientras que el coeficiente del número de hijos entre 5 a 14 años es similar para los modelos de cuidado rutinario y no rutinario, los valores para el número de hijos entre 0 y 4 años presentan diferencias importantes entre los tipos

¹⁴Cabe destacar que aquí también podría existir un efecto de deseabilidad social que genera diferencias en la respuesta del tiempo dedicado a cada tipo de actividad. Es más deseable decir que se dedica tiempo a enseñar o leer cuentos que a actividades como alimentar, acostar, entre otras.

Cuadro 13: Mujeres - Coeficientes de modelos de regresión lineal por tipo de cuidados

	Variable dependiente			
	Tiempo de cuidados (minutos)			
	Cuidado rutinario		Cuidado no rutinario	
Dos proveedores JC (Ref=Hombre proveedor)	-32,95***	-31,94***	-34,99***	-35,15***
Hombre completa, mujer parcial	-14,89	-14,51	-5,70	-4,40
Mujer completa, hombre parcial	-51,90**	-48,81**	-40,05	-34,51
Sólo mujer trabaja	-52,41**	-48,45*	-56,64***	-56,90***
Ninguno trabaja	-29,42	-26,73	2,89	7,04
Ambos jornada parcial	-1,39	1,91	68,94	75,39
Básica o menos (Ref=Superior)	-29,36**	-14,86	-53,50***	-57,60***
Media incompleta	-18,32	-8,50	-36,32*	-44,94**
Media completa	-14,91	-7,94	-36,64***	-42,56***
Edad	-1,37**	-0,90	-2,36***	-0,50
Número de hijos 0-4	132,72***	131,58***	40,40***	40,46***
Número de hijos 5-14	10,88	10,08	13,36*	13,76**
Hija menor	3,80	4,00	3,13	3,16
RM	6,94	6,57	27,09**	26,93**
Servicio doméstico	5,52	1,01	20,17	22,91
Ayuda familiar	36,15*	34,00*	29,04	30,52
Edad pareja		-0,55		-2,12**
Básica o menos pareja (Ref=Superior)		-28,62**		4,25
Media incompleta pareja		-8,29		23,73
Media completa pareja		-16,10		12,71
Constante	119,84***	130,48***	220,65***	230,87***
Observaciones	1572	1572	1572	1572
BIC	20068,8	20090,5	20207,4	20218,5
AIC	19972,3	19972,5	20110,9	20100,5

Nota:

*p<0,05; **p<0,01; ***p<0,001

de cuidado.

La ayuda de familiares mujeres permite que las mujeres puedan disponer de más tiempo para el cuidado de sus hijos, particularmente para actividades de acompañamiento o cuidado físico. En este sentido, puede plantearse que las familias, y particularmente las madres, desarrollan estrategias no sólo para cuidar a sus hijos cuando ellas no pueden hacerlo, sino que también para aumentar el tiempo que dedican a cuidar.

- Hombres

Como se apreciaba en los gráficos que comparaban la distribución marginal de tiempo según tipo de actividad de cuidado, la mayoría de los padres señala no haber dedicado tiempo a actividades de cuidado físico o acompañamiento en el período de referencia de la encuesta. No es raro entonces que la constante para este modelo sea tan baja en comparación a lo observado en el modelo para cuidado no rutinario¹⁵. En general para los varones los modelos tienen menor poder explicativo para el tiempo de cuidado rutinario.

Para las actividades de cuidado rutinario la configuración laboral de la familia sólo genera diferencias significativas entre los padres de familias con la división del trabajo más opuesta: sólo los padres trabajan v/s sólo las madres trabajan. Para el resto de los tipos familiares no existen diferencias de tiempo con la categoría familiar tradicional. En este sentido, en gran medida el compromiso de tiempo de los varones para este tipo de cuidados no se ve afectado por la participación de su pareja en el mercado laboral, respondiendo la asignación de tiempo a estas actividades a un esquema en el que la madre concentra estas responsabilidades y la participación de los padres es nula o casi inexistente.

Un panorama distinto se observa para las actividades de cuidado no rutinario. Para los padres el hecho que sus parejas tengan una jornada laboral completa aumenta el tiempo que dedican al cuidado no rutinario. Teniendo en cuenta que para este mismo grupo de padres no existen diferencias de tiempo en tareas como asear, alimentar o acompañar a los menores, podría plantearse que la mayor cercanía que se espera que estos establezcan con sus hijos pasa principalmente por participar en actividades no rutinarias, más que compartir responsabilidades con su pareja en el cuidado material de la vida.

La educación de los padres no se encuentra asociada con el tiempo que dedican al cuidado no rutinario. Por el contrario, padres cuyas parejas tienen estudios básicos o menores dedican en promedio 26,8 minutos menos a este tipo de cuidados que aquellos cuyas parejas tienen estudios superiores. Una situación similar se observa para las actividades de cuidado físico y acompañamiento. Al incluir las características de la pareja en el modelo la educación de los padres deja de ser significativa.

Junto con la participación laboral de la pareja, el número de hijos dependiendo de su edad sigue siendo

¹⁵Para este modelo en particular la constante no significativamente distinta de cero.

Cuadro 14: Hombres - Coeficientes de modelos de regresión lineal por tipo de cuidados

	Variable dependiente			
	Tiempo de cuidados (en minutos)			
	Cuidado rutinario		Cuidado no rutinario	
Dos proveedores JC (Ref=Hombre proveedor)	6,26	5,04	17,50*	14,96
Hombre completa, mujer parcial	4,59	3,63	12,94	11,06
Mujer completa, hombre parcial	-0,28	-1,92	28,82	25,34
Sólo mujer trabaja	31,46*	29,44*	76,82*	73,03*
Ninguno trabaja	10,24	10,32	35,98	36,24
Ambos jornada parcial	29,82	28,34	62,96*	60,25
Básica o menos (Ref=Superior)	-15,20***	-9,87	-19,17	-7,21
Media incompleta	-8,61	-4,53	-21,60*	-12,60
Media completa	-7,42	-4,67	-14,79	-8,49
Edad	0,12	0,33	-1,47***	-1,18*
Número de hijos 0-4	32,91***	32,08***	45,47***	44,40***
Número de hijos 5-14	5,44*	5,90*	12,45*	13,52**
Hija menor	-6,63*	-6,63*	-6,09	-6,04
RM	3,51	3,29	12,61	12,07
Servicio doméstico	19,08**	17,93*	6,44	3,29
Ayuda familiar	17,45*	16,32*	12,75	10,04
Edad pareja		-0,31		-0,42
Básica o menos pareja (Ref=Superior)		-11,74*		-27,10*
Media incompleta pareja		-4,30		-7,74
Media completa pareja		-6,76		-15,91
Constante	6,50	13,25	117,39***	128,65***
Observaciones	1572	1572	1572	1572
BIC	17564,5	17587,9	19705,4	19727
AIC	17468	17470	19608,9	19609,1

Nota:

* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$; *** $p < 0,001$

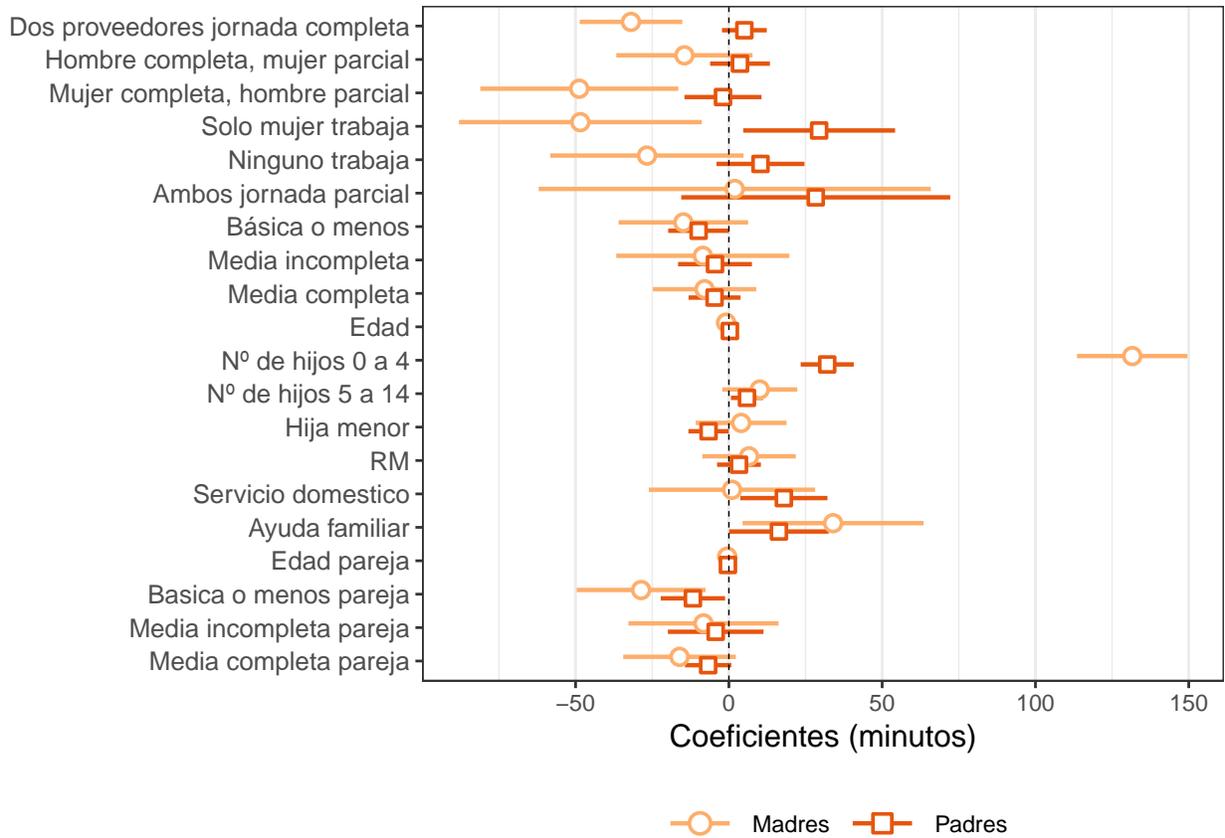
una de las variables más relevantes para la cantidad de tiempo dedicado a tareas rutinarias como no rutinarias. Los coeficientes son más altos para el cuidado basado en el habla, en línea con el bajo involucramiento de los padres en tareas más laboriosas como las de cuidado rutinario.

Se observa una leve asociación entre el sexo del hijo menor y el tiempo que los padres dedican a tareas rutinarias. Se estima que cuando los padres tienen una hija menor dedican en promedio 6 minutos menos a cuidado que cuando su hijo menor es varón. Queda la duda si los padres realizan este tipo de actividades con algún tipo de “sesgo” o preferencia respecto de sus hijos varones. Este “sesgo” podría ser muestra de las relaciones estereotipadas de género que se construyen desde la infancia, y que por tanto pueden transmitir una manera de ver el mundo en que los asuntos de las niñas son más ajenos al cuidado que puedan proporcionar sus padres.

- Comparación madres - padres por tipo de cuidado

Si bien la crianza de los niños afecta tanto la organización de la vida cotidiana de hombres y mujeres, pareciera que la conciliación entre el cuidado y la jornada laboral las mujeres son las más afectadas. Estudios cualitativos han señalado que los hombres reconocen que deben sacrificar tiempo con sus hijos con el objetivo de cumplir con su rol de proveedores económicos (Olavarría, 2001). Los resultados de esta tesis parecen sugerir que las madres que participan del mercado laboral no ven esto como un problema que se resuelve sacrificando una actividad por otra. Para estas madres no sería posible plantearse la ecuación entre trabajo y cuidados como la elección entre dos alternativas irreconciliables (cuidado o empleo). Aunque muchas ven reducido el tiempo que pueden dedicar al cuidado, esta disminución es bastante baja considerando la constante que los modelos estiman. A su vez, la mayoría de los hombres no participa de las tareas más laboriosas de cuidado, ni tampoco su tiempo de cuidado se ve afectado por la participación de sus parejas en jornadas laborales menores o igual de extensas (con excepción del grupo de varones sin empleo). Como señala Montecinos, la posición de las mujeres en relación a su vida familiar y laboral queda bien descrita como la de “hacedoras de todo” (1990). En los modelos el signo negativo pareciera indicar que la jornada laboral entra a competir con el tiempo de cuidados de las madres. Pero parece que en esta competencia las madres trabajadoras siguen ubicándose como las principales responsables del cuidado de los niños, mientras que los padres participan con un notable sesgo hacia actividades menos laboriosas.

Queda suficientemente claro que las mujeres, independiente de su participación laboral, son las principales responsables del cuidado de la vida de sus hijos. Comparadas a las tareas no rutinarias, las actividades de cuidado rutinario son las que más se relacionan con la reproducción material de la vida. En el caso de los padres son pocas las variables que aumentan el tiempo promedio para este tipo de cuidado. Algunas de las situaciones descritas por estas son además bastante poco probables a nivel muestral (sólo mujer trabaja), por lo que incluso podría dudarse de la posibilidad de hacer inferencias



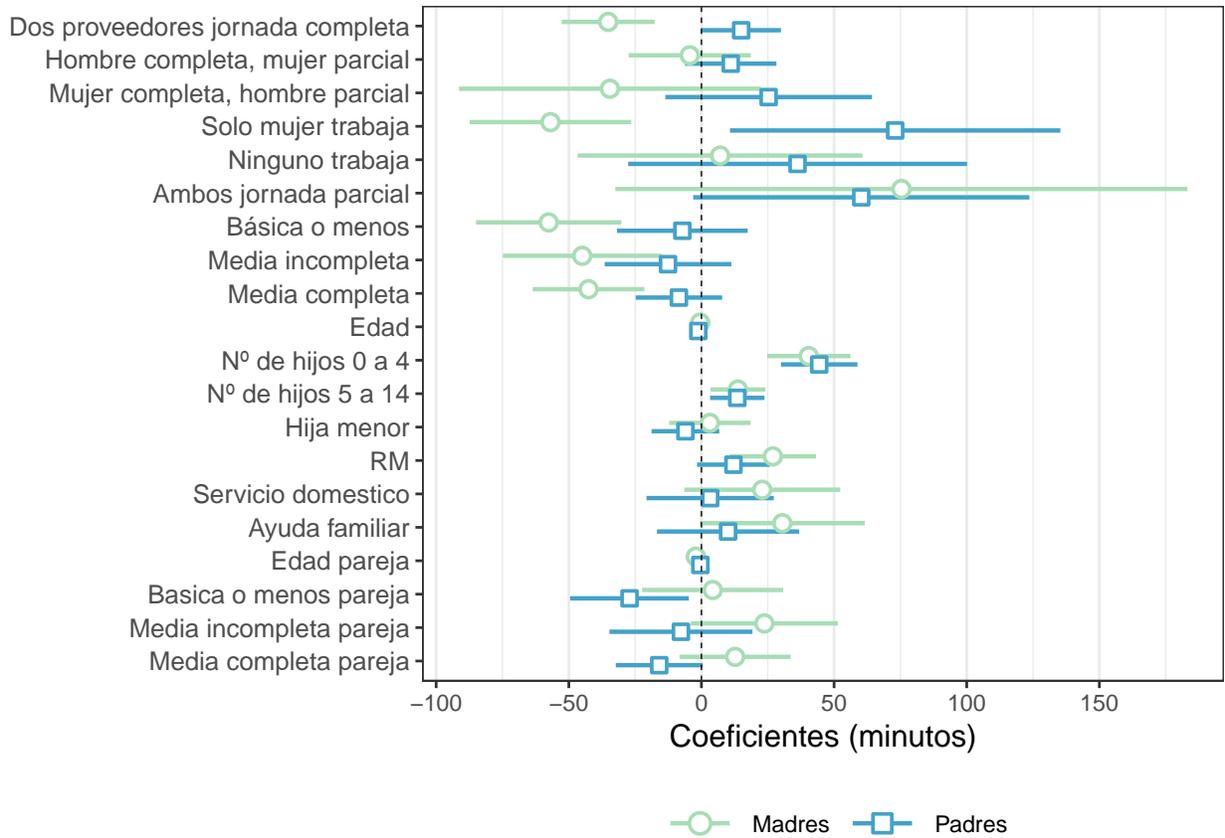
Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 – INE

Figura 5: Coeficientes tiempo de cuidados rutinarios madres v/s padres

de esta categoría a nivel poblacional. Por otro lado, aunque el número de hijos pequeños aumenta de manera significativa la cantidad de tiempo que los padres dedican a este tipo de cuidados, el coeficiente para las mujeres es mucho mayor.

Por otro lado, podría plantearse que la participación laboral de las mujeres no cambia la asociación que existe entre las tareas de cuidado y la maternidad. Tareas como alimentar, asear, entre otras se encuentran más relacionadas con la naturalización que se hace de lo biológico respecto de la relación madre-hijo (ej. el parto y la lactancia como ejemplo de que la mujer estaría naturalmente condicionada para el cuidado de los niños). La baja participación de los padres en este tipo de cuidado, así como la inexistencia de una asociación entre la configuración laboral familiar y su nivel de involucramiento podría ser indicativo de que, para estas tareas, si bien los padres pueden realizarlas e incluso algunos lo hacen, son las mujeres las que son vistas como las más adecuadas para su ejecución.

Mientras que la participación de los padres en los cuidados rutinarios no se ve modificada por la participación laboral de sus parejas, en aquellos hogares en donde se encuentran a dos proveedores en jornada



Fuente: Elaboración propia en base a ENUT 2015 – INE

Figura 6: Coeficientes tiempo de cuidados no rutinarios madres v/s padres

completa aumenta significativamente el tiempo que los hombres dedican al cuidado no rutinario (Gráfico 6). De esta manera, tanto hombres y mujeres ven afectada la cantidad de tiempo que dedican a actividades como jugar, enseñar, leer cuentos, dependiendo de la configuración laboral familiar. Esto, sin cambiar sustantivamente los patrones de división de tareas en donde la mujer siempre dedica más tiempo a este tipo de cuidado.

El número de hijos por edades afecta de manera similar al tiempo que dedican hombres y mujeres al cuidado no rutinario. Distinta es la relación con el nivel educativo de los padres. En tanto el tiempo de los varones no se ve afectado por su nivel educativo, las mujeres con estudios superiores dedican más tiempo a estas actividades que madres con niveles de educación menor. A su vez, a pesar de que el tiempo de los padres no se encuentra asociado con su nivel educacional, sí se observan diferencias de acuerdo con el nivel de educación de sus parejas. Los hombres que conviven con parejas con educación básica o menos dedican menos tiempo que aquellos cuyas parejas tienen estudios superiores.

Mientras que los cuidados rutinarios son un buen ejemplo en términos de cantidad de tiempo para el es-

quema tradicional de maternidad y paternidad, el cuidado no rutinario parece exponer mejor como este esquema permea la participación que tienen los padres en el cuidado de los hijos. Es posible plantear que actividades como jugar, leer cuentos, enseñar o aconsejar se encuentran más relacionadas con la figura paterna de autoridad. Un padre involucrado en el cuidado sigue siendo una figura que guía a los hijos, que les entrega dirección a través de la enseñanza. Así, aunque tal vez hoy los padres participen más en la crianza que en el pasado, el cuidado sigue siendo una práctica fuertemente esquematizada por una categorización tradicional de lo femenino y lo masculino. Cabe preguntarse hasta qué punto las demandas por un mayor involucramiento de los padres son leídas por estos como una distribución más igualitaria de las responsabilidades de cuidado. Con los datos analizados, pareciera que su participación sigue estando permeada por el esquema tradicional de paternidad. Bajo este existirían actividades reservadas para las madres, siendo ejecutadas rara vez por los padres ya sea porque son vistos como menos adecuados para responder a ciertas necesidades o porque son actividades propiamente femeninas.

Considerando ahora a la pareja en su conjunto, la participación laboral de las mujeres reduce el tiempo que las familias disponen para el cuidado (para ambos tipos de cuidado). El involucramiento de los padres con mujeres que se han incorporado al mercado laboral es bastante menor al tiempo que dejan de dedicar las mujeres que trabajan en jornadas completas de trabajo. En este sentido, en la distancia que separan a los coeficientes de las distintas categorías de la configuración laboral de la pareja bien puede encontrarse una muestra de lo que varios han apuntado como una “crisis de los cuidados”.

Distribución del trabajo de cuidados

Una pregunta distinta a la cantidad de tiempo que dedican los padres a cada tipo de cuidado tiene que ver con cómo estos distribuyen y comparten las tareas de cuidado. Para responder a esta interrogante se construyeron medidas de contribución relativa, buscando representar así el “aporte” que hace cada padre al tiempo de cuidado total del hogar (excluyendo a otros integrantes). Estas medidas a su vez buscan representar el aporte por tipo de cuidados, conformando 4 variables que al sumarlas por hogar conforman el 100% del total de tiempo de cuidado.

A diferencia de los análisis anteriores que decían relación con el tiempo como una medida absoluta (horas, minutos), los análisis que siguen a continuación tienen que ver con la proporción de tiempo que cada padre aporta al cuidado total del hogar. Los modelos incluyen como variable control la cantidad de tiempo total en cuidados con el fin de controlar por las diferencias de tiempo absolutas entre los hogares, enfocándose en la contribución relativa por tipo de cuidado. Estos análisis se corresponden con el tercer objetivo específico de esta tesis (analizar como los padres distribuyen el tiempo de cuidados en relación a su situación laboral).

Si bien se probaron modelos incluyendo los ingresos de la pareja, para ningún caso esta variable fue significativa. A continuación se presenta el análisis multivariable de los modelos que incluyen, además de las variables de interés y control, las variables que controlan por las características de la pareja.

Considerando la forma de construcción de las variables resulta recomendable leer los coeficientes de los modelos de manera conjunta, en tanto el incremento de uno de estos implica un descenso en los otros (Craig y Mullan, 2011). Así por ejemplo, el que una madre dedique 15% más del tiempo total de cuidado en actividades rutinarias que aquellas que no tienen hijos menores de 5 años no sólo implicaría una asociación positiva entre estas variables. También es posible que el “presupuesto” de tiempo de estas madres para actividades no rutinarias se vea reducido, que los padres compartan menos responsabilidades en este tipo de tareas, o una combinación de ambas. De esta manera, la manera en que estas variables son calculadas permite analizar cómo los hogares manejan su presupuesto de tiempo, observando quienes asumen una mayor o menor participación en estos ajustes, y que tipo de actividades aumenta o disminuye en el tiempo total de cuidados.

De acuerdo a las expectativas, en general en aquellos hogares en donde las mujeres tienen un empleo a tiempo completo presentan en promedio una distribución más equitativa de las tareas de cuidado frente a los hogares que dividen el trabajo de manera más tradicional (hombre proveedor, mujer madre dueña de casa)¹⁶.

Se estima que las mujeres de hogares donde solo ellas tienen un empleo dedican 12% menos del tiempo de total de cuidados a tareas rutinarias, respecto de aquellas que son parte de los hogares en donde el hombre es el único proveedor. Del mismo modo, los hombres de estos hogares participan un 6% más en actividades rutinarias, no compensando por completo la cantidad de tiempo que las mujeres dejan de dedicar a este tipo de cuidados. A su vez, en hogares con dos proveedores a tiempo completo se espera que el promedio de participación en tareas rutinarias sea significativamente menor para las madres en relación a los hogares con una división tradicional.

En la mayoría de los casos la disminución en la contribución de las mujeres para la realización de tareas rutinarias no se ve compensada por ajustes de tiempo de sus parejas en el mismo tipo de cuidado. Las mujeres que trabajan a tiempo completo al igual que sus parejas dedican en promedio 5% menos del tiempo total de cuidados en actividades rutinarias respecto de las mujeres en la categoría de referencia (hombre proveedor, mujer dueña de casa). Por su parte, los hombres de estos hogares aumentan su participación solo en 2%. Más bien, se estima que estos padres asumen mayores responsabilidades de tiempo en tareas no rutinarias de cuidado donde el coeficiente alcanza un 6%. Estos resultados

¹⁶La muestra menor para estos modelos a la de los anteriores (1559 vs 1572) se explica porque en 13 hogares ninguno de los padres declaró participar de alguna actividad de cuidado para los días seleccionados. Aunque estos hogares fueron incluidos en los análisis anteriores (porque el tiempo 0 es una respuesta válida para esta pregunta), no es posible construir una medida relativa para estos casos.

refuerzan la hipótesis de que las tareas de cuidado que las mujeres dejan de hacer no son en la mayoría de los casos asumidas por los padres, y que la participación de estos no estaría aliviando la carga de trabajo que ellas llevan a cabo. Los hombres involucran menos de su tiempo en tareas de cuidado más laboriosas, dedicando la mayor parte de su tiempo de cuidados a actividades como jugar, leer cuentos, ayudar en tareas escolares o aconsejar.

Esta situación se ve reflejada en otras categorías de la configuración laboral familiar. A excepción de los hogares donde sólo la mujer trabaja y hogares con dos proveedores, la disminución de la participación de las mujeres en tareas de acompañamiento y cuidado físico no se ve acompañada por un aumento significativo en la participación de los padres en este tipo de cuidados. Estos resultados se encuentran en línea con los hallazgos de los modelos anteriores, en donde la participación laboral de las madres no implica un aumento en la cantidad de tiempo de cuidados rutinarios para los padres.

En relación a la distribución de las tareas no rutinarias, sólo para las mujeres que forman parte de hogares con dos proveedores se observan diferencias significativas con las mujeres de hogares con una división sexual tradicional del trabajo. En este sentido, en términos generales la contribución relativa que realizan las mujeres al tiempo total de cuidados en este tipo de actividades resulta independiente de su participación laboral y la de sus parejas. Esto se relaciona con la idea de que el cuidado de tipo rutinario choca más fuertemente en términos de tiempo con la jornada laboral de las mujeres. En tanto es probable que las actividades de cuidado no rutinario puedan ser acomodadas en otros momentos del día o la semana, no se ven modificadas por la participación laboral de las mujeres, a diferencia de los cuidados rutinarios que tienen un cronograma más estricto.

Nuevamente se observa que la jornada parcial permite que las mujeres mantengan una distribución similar de sus tiempos a los que mantendría una madre que forma parte de hogares en donde el hombre es el único proveedor. Así, este tipo de inserción en el mercado del trabajo no hace competir la jornada laboral de las mujeres con el tiempo que comprometen al cuidado de sus hijos.

La ayuda que los hogares reciben de parte de familiares mujeres, ya sea con tareas domésticas o con el cuidado de los menores, se asocia a una disminución de la participación de los hombres en el tiempo total de cuidados. Se estima que los padres que cuentan con esta ayuda realizan un 5% menos de actividades no rutinarias que aquellos que no la tienen. Cabe preguntarse si es que ante la presencia de otra mujer cercana al núcleo familiar los padres evitan hacerse cargo de este tipo de tareas o bien son relegados por las mismas mujeres a un segundo plano en tanto son vistos como menos competentes para hacerse cargo de la atención de los niños. Considerando la impronta femenina con que se entiende al cuidado, no sería extraño que para la conformación de redes de cuidado entre familiares no sólo el hombre se reste de participar por la naturaleza femenina de las actividades (porque es “asunto de mujeres”), sino que también porque estas mismas mujeres no lo consideren para resolver esta presión

Cuadro 15: Coeficientes de modelos de regresión lineal por tipo de cuidados

	Aporte relativo tiempo cuidado			
	Rutinario Madre	Rutinario Padre	No rutinario Madre	No rutinario Padre
Dos proveedores JC (Ref=Hombre proveedor)	-0,05**	0,02*	-0,03*	0,06***
Hombre completa, mujer parcial	-0,03	0,01	-0,03	0,05**
Mujer completa, hombre parcial	-0,09	0,00	-0,10	0,19*
Sólo mujer trabaja	-0,12***	0,06*	-0,11	0,17**
Ninguno trabaja	-0,08*	0,05	0,00	0,02
Ambos jornada parcial	-0,09**	0,02	-0,00	0,07
Básica o menos (Ref=Superior)	0,04	-0,02*	-0,05	-0,05*
Media incompleta	0,01	-0,02	-0,07*	-0,07**
Media completa	0,03	-0,01	-0,03	-0,02
Edad	-0,00	0,00*	0,00	-0,00
Número de hijos 0-4	0,14***	0,02**	-0,11***	-0,05***
Número de hijos 5-14	-0,00	-0,00	0,00	0,00
Hija menor	0,02	-0,01	-0,00	-0,00
RM	-0,01	0,00	0,02	-0,01
Servicio doméstico	-0,01	0,03*	0,00	-0,03
Ayuda familiar	0,02	0,02	0,02	-0,05*
Edad pareja	0,00	-0,00	-0,00	0,00
Básica o menos pareja (Ref=Superior)	0,00	-0,01	0,07*	0,02
Media incompleta pareja	0,00	0,01	0,08**	0,05
Media completa pareja	0,01	0,00	0,02	0,01
Total de tiempo de cuidado (pareja)	-0,00	0,00	-0,00	0,00*
Constante	0,27***	0,01	0,47***	0,25***
Observaciones	1559	1559	1559	1559
R2	0,186	0,069	0,121	0,065

Nota:

*p<0,05; **p<0,01; ***p<0,001

sobre las necesidades de cuidar.

En relación a la presencia de servicio doméstico pagado, los padres de hogares que cuentan con este servicio comprometen un 3% más del tiempo total de cuidados en actividades rutinarias que aquellos que no tienen empleada doméstica. En este caso es posible preguntarse porqué esto permitiría que los padres dispongan de una proporción mayor del tiempo total para la realización de tareas de este tipo. Ya se ha señalado que las actividades de cuidado rutinario son las más laboriosas y en las que menos participan los hombres. En este mismo sentido, son pocas las variables que se asocian a un aumento en su contribución relativa para los varones. Una posible explicación podría encontrarse en la redistribución que se produce entre las tareas domésticas y las de cuidado entre las parejas, aspecto que no es foco de esta tesis y en el que solo se pueden sugerir hipótesis. Autores como Araujo (2005) han señalado que el servicio doméstico viene a cumplir un rol de neutralizador de conflictos al interior del espacio doméstico. De acuerdo a la autora, en tanto las empleadas domésticas se ocupan de realizar tareas como la preparación de las comidas, la limpieza de la vivienda, entre otras, esto permitiría una redistribución del trabajo no remunerado entre los padres. Bajo el supuesto que el ser padre de menores no sólo implique determinado tiempo de cuidados, sino que también una mayor carga de tiempo en actividades domésticas, el hecho que el servicio doméstico cumpla con parte importante de estas puede permitir que los varones contribuyan en mayor proporción a las tareas de cuidado rutinario.

Mientras que el número de hijos entre 5 y 14 años no modifica la participación de hombres y mujeres en la distribución de los cuidados, la presencia de menores entre 0 y 4 años tensiona en direcciones similares la distribución del tiempo de ambos padres. Así, el número de hijos entre estas edades aumenta en un 14% la contribución relativa de las mujeres al tiempo total de cuidados en tareas rutinarias, siendo un 2% para el caso de los varones. Por el contrario, la proporción de tiempo que dedican a los cuidados no rutinarios disminuye en un 11% para las madres y un 5% en el caso de los padres. Estos resultados se encuentran en línea con lo observado en los modelos anteriores. El cuidado de ambos padres en esta etapa se concentra en tareas rutinarias, en tanto los hijos son más dependientes de estos cuidados en este momento de sus vidas. A su vez, se observa que la distribución de los cuidados es más desigual de lo que ya es durante este período de la crianza. Aunque las madres dediquen una menor proporción del tiempo a actividades no rutinarias, esto no compensa por completo la mayor carga de trabajo que asumen cuando sus hijos son más pequeños.

Los padres con educación universitaria tienden a participar más de las tareas de cuidado no rutinario que aquellos con niveles de educación básica o media incompleta. Una situación similar se observa para las mujeres, aunque sólo se aprecian diferencias significativas entre las categorías media incompleta y educación superior. Si se analiza ahora como el nivel educativo de la pareja influye en la distribución del cuidado, aquellas mujeres con parejas con educación media incompleta o menos tienden a contribuir en mayor proporción con el tiempo de cuidados no rutinarios. En general, en aquellos hogares

donde ambos padres tienen educación superior se espera que el trabajo de cuidado no rutinario se distribuya de manera más equitativa en comparación a parejas con menor nivel educativo. Por el contrario, la educación no se encuentra relacionada con la forma en que los padres distribuyen las actividades rutinarias de cuidado.

Conclusiones

El trabajo ha ocupado un lugar central en la teoría sociológica, apareciendo como uno de los principios de diferenciación social más relevantes de las sociedades modernas. A pesar de la importancia que ha tenido su estudio en la elaboración teórica de la disciplina, gran parte de sus relatos han tenido como punto ciego una visión que naturaliza y da por hecho la diferenciación que se produce al interior de las familias en el reparto de las actividades que día a día permiten la reproducción de la vida. Por un lado, estas actividades no han sido reconocidas por estos como trabajo ni como forma de participación social, así como tampoco se ha reconocido su relevancia en el propio desarrollo de las tareas que sí son consideradas como tal.

Se ha dicho con razón que el estudio de los usos del tiempo ha permitido visibilizar esta diferenciación obscurecida por la centralidad teórica del trabajo para el mercado. A su vez, el tiempo y la organización de la vida cotidiana han cobrado cada vez más relevancia como dimensión de análisis en las ciencias sociales. El planteamiento feminista que puso en evidencia la ceguera con que muchos teóricos trataban el análisis del trabajo y la participación de la mujer en el mercado laboral, tuvo eco en el desarrollo de indicadores de uso del tiempo que permitieron analizar en más detalle este fenómeno. A su vez, los estudios desarrollados en torno al análisis de los usos del tiempo han aportado con nuevas preguntas en torno a las capacidades de las sociedades de proveer cuidado ante las recientes transformaciones que ha traído la inserción masiva de las mujeres al empleo.

La incorporación creciente de la mujer al mercado laboral, la importancia que mantiene la familia como espacio de legitimación vital y la experiencia temporal generalizada de un empleo que consume gran parte de la vida diaria (Araujo y Martuccelli, 2012), han ubicado a las esferas familiar y laboral en un conflicto de difícil conciliación para las personas y las familias, y donde la dimensión temporal cobra especial relevancia. El estudio de las presencias (y/o ausencias) en el ámbito laboral y en el trabajo “familiar” permiten identificar las actuales dificultades que enfrenta hoy esta conciliación en la organización del tiempo cotidiano de las familias.

Teniendo en cuenta este contexto, el propósito de esta tesis fue analizar cómo afecta la participación laboral de los padres al tiempo que dedican al cuidado de los hijos. Para esto, se analizó el tiempo entendido como cantidad de minutos que los padres comprometen al cuidado, así como también al tiempo como medida relativa. Mientras que el primer análisis se relaciona con la pregunta de cuánto tiempo dedican los padres al cuidado de acuerdo a su participación laboral; el segundo se pregunta por cómo los padres distribuyen y comparten las tareas de cuidado dependiendo de su presencia en el mercado del trabajo. Para estos análisis se diferenció entre dos tipos de cuidado: rutinario y no rutinario, siguiendo la distinción propuesta por Craig y Mullan (2011). A su vez, considerando que la participación laboral presenta diferencias importantes entre hombres y mujeres (ej. remuneración,

sector económico en el que se insertan, grado de responsabilidad en la ocupación. Para un estudio detallado ver INE, 2015a), se realizó un análisis separado para hombres y mujeres bajo la hipótesis de que la presencia laboral afecta de manera distinta a padres y madres. Para responder al objetivo de esta tesis se utilizaron modelos de regresión lineal múltiple en tanto la literatura señala que permiten estimaciones consistentes para datos de uso del tiempo (Stewart, 2013). Los datos de tiempo provienen de la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2015 (INE, 2016), primera encuesta de este tipo con representatividad a nivel nacional urbano.

Los resultados de esta tesis confirman la persistencia del compromiso desigual del tiempo de hombres y mujeres en torno al cuidado de los hijos. Las mujeres dedican mucho más tiempo a las tareas de cuidado que los padres, siendo esta diferencia más importante cuando se analiza el tipo de tareas que se realiza: las mujeres no sólo dedican más tiempo a cuidar, sino que además se encargan de realizar las tareas más laboriosas y que requieren de una gestión del tiempo más compleja por la rutina que implica en su ejecución (ej. alimentar, bañar, vestir, llevar a la escuela, acostar, etc). Así, controlando por características como el número de hijos, el sexo del hijo menor, el nivel educativo de cada padre, su edad, su participación laboral, la presencia de servicio doméstico pagado y gratuito y la zona en la que residen, las mujeres dedican 2,5 veces más tiempo al cuidado de los menores que los varones. Si se mira ahora sólo el cuidado rutinario, esta diferencia alcanza hasta casi 10 veces más de tiempo comprometido por las madres versus el tiempo comprometido por los padres.

Con respecto a la relación que tiene la participación laboral de la pareja con el cuidado se observa que la presencia femenina en el ámbito laboral afecta levemente la cantidad de tiempo que ambos padres dedican a cuidar, aunque sin modificar de manera sustancial los patrones de distribución de las tareas. A su vez, dependiendo del tipo de jornada laboral que estas tengan, la participación de la mujer implica distintos compromisos de tiempo. Así, mientras las mujeres que trabajan jornada completa dedican menos tiempo que aquellas mujeres de familias en donde la división del trabajo sigue un patrón más tradicional (hombre proveedor, mujer madre dueña de casa); la participación a jornada parcial de las mujeres mantiene intacto su compromiso de tiempo al compararlo con el de aquellas que no participan en el mercado laboral. Por su parte, los varones de hogares con dos proveedores a jornada completa comprometen más tiempo al cuidado que sus pares en hogares donde sólo ellos tienen un empleo, situación que no se observa si las mujeres trabajan a jornada parcial. Se observa además que esta relación es débil, pues cuando se desagrega la cifra de cuidado por tipo de cuidado, esta variable pierde significancia al incluir las características de la pareja en el modelo.

Desde la década de los 80 se ha observado cómo ha aumentado las cifras de participación en el empleo para las mujeres. Sin lugar a dudas la mayor presencia femenina ha permitido que las familias combatan situaciones de vulnerabilidad generadas por la falta de ingresos, contribuyendo a su vez a una mayor autonomía de las mujeres en el manejo de sus propios recursos. Sin embargo, tal como señala

Carrasquer para el caso español (2009), el aumento en la cifra de empleo esconde una forma de participación que no sólo es precaria en términos laborales (Rau, 2008), sino que también mantiene una manera de dividir las tareas que no se aleja de los patrones tradicionales donde es la mujer la principal responsable del cuidado de los niños y la participación de los varones resulta marginal para la provisión de este. En este sentido, aunque la mayor participación laboral pueda ser interpretada como una señal positiva hacia una mayor igualdad de género, esta cifra debe ser matizada por la importante proporción de trabajadoras a jornada parcial que siguen organizando su tiempo, y particularmente las tareas de cuidado, siguiendo un esquema tradicional que mantiene al tiempo de la mujer como tiempo para los otros, en este caso para los hijos.

La relación entre el tipo de jornada y el tiempo de cuidados permite señalar que la doble presencia no sólo afecta de manera distinta a hombres y mujeres, sino que también entre las mismas mujeres se observan diferencias, siendo posible hablar de distintos modelos de la doble presencia (Torns, et. al, 2002). Aunque tampoco las parejas donde ambos tienen un empleo a jornada completa representan el modelo en el cual la situación de las mujeres es la regla para ambos padres (esto es, donde ambos comparten una misma manera de la doble presencia), el modelo para las trabajadoras a jornada parcial revela una mayor desigualdad entre hombres y mujeres en el uso del tiempo. Estas mujeres no sólo deben cumplir con las exigencias de participar en el mercado laboral, sino que a su vez no pueden descuidar a sus hijos, manteniendo su “presencia” en el espacio doméstico tal como lo haría una madre sin empleo.

Los hallazgos en torno a la relación del tipo de jornada laboral y el tiempo dedicado al cuidado de los hijos ponen atención a que la relación entre cuidado y empleo no es una que va en una sola dirección. No es el empleo el que causa una distribución particular de los cuidados, sino más bien es la división sexual del trabajo - productivo y reproductivo - la que explica la presencia (o ausencia) de hombres y mujeres en el cuidado y su forma de participación en el mercado laboral. Carrasquer (2013) ha criticado fuertemente a sociólogas como Hakim que siguen entendiendo al empleo parcial en clave voluntarista. En el caso de España, Carrasquer observa que un porcentaje importante de trabajadoras a tiempo parcial (25%) señala que las responsabilidades familiares son las que las llevan a “optar” por este tipo de jornada. Carrasquer nota que este grupo se caracteriza por tener un perfil más joven, con una carga familiar importante. En el caso chileno, si bien existen investigaciones que han analizado como se ve afectada la participación laboral femenina en relación a la división sexual del trabajo, estos no han considerado las diferencias en relación al tipo de jornada, definiendo la participación como dedicar 1 hora o más al trabajo remunerado (Humphreys, 2007; Uribe-Echevarría, 2008). Futuras investigaciones debiesen considerar el tipo de jornada para analizar en mayor detalle la dinámica en torno al empleo a jornada parcial femenino.

El segundo objetivo específico de esta tesis, a saber, describir la relación entre la situación laboral de

los padres y el tiempo comprometido a actividades rutinarias y no rutinarias de cuidado, recogía la hipótesis de trabajo planteada por Craig y Mullan (2011) en la que el tiempo de cuidado como cifra agregada podía ocultar desigualdades en el tipo de cuidado que hombres y mujeres entregaban. El cuidado rutinario involucra tareas que tienen un cronograma de ejecución menos flexible (ej. alimentar a los niños, asearlos, acompañarlos al médico o a la escuela), y que a su vez se relacionan más con la idea de que el cuidado materno es un hecho biológico, tal como lo es el parto y la lactancia. Por su parte, el cuidado no rutinario se asocia a tareas de horario más flexible que involucran actividades como jugar, ayudar a los hijos en las tareas escolares, leer cuentos, aconsejar, entre otras. En países desarrollados se observa que los varones aunque han aumentado su participación en el cuidado, la mayor parte de su tiempo destinado a cuidar se reparte en tareas de carácter no rutinario.

Los resultados de esta tesis sugieren que en los hombres en Chile no ven afectado el tiempo que dedican a cuidados físicos y de acompañamiento (rutinario) por la participación laboral de sus parejas y de ellos mismos. Es tan bajo el tiempo que comprometen a este tipo de labores que controlando por características como el número de hijos, el nivel educativo de cada padre, su participación laboral, la presencia de servicio doméstico pagado y gratuito, entre otras, el tiempo promedio que dedican los hombres a estas tareas no es significativamente distinto de cero. Esta situación cambia levemente si al menos uno de sus hijos es menor de 5 años, aumentando en 32,1 minutos el tiempo dedicado a estas tareas. Sin embargo, si se compara con el tiempo que las mujeres dedican a este tipo de cuidado, esta participación sigue siendo 4 veces menor a lo comprometido por ellas.

Por el contrario, el tiempo dedicado a tareas como educar, jugar con los niños, leer cuentos y otras actividades no rutinarias, muestra una leve asociación con la presencia de ambos padres en el mercado laboral. Así, los varones de hogares donde ambos cumplen jornada completa dedican 17,5 minutos más que aquellos donde sus parejas no tienen un empleo. La asociación, no obstante, es débil puesto que al controlar por variables como la educación de la mujer, este grupo no se diferencia significativamente de los que dividen el trabajo de manera más tradicional. Aún así, el tiempo que dedican a este tipo de cuidado es considerablemente mayor a las tareas de cuidado físico y acompañamiento.

En la creciente literatura en torno a las masculinidades aparece varias veces la observación de que se estaría desarrollando un cambio en torno a las representaciones sobre la paternidad en Chile (Olavarría 2001a, 2004; Valdés, 2009). El padre hoy tendría un nuevo lugar, emergiendo un discurso presente sobre todo en los hombres más jóvenes que dice relación con la figura de un padre más involucrado, que se distancia de la figura autoritaria del “padre industrial” (Valdés, 2009). Para estos varones convertirse en padre no significa sólo asumir una responsabilidad como proveedores económicos de sus familias. También los llama a establecer relaciones más horizontales y cercanas tanto con sus hijos como con su pareja.

Sin embargo, considerando la asociación que pueden tener tareas como enseñar o aconsejar con la figura de autoridad familiar es posible plantear que el involucramiento de los hombres en el cuidado sigue estando esquematizada por una categorización tradicional de lo masculino y lo femenino. Las mujeres serían las principales responsables de los cuidados físicos, los que “por su naturaleza” como mujeres serían exclusivos de la maternidad (dar vida y mantenerla como una extensión del parto y la lactancia). Para los padres, por otro lado, este tipo de tareas les resultarían más ajenas, sintiéndose más cómodos (más en concordancia con sus esquemas prácticos) con actividades como jugar o enseñar. Así, aunque más cercanos y presentes en el espacio doméstico, podría plantearse que los hombres seguirían entendiendo su paternidad como un ejercicio de la autoridad en el espacio doméstico. Madrid (2017) plantea que el cambio que se desarrolla actualmente en las representaciones de la paternidad debe ser leído como una reconfiguración de la masculinidad hegemónica, y no necesariamente como el camino hacia una nueva concepción de la paternidad, más equitativa y democrática en las relaciones personales que establece. Los resultados de esta tesis aportarían evidencia en esta dirección.

Aunque aquellos varones sin empleo donde solo su pareja trabaja presentan la distribución de tiempo más opuesta a la división tradicional, esto no necesariamente puede ser leído como el resultado de una subversión de los patrones de género. Así lo ven autores como Barker, quien tras un estudio que involucró 83 historias de vida de varones que asumieron tareas de cuidado en un contexto de desempleo, observa que estos padres no sólo se sentían confundidos respecto de cómo cumplir con las tareas de cuidado, sino que también se veían a sí mismos como perdedores del sistema al no poder contribuir con dinero a sus hogares (CLAM, 2014). Barker agrega que no fueron las actitudes equitativas las que los llevaron a desarrollar comportamientos en esta línea, sino que el hecho de enfrentarse a la tarea de cuidar.

En relación a las mujeres, diferenciar por tipo de cuidado permite observar que efectivamente las tareas más rutinarias y que suponen un cronograma de tiempo más estricto, son las que más entran en conflicto en la conciliación de tiempo entre cuidado y empleo. Aunque estas mujeres también comprometen menos tiempo a actividades no rutinarias, para todos los casos en donde la mujer tiene un empleo a jornada completa se observa un compromiso de tiempo significativamente menor al de una madre donde solo su pareja tiene empleo.

La edad de los hijos, fuertemente vinculado a lo que la literatura denomina como el ciclo vital de las familias, viene a aumentar fuertemente el tiempo de cuidado rutinario de los padres, siendo especialmente importante este cambio en el caso de las madres. Como es de esperarse, en general los niños más pequeños demandan más atención y tiempo, el cual disminuye a medida que crecen y establecen cierto grado de autonomía en su cuidado personal. En este sentido, es posible plantear que la doble presencia no presenta realidades distintas dependiendo de los arreglos de tiempo entre empleo y cuidado; sino que también esta se vive de manera distinta a lo largo del período de vida de hombres y mujeres. Por

su parte, el que las madres con hijos más pequeños dediquen más tiempo a este tipo de tareas, también puede ser leído como una señal de que la asociación entre cuidado y maternidad sigue fuertemente vigente como principio que ordena la doble presencia femenina, haciendo más difícil la conciliación entre familia y trabajo para las mujeres jóvenes que se encuentran al “inicio” de la familia.

Para responder al tercer objetivo de esta tesis, esto es, describir cómo las parejas comparten las tareas de cuidado, se construyó una medida relativa de tiempo que permitiera identificar en qué proporción contribuyen hombres y mujeres al total de tiempo de cuidados que entregan a sus hijos como pareja. Para identificar además en qué tipo de tareas existe una contribución mayor, se distinguió en su construcción entre cuidado rutinario y no rutinario.

Así, analizando ahora la distribución de las tareas de cuidado entre las parejas, los resultados señalan que los hogares con dos proveedores con jornada completa tienen una distribución más equitativa del cuidado al compararlos con aquellos que distribuyen empleo y cuidado de manera más tradicional (hombre proveedor, mujer madre). No obstante, esta distribución aún está lejos de representar un modelo de doble presencia completamente equitativo. Si en promedio las mujeres de hogares tradicionales realizan el 74% del total de las tareas de cuidado (controlando por un set de variables personales y de la pareja), en el caso de las parejas de dos proveedores este valor desciende a 66%. En este sentido, si bien la presencia en el mundo laboral de las mujeres viene a ajustar la distribución de las tareas entre los padres, el género sigue teniendo una fuerte influencia en cómo el cuidado es compartido.

Pero no sólo estas cifras permiten indicar la distancia que aún separa a hogares de dos proveedores de un modelo más equitativo del cuidado. Como señalan Craig y Mullan (2011) una distribución realmente equitativa requiere que los varones se involucren más en la realización de tareas rutinarias, y no sólo participen de tareas ligadas al juego, la enseñanza y el disciplinamiento. En este sentido, se observa que si bien estos hogares muestran un ajuste que tiende hacia un modelo más equitativo, la participación de los varones sigue orientada a asumir el cuidado no rutinario, sin compensar la menor participación que sus parejas tienen en las tareas de cuidado físico y acompañamiento. Así, si ellas reducen su contribución a las tareas más rutinarias en mayor medida que las no rutinarias, los varones asumen una mayor participación en tareas no rutinarias que en las rutinarias. Considerando la participación de los hombres en relación al de sus parejas, puede plantearse que el modelo de doble presencia de ellos sería selectivo en cuanto a las tareas de cuidado para las cuales deciden hacerse de tiempo.

El camino hacia un modelo equitativo para los cuidados requiere que hombres y mujeres se comprometan a compartir por igual estas responsabilidades. En este sentido, no sólo basta que los hombres involucren más de su tiempo para esto. A su vez es necesario que las mujeres deleguen y compartan tareas con sus parejas, disminuyendo la participación que actualmente tienen. Los resultados sugieren que muchas mujeres buscan mantener una distribución de los cuidados similar a la de una madre que

no tiene empleo. Así por ejemplo, el grupo de mujeres en donde ambos son proveedores pero ellas mantiene una jornada parcial no tiene una participación distinta a de las mujeres donde sólo el hombre tiene empleo. A su vez, si bien las mujeres en jornada completa reducen su participación en el cuidado, estas siguen haciéndose de tiempo de manera que no igualan la participación que tienen sus parejas en este. Estos resultados apoyarían las conclusiones de Araujo y Martuccelli (2012) en relación a la creencia de que la presencia de la madre en el hogar es un factor decisivo para el bienestar de los hijos. Esta sería una visión que no sólo refuerza el lugar de las madres como principales cuidadoras, sino que a la vez excluye y deja fuera a los varones para que estos asuman una mayor responsabilidad. Así, incluso la presencia de otras familiares modifica la contribución de los varones a la tarea de cuidar. Aquellos hombres cuyos hogares cuentan con la ayuda de una familiar para tareas domésticas y de cuidado ven reducida de manera significativa su participación en la realización de tareas no rutinarias. Ante la presencia de estas mujeres los hombres siguen ocupando un lugar secundario y de espectadores del cuidado y la crianza de los hijos. Distinta es la situación respecto al servicio doméstico, cuya presencia aumenta leve pero significativamente el tiempo comprometido por los varones al cuidado. Este aspecto será retomado más adelante en esta sección.

Considerando que la participación de las mujeres en el mercado del trabajo no modifica de manera sustantiva la manera en que ambos padres se reparten las tareas de cuidado, es posible plantear como hipótesis que las mujeres elaboran complejas estrategias de tiempo para compatibilizar las exigencias laborales y familiares, preocupándose especialmente de estas últimas. Por otro lado, y aunque no signifique que los hombres no resientan el menor tiempo que pueden dedicar a sus hijos debido a lo extensas de sus jornadas, pareciera que el uso del tiempo de ellos sigue comandado por la centralidad del empleo en sus vidas. El concepto de doble presencia acuñado por Balbo (1978) buscaba señalar que la creciente presencia de las mujeres italianas en el mercado laboral *sempre* iba acompañada de una presencia en el espacio familiar que no descuidaba *il lavoro di cura*. Retomado en la actualidad por autoras como Torns o Carrasquer, el concepto de doble presencia permite señalar una capacidad para articular distintos ritmos temporales: los del mercado laboral y los del cuidado de los hijos. El sistema económico actual empuja a las mujeres al mercado laboral, exigiendo que las familias en las que ambos padres conviven con sus hijos se hagan cargo de estos sin descuidar sus responsabilidades en el mundo laboral. El que sean las mujeres las que asumen esta presión de manera más notable es un signo de la persistencia de un imaginario de lo doméstico donde el cuidado sigue siendo predominante femenino. Las mujeres seguirían siendo sujetos con capacidades privilegiadas para cuidar y atender mejor las necesidades de sus hijos, siendo el modelo familiar que actualmente permite satisfacer estas necesidades muy dependiente de cómo las mujeres disponen de su tiempo para estas.

Estas capacidades deben ser desplegadas a pesar de las consecuencias negativas que puedan acarrear para las mujeres (ej. no poder asumir mayores responsabilidades laborales, disminuir el tiempo de cui-

dado personal, entre otras), ubicándolas todavía en una posición subordinada en este modelo familiar. Los padres por su lado siguen desarrollando actividades relacionadas con la figura de autoridad, contribuyendo muy poco a las tareas más “femeninas” del cuidado. Frente a los resultados de esta tesis es posible preguntarse hasta qué punto es posible hablar de “nuevos padres” o de una “nueva maternidad”. Teóricamente tal vez resulte más provechoso entender, como señala Madrid (2017), que la transformación en las representaciones sobre la paternidad (y también la maternidad) responden más bien a una reconfiguración del modelo hegemónico tradicional, más que a la emergencia de nuevos discursos. Si bien esto no quiere decir que efectivamente hombres y mujeres no consideren que los padres deben establecer relaciones más cercanas con sus hijos, si implica que estos cambios deben ser leídos como una adaptación del modelo predominante de parentalidad.

Aunque el foco de esta tesis estuvo concentrado en entender la articulación entre empleo y cuidados, sus resultados permiten interrogar algunas hipótesis que han sido planteadas recientemente en torno a la reconfiguración del espacio doméstico. Una de estas es el lugar que ocupa la empleada doméstica como variable de ajuste temporal de las parejas. Araujo y Martuccelli (2012) plantean que los sectores medios y altos del país delegan gran parte de la “intendencia” doméstica a las “nanas”, quienes se harían cargo de gran parte de las tareas domésticas y de cuidado en el hogar. Los resultados de esta tesis sugieren, no obstante, que la empleada doméstica no sería un factor relevante para los ajustes de tiempo que las parejas realizan en torno al cuidado de sus hijos. En el caso de los varones, su presencia aumenta significativa pero levemente el promedio el tiempo que estos dedican al cuidado, mientras que para las mujeres no se observan diferencias significativas para quienes cuentan con este servicio. En este sentido, si bien la presencia de las “nanas” permite que los hombres puedan dedicar más tiempo a cuidados rutinarios (no así para cuidados no rutinarios), la dirección de la asociación iría en el sentido contrario a lo planteado por Araujo y Martuccelli al no observarse una delegación de este tiempo en estas mujeres (lo que correspondería a un signo negativo).

Esto no significa que las empleadas domésticas no cumplan un factor decisivo en la conciliación entre empleo y vida familiar. Buscando profundizar más en estos resultados se construyó un modelo adicional que incluyó las mismas variables que se utilizaron para explicar el tiempo de cuidado, pero ahora teniendo al tiempo de trabajo no remunerado para el propio hogar como variable dependiente. Los resultados de este modelo sugieren que la presencia de este servicio reduce significativamente el tiempo que las mujeres dedican a tareas como preparar comidas, limpiar, lavar ropa, etc., disminuyendo en promedio 51 minutos de tiempo en este tipo de actividades. En el caso de los hombres no se observa una asociación significativa. Si bien se requiere de un estudio más detallado para comprender como las parejas distribuyen su tiempo en torno al trabajo doméstico y de cómo afecta la contratación de una “nana” al reparto de este tipo de tareas, ciertamente los resultados de esta tesis no permiten indicar que las “nanas” permitan disminuir la carga de tiempo que las mujeres asumen en torno al cuidado. Esto

permite advertir lo que ya señalaba Himmelweit (2007): el cuidado es un trabajo distinto a otras tareas domésticas, por lo que no sólo resulta difícil encontrar sustitutos para este, sino que también enfatiza la necesidad de estudiarlo distinguiéndolo de otras tareas domésticas. Futuras investigaciones podrían profundizar en la articulación que los hogares hacen para responder a las tareas domésticas, así como también y considerando la relación que estas tienen con el cumplimiento de las tareas de cuidado, a la contribución que hombres y mujeres realizan de estas tareas y las de cuidado en su conjunto.

Otro aspecto que llama la atención es la no asociación entre los ingresos de la pareja y el tiempo de cuidados. La literatura en torno a este tema no es concluyente respecto de la asociación entre ingresos y cuidados. Aún cuando se probaron otras medidas de ingreso (como los quintiles de ingreso per capita) tampoco se observó una asociación significativa entre estas variables. Considerando que los modelos incluían variables que en la literatura aparecen como las más importantes para predecir el ingreso, utilizándose incluso como parte de las estrategias de imputación cuando los ingresos son un dato faltante en las encuestas (INE, 2015b), se construyeron modelos adicionales que excluían las variables de edad, relación con el mercado laboral y nivel de educación de ambos padres. Dejando estas variables fuera se confirma que el tiempo de cuidados de las mujeres no tiene una relación lineal con los ingresos totales de la pareja. Análisis adicionales no mostrados aquí señalan que en estos modelos sólo se observan diferencias en los extremos de la distribución: los quintiles más altos disponen en promedio de más tiempo que el quintil más bajo para cuidar a los niños, tanto para mujeres como para hombres. No obstante, este resultado no permite hablar de una asociación robusta entre ambas variables pues su relación se pierde al incluir variables significativas en la organización de los cuidados. Aunque sin lugar a dudas en un país desigual como Chile el dinero permite a las familias proveer de más y mejor bienestar a sus integrantes, es posible plantear como hipótesis que, además del género, es la educación de los padres, y especialmente la de las madres, la que se relaciona más fuertemente con el tiempo de cuidados. Mientras que todas las familias satisfacen de alguna u otra manera necesidades como alimentar, vestir o asear a los niños, no todas cuentan con los mismos recursos para dedicar tiempo a ayudar con tareas escolares o leer cuentos a los menores.

La conciliación entre cuidado y empleo es un aspecto que involucra a hombres y mujeres. Si el Estado en la historia ha cumplido un papel importante en consolidar un modelo de distribución del trabajo productivo y reproductivo entre los sexos, hoy debe asumir un rol más activo en promover un modelo que involucre a ambos por igual. El cuidado es una necesidad a la que deben responder todas las sociedades. Más que seguir entendiendo este como un asunto privado, que corresponde a las familias satisfacer, urge que el cuidado sea leído en clave de derechos (Torns et. al, 2002). Bajo este marco, no sólo los hombres debiesen participar de una manera distinta como cuidadores, sino que también la organización social del cuidado en la que participan también el Estado y sus políticas en torno a la conciliación, debiesen ajustarse para responder a las necesidades crecientes de cuidado y bienestar.

Este estudio no estuvo exento de limitaciones. Por un lado, instrumentos como las encuestas de uso del tiempo implican una mirada reduccionista de los cuidados, siendo inexplorables para estos afectos y emociones involucrados en la relación de cuidar. Por otro lado, la misma experiencia subjetiva del tiempo se encuentra oscurecida tras medidas del tiempo que tienen al reloj como referencia. Para hacer frente a estas limitaciones, autores como Yopo (2016a) abogan por herramientas alternativas a este tipo de encuestas, aunque sin descartarlas como instrumento para conocer las transformaciones que atraviesan hoy las sociedades en relación al cuidado.

Por otro lado, este estudio dejó fuera importantes grupos familiares que probablemente por su configuración resuelvan la articulación entre cuidado y empleo de manera distinta a las parejas heterosexuales que conviven en una misma vivienda. Así, en el análisis quedaron fuera los hogares monoparentales así como también los homoparentales. Mientras que para los primeros puede que el intercambio de solidaridades con la ex pareja u otros familiares sea fundamental para responder a la necesidad de cuidar (intercambios que no necesariamente estén exentas de roces y tensiones), en el caso de los hogares homoparentales se plantea la pregunta de si existirá en estos una distribución más equitativa de las responsabilidades.

También quedó fuera el análisis de otras dimensiones de la participación laboral, distintas a la jornada diaria de trabajo. Las relaciones laborales marcadas por una temporada acotada de ejecución de las tareas, las jornadas semanales que establecen distintos días y horarios de descanso para los trabajadores (ej. rubro de la minería, salud, entre otros) o la distancia con que se encuentra el lugar de empleo de la vivienda, son aspectos que quedaron fuera de la mirada de esta tesis, pero que probablemente tengan relevancia en la configuración de la doble presencia de los padres.

Finalmente, el cuidado no se restringe solamente al cuidado de los niños. Los ancianos, las personas dependientes por motivos de salud y los adultos en general son también sujetos de cuidado. Analizar la crisis que hoy pesa sobre los cuidados requiere pensar al cuidado como un problema que afecta e involucra a todos.

Bibliografía

Abramo, L. y Valenzuela, M. E. (2006). Inserción laboral y brechas de equidad de género en América Latina. En L. Abramo (Ed.), Trabajo decente y equidad de género en América Latina (pp. 9-62). Santiago, Chile: Organización Internacional del Trabajo.

Agresti, A. y Finley, B. (2014). *Statistical Methods for the Social Sciences*. 4th Edition. Pearson New International Edition.

Aguirre, R. (2009). La necesaria redefinición de la noción de trabajo. Problemas conceptuales y metodológicos. *Aportes para el Estado y la Administración Gubernamental*, Año 14, N° 25, pp. 35-51

Aguirre, R., Batthyány, K, Genta, N. y Perrotta, V. (2014). Los cuidados en la agenda de investigación y en las políticas públicas en Uruguay. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, núm 50, pp. 43-60. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - Sede Ecuador.

Alarcón, J., Castro, M., Frites, C., y Gajardo, C. (2015). Desafíos de la educación preescolar en Chile: Ampliar la cobertura, mejorar la calidad y evitar el acoplamiento. *Estudios Pedagógicos XLI*, No 2. pp. 287-303.

Altintas, E. (2015) Educational differences in fathers' time with children in two parent families: Time diary evidence from the United States, *Family Science*, 6:1, pp. 293-301.

Ansoleaga, E. y Godoy, L. (2011). Maternidad, trabajo y salud: la voz de los actores sociales. En Ansoleaga (ed.), *Mujer, Trabajo, Maternidad, Salud. Tensiones no resueltas del siglo XX y propuestas para el Bicentenario* (pp. 209–297). Santiago: UDP.

Araujo, K. (2005). Vida cotidiana y transformaciones de género: la esfera doméstica. *Revista de La Academia*, Vol. 10, pp. 77–117.

Araujo, K. y Martuccelli, D. (2012). *Desafíos comunes: retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. Santiago: LOM Ediciones.

Arriagada, I. (2010). La crisis del cuidado en Chile. *Revista de Ciencias Sociales*, N°. 27, (Ejemplar dedicado a: Uso del tiempo, cuidados y bienestar. Desafíos de Uruguay y la región), pp. 58-67

Badinter, E. (1991). *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Barcelona: Paidós.

Balbo, L. (1978). La doppia presenza, *Inchiesta*, 32, pp. 3-6.

Barcellos, S., Carvalho, L. y Lleras-Muney. (2014). Child gender and parental investments in India: Are boys and girls treated differently? *American Economic Journal: Applied Economics*, Vol. 6, No. 1,

pp. 157-189.

Bardasi, E. y Wodon, Q. (2006). *Measuring Time Poverty and Analyzing Its Determinants: Concepts and Application to Guinea*. MPRA Paper 11082, University Library of Munich, Germany.

Barker, G., y Aguayo, F. (2012) (coords.). *Masculinidades y políticas de equidad de género: Reflexiones a partir de la Encuesta IMAGES y una revisión de políticas en Brasil, Chile y México*. Rio de Janeiro: Promundo.

Barnes, M. (2015). *Gender Differentiation in Paid and Unpaid Work during the Transition to Parenthood*. *Sociology Compass*, Vol. 9(5), pp. 348-364.

Bartholomew, D., Steele, F., Galbraith, J. y Moustaki, I. *Analysis of Multivariate Social Science Data*. 2nd Edition. Chapman and Hall/CRC

Benería, L. (1981). *Reproducción, producción y división sexual del trabajo*. *Mientras Tanto*, núm. 6, pp 47-84.

Beck, U., y Beck-Gernsheim, E. (2002). *Individualization. Institutionalized individualism and its social and political consequences*. London: Sage.

Bittman, M., England, P., Sayer, L., Folbre, N., y Matheson, G. (2003). *When Does Gender Trump Money? Bargaining and Time in Household Work*. *American Journal of Sociology*, Vol. 109(1), pp. 186-214.

Birch, E., Le, A. y Miller, P. (2009) (eds.). *Household divisions of labour. Teamwork, gender and time*. Palgrave Macmillan.

Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Bourdieu, P. (2011). *Las estrategias de reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). *Respuestas. Por una Antropología reflexiva*. México: Editorial Grijalbo.

Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Bryson, V. (2008) *Time-Use Studies. A potentially feminist tool*. *International Feminist Journal of Politics*, 10(2), pp. 135-153.

Bustamante, C. (2011). *“Así, bien señora”. Construcción de identidad de género en dueñas de casa de clase media alta en Santiago*. Tesis para optar al título profesional de Socióloga. Universidad de Chile.

Departamento de Sociología.

Cameron, A., y Trivedi, P. K. (2005). *Microeconometrics: Methods and applications*. Cambridge; New York: Cambridge University Press.

Carrasco, C. (1992). El trabajo de las mujeres: producción y reproducción. Algunas notas para su reconceptualización. *Cuadernos de Economía*. Vol. 20, pp.95-109.

Carrasco, C. (2003). La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres? Utopías, nuestra bandera: revista de debate político, 195, pp. 151-173.

Carrasco, C. (2006). La paradoja del cuidado: necesario pero invisible. *Revista de Economía Crítica, Asociación de Economía Crítica*, Vol. 5, pp. 39-64.

Carrasco, C., Borderías, C. y Torns, T. (2011) (eds.). *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y Políticas*. Madrid: Los Libros de la Catarata.

Carrasquer, P. (2009) *La doble presencia. El trabajo y el empleo femenino en las sociedades contemporáneas*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona. Departamento de Sociología.

Carrasquer, P. (2013a). El redescubrimiento de cuidados: algunas reflexiones desde la sociología. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, Vol. 31, núm.1, pp. 91-113.

Carrasquer, P. (2013b). ¿Viejas fórmulas para nuevas realidades? El empleo a tiempo parcial en el modelo de empleo en España. XI Congreso Español de Sociología. Madrid, 10-12 de julio, 2013. Grupo 07: Sociología del Trabajo.

Chatzitheochari, S., y Arber, S. (2012). Class, gender and time poverty: A time-use analysis of British workers' free time resources. *British Journal of Sociology*, Vol. 63(3), pp. 451-471.

Chodorow, N. (1978). *The reproduction of mothering: Psychoanalysis and the sociology of gender*. Berkeley: University of California Press.

CLAM (2014). *Padres involucrados*. Reportaje del Centro Latinoamericano en Sexualidad y Derechos Humanos. (<http://www.clam.org.br/ES/destaque/conteudo.asp?cod=11364>)

Craig, L. (2006a). Does Father Care Mean Fathers Share?: A Comparison of How Mothers and Fathers in Intact Families Spend Time with Children. *Gender & Society* Vol. 20, pp. 259-281.

Craig, L. (2006b). Parental education, time in paid work and time with children: An Australian time-diary analysis. *British Journal of Sociology*, Vol. 57(4), pp. 553-575.

Craig, L., & Brown, J. (2017). Feeling Rushed: Gendered Time Quality, Work Hours, Nonstandard Work Schedules, and Spousal Crossover. *Journal of Marriage and Family*, Vol. 79(1), pp. 225-242.

- Craig, L., y Mullan, K. (2011). How Mothers and Fathers Share Childcare. *American Sociological Review*, Vol. 76(6), pp. 834-861.
- Craig, L., Powell, A., y Smyth, C. (2014). Towards intensive parenting? Change in the composition and determinants of mothers' and fathers' time with children 1992-2006. *The British Journal of Sociology*, Vol. 65(3), pp. 555-579.
- Dirección del Trabajo-Chile (2011). Encla 2011. Informe de Resultados. Séptima Encuesta Laboral. Santiago: Departamento de Estudios de la Dirección del Trabajo.
- Diez, F. (2001). Utilidad, deseo y virtud. La formación de la idea moderna del trabajo. Barcelona: Península.
- Donath, S. (1996). The other economy: a suggestion for a distinctively feminist economics. *Feminist Economics*, Vol. 6, no. 1, pp. 115-24.
- Dotti, G. y Treas, J. (2016). Educational gradients in parents' child-care time across countries, 1965-2012. *Journal of Marriage and Family*. Vol 78, pp. 1083-1096.
- Durán, J. (2006). La construcción social del concepto moderno de trabajo. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. Publicación Electrónica de la Universidad Complutense.
- Encalada, A. (2015). Definiendo la pobreza desde una óptica de tiempo, el caso de Gran Santiago. Tesis para optar al grado de Magíster en Políticas Públicas. Universidad de Chile. Facultad de Economía y Negocios.
- Eurofound (2016). Working time developments in the 21st century: Work duration and its regulation in the EU, Publications Office of the European Union, Luxembourg.
- Elías, N. (1989). *Sobre el tiempo*. España: Fondo de Cultura Económica.
- Everingham, C. (2002). Engendering Time: Gender equity and discourses of workplace flexibility. *Time & Society*, 11(2-3), 335-351.
- Fernández, J. M. (2005). La noción de violencia simbólica en la obra de Pierre Bourdieu: una aproximación crítica. *Cuadernos de Trabajo Social*, Vol. 18, pp. 7-31.
- Filgueira, F. (1998). El nuevo modelo de prestaciones sociales en América Latina: residualismo, eficiencia y ciudadanía estratificada. En Brian, R. (Ed.) *Ciudadanía y Política Sociales*. San José de Costa Rica: FLACSO/SSRC.
- Fisher, K. y Gershuny, J. (2016). *Multinational Time Use Study. User's Guide and Documentation*. Version 9, Centre for Time Use Research, University of Oxford.

Flaherty, M. (2013). Age and Agency: Time Work across the Life Course. *Time & Society* 22 (2), pp. 237-253.

Fraser, N. (1997). After the family wage: A Postindustrial Thought Experiment. En Fraser, N. *Justice Interruptus: Rethinking Key Concepts of a Post-socialist Age*. London: Taylor & Francis

Fraser, N. (2016). Las contradicciones del capital y los cuidados. *New Left Review* 100, pp. 111-132.

Frazis, H., y Stewart, J. (2012). How to Think about Time-Use Data: What Inferences Can We Make about Long- and Short-Run Time Use from Time Diaries? *Annals of Economics and Statistics*, (105/106), pp. 231-245

Gallardo, G., Gómez, E., Muñoz, M. y Suárez, N. (2006). Paternidad: Representaciones Sociales en Jóvenes Varones Heterosexuales Universitarios sin Hijos. *Psyche*, 15(2), pp. 105-116.

Groves, R., Fowler, Floyd., Couper, M., Lepkowski, J., Singer, E. y Tourangeau, R. (2009). *Survey Methodology*. 2nd Edition. Hoboken, NJ: Wiley-Interscience.

Himmelweit, S. (1995). The discovery of “unpaid work”: the social consequences of the expansion of “work”. *Feminist Economics*, 1:2, pp. 1-19.

Himmelweit, S. (2007). The prospects for caring: economic theory and policy analysis, *Cambridge Journal of Economics*, Volume 31, Issue 4, pp. 581–599.

Hochschild, A. (1995). The culture of Politics: Traditional, Postmodern, Cold-modern, and Warm-modern Ideals of Care. *Social Politics: International Studies in Gender, State & Society*, Vol. 2, Issue 3, pp. 331–346.

Hook, J. (2010). Gender Inequality in the Welfare State: Sex Segregation in Housework, 1965–2003. *American Journal of Sociology* Vol. 115, No. 5, pp. 1480-1523.

Humphreys, M. (2014). Distribución del uso del tiempo en la población del Gran Santiago: brechas de género y economías de cuidado. Tesis para optar al grado de Magister en Políticas Públicas. Universidad de Chile. Facultad de Economía y Negocios.

INE-Chile (2009). Encuesta Experimental sobre Uso del Tiempo en el Gran Santiago. Antecedentes Metodológicos y Principales Resultados.

INE-Chile (2015). Encuesta Nacional de Uso del Tiempo. Base disponible en: <http://www.ine.cl/estadisticas/menu-sociales/enut>

INE-Chile (2015a). Mujeres en Chile y Mercado del Trabajo. Participación laboral femenina y brechas salariales. Santiago, Chile.

INE-Chile (2015b). Métodos de imputación VII EPF: gastos diarios e ingresos de la actividad laboral principal y jubilaciones. Santiago, Chile.

INE-Chile (2016). Documento Metodológico ENUT 2015. Santiago, Chile.

INE-Chile (2018). Resultados CENSO 2017. Resultados disponibles en: <https://resultados.censo2017.cl>

INE-Chile (2018a). Informe de Calidad. VIII Encuesta de Presupuestos Familiares. Santiago, Chile.

James, G., Witten, D., Hastie, T. y Tibshirani, R. (2013). An introduction to statistical Learning with applications in R. Springer Texts in Statistics.

Jelin, E. (2010). Pan y afectos: la transformación de las familias. Argentina: Fondo de Cultura Económica

Kimmel, J. y Connelly, R. (2007). Mothers' Time Choices: Caregiving, Leisure, Home Production, and Paid Work. *Journal of Human Resources* 42(3), pp. 643-681.

Krüger, H., & Levy, R. (2001). Linking life courses, work, and the family: Theorizing a not so visible nexus between women and men. *Canadian Journal of Sociology*, 26, 145–166.

Mauro, A., Araujo, K. y Godoy, L. (2000). Trayectorias laborales masculinas y cambios en el mercado y trabajo. Ponencia presentada en: Segundo Encuentro de Estudios de Masculinidad/es. FLACSO, UAHC y Red de Masculinidades. Santiago, Chile.

Madero-Cabib, I., Gauthier, J., Le Goff, J. (2016). The Influence of Interlocked Employment–Family Trajectories on Retirement Timing, Work, Aging and Retirement, Volume 2, Issue 1, pp. 38–53.

Madrid, S. (2017). The good night kiss: fatherhood among corporate managers and the reconfiguration of hegemonic masculinity in Chile. *NORMA*, 12:3-4, pp. 240-255.

Martín, M. (2014). Los cuidados en las familias. Un estudio a través de tres generaciones de mujeres en Andalucía. Tesis Doctoral. Universidad Carlos III de Madrid.

Mejía, C. (2016). La centralidad del trabajo. Un análisis comparativo de España y Alemania. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona.

Mengotti, M. (2016). La Fabrique des garçons. L'Éducation des garçons de 1820 à aujourd'hui by Anne-Marie Sohn (review). *Population, English edition*, vol 71, no. 3, pp. 556-558. Project MUSE.

Meyer, P. (1981). El niño y la razón de estado. Madrid: ZERO

MIDEPLAN (2008). Impactos en el Sistema Familiar por la Incorporación de Mujeres al Mundo del Trabajo. Programas de Empleo y Empleabilidad del Sistema Chile Solidario. Documento Temático

elaborado por MIDEPLAN como material de apoyo al Seminario Protección Social y Género.

MINEDUC (2014). Antecedentes Generales del Nivel de Educación Parvularia en Chile. Documento de Apoyo. Gabinete Ministerial. Equipo Reforma Educacional Parvularia.

MINSAL (2017). Encuesta de Calidad de Vida y Salud (ENCAVI) 2015-2016. División de Planificación Sanitaria. Departamento de Epidemiología

Montecino, S. (1990). Símbolo mariano y constitución de la identidad femenina en Chile. *Estudios Públicos*, 39, 283–290.

Montecino, S. (1997). Palabra dicha. Escritos sobre género, identidades, mestizajes. Universidad de Chile. Facultad de Ciencias Sociales. Colección de libros electrónicos.

Montecino, S. (2002). Nuevas femeneidades y masculinidades. Una mirada de género al mundo evangélico de La Pintana. *Estudios Públicos*, 87, pp. 73-103.

Moreno, N., Moncada, S., Llorens, C. y Carrasquer, P. (2011). Doble presencia, trabajo doméstico familiar y asalariado: espacios sociales y tiempos. ISTAS, UAB. España.

Moro, O. (2016). La sociología como metodología crítica de la ciencia: La historia social de las ciencias sociales de Pierre Bourdieu. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, N. 11, pp. 71-91.

Naciones Unidas (2006). Guía de elaboración de estadísticas sobre el empleo del tiempo para medir el trabajo remunerado y no remunerado.

Núñez, M. (2015). Imaginarios culturales del cuidado en Chile: Trabajo y economía en larga duración. *Polis (Santiago)*, 14(41), pp. 461-479.

OIT (2013). 19a Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo. Informe II. Ginebra, 2-11 de octubre de 2013.

Olavarría, J. (2001). Y todos querían ser (buenos) padres. Varones de Santiago de Chile en conflicto. Santiago: FLACSO-Chile.

Olavarría, J. (2004). Modelos de masculinidad y desigualdades de género. En Lomas, C. Los chicos también lloran: identidad masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación. Barcelona: Paidós. pp. 205-212.

PNUD. (2009). La manera de hacer las cosas. Santiago, Chile: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

PNUD. (2010). Desarrollo Humano en Chile. Género: los desafíos de la igualdad. Santiago, Chile: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

- Rapoport, B. y Bourdais, C. (2008). Parental time and working schedules. *Journal of Population Economics*, Vol. 21, Issue 4, pp. 903-932.
- Rau, T. (2008). El trabajo a tiempo parcial en Chile. *Trabajos de Investigación en Políticas Públicas*, N. 6. Departamento de Economía, Universidad de Chile.
- Rodríguez, M. (2005). La Construcción de la Identidad Femenina Adolescente: una encrucijada entre el culto mariano y el mundo público. Tesis para optar al Grado de Magíster en Estudios de Género y Cultura Latinoamericana. Universidad de Chile. Centro Interdisciplinario de Estudios de Género.
- Rosemblat, K. (1995a). Por un hogar bien constituido. El Estado y su política familiar en los Frentes Populares, En Godoy, L., Hutchison, E., Rosemblatt, K., and Zárata, M. S. (eds) *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago: SUR/CEDEM.
- Rosemblat, K. (1995b). Masculinidad y trabajo: el salario familiar y el estado de compromiso, 1930-1950. *Proposiciones. Aproximaciones a la Familia*. Santiago: Ediciones Sur.
- Rubin, G. (1975) *The Traffic in Women: Notes on the "Political Economy" of Sex, Toward an Anthropology of Women*, pp. 157–210.
- Sayer, L., Bianchi, S. y Robinson, J. (2004). Are Parents Investing Less in Children? Trends in Mothers' and Fathers' Time with Children. *American Journal of Sociology*, Vol. 110, No. 1, pp. 1-43.
- SERNAM. (2009). Valorización del Trabajo Doméstico No Remunerado. Documento de Trabajo N°111. Santiago: Departamento de Estudios y Capacitación. Santiago, Chile.
- SERNAM. (2014). Estructura de Restricciones a la participación laboral y a la autonomía económica de las mujeres: Estudio orientado a mejorar las políticas de equidad de género. Santiago, Chile.
- Sohn, A. (s/f). The european man, a hegemonic masculinity, 19th-21st centuries. EHNE digital encyclopedia. (<https://ehne.fr/en/article/gender-and-europe/european-man-hegemonic-masculinity/european-man-hegemonic-masculinity>)
- Souza-Poza, A., Schmid, Hans. y Widmer, Rolf. (2001) The Allocation and Value of Time Assigned to Housework and Child-care: An Analysis for Switzerland. *Journal of Population Economics* 14, pp. 599-618.
- Stewart, J. (2013). Tobit or not Tobit? *Journal of Economic and Social Measurement*, Vol. 38(3). pp. 263-290
- Sullivan, O. (1997). Time Waits for No (Wo)man: An Investigation of the Gendered Experience of Domestic Time, *Sociology* 31(2): 221–40.

- Sullivan, O. (2010). Changing Differences by Educational Attainment in Fathers' Domestic Labour and Child Care. *Sociology*, 44(4), 716–733.
- Sullivan, O. (2013). What Do We Learn About Gender by Analyzing Housework Separately From Child Care? Some Considerations From Time-Use Evidence. *Journal of Family Theory & Review*, 5(2), pp. 72-84.
- Sullivan, O., Billari, F. y Altintas, E. (2014). Fathers' Changing Contributions to Child Care and Domestic Work in Very Low-Fertility Countries: The Effect of Education. *Journal of Family Issues*, 35(8), 1048–1065.
- Sunkel, G. (2004). La Familia desde la Cultura ¿Qué ha cambiado en América Latina? en Reunión de Expertos “Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: Necesidad de Políticas Públicas eficaces”. Santiago: CEPAL.
- Todaro, R. (2010). El tiempo en disputa: trabajos y sistemas de cuidado. En CEM (2010). Cuadernos de Investigación 4: ¿Malos tiempos para un buen trabajo? Calidad del trabajo y género, pp. 39-53.
- Torns, T. (2001). La doble presencia: ¿una propuesta para lograr la conciliación? Jornada “Doble jornada-Doble Presencia” Pamplona, 17 de octubre de 2001.
- Torns, T., Carrasquer, O., Borrás, V. y Roca, C. (2002). El estudio de la doble presencia: una apuesta por la conciliación de la vida laboral y familiar. Proyecto I+D+I Exp. no 37/00 (2000-2002). Informe de Investigación. Vol. 1
- Tronto, J. C. (2015). *Who Cares? How to Reshape a Democratic Politics*, Cornell University Press.
- Tronto, J. C., & Fisher, B. (1990). Toward a Feminist Theory of Caring. In E. Abel, & M. Nelson (Eds.), *Circles of Care* (pp. 36-54). Albany, NY: SUNY Press.
- Uribe-Echeverría, V. (2008). Inequidades de género en el mercado laboral: el rol de la división sexual del trabajo. Cuaderno de Investigación N° 35. Santiago: División de Estudios. Dirección del Trabajo.
- Valdés, X. (2004). Familias en Chile: rasgos históricos y significados actuales de los cambios. En Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces. Reunión de expertos, 28 a 29 octubre de 2004. Santiago: CEPAL
- Valdés, X. (2007). Notas sobre la metamorfosis de la familia en Chile. Reunión de Especialistas: Futuro de las familias y desafíos para las políticas públicas. 22-23 noviembre 2007, Santiago: CEPAL.
- Valdés, X. (2009). El lugar que habita el padre en Chile contemporáneo: Estudio de las representaciones sobre la paternidad en distintos grupos sociales. *Polis* vol.8, n.23, pp. 385-410.

Valdés, T., Benavente, M., y Gysling, J. (1999) *El Poder en la Pareja, la Sexualidad y la Reproducción*. Mujeres de Santiago. Santiago: FLACSO-Chile.

Yeung, W., Sandberg, J., Davis-Kean, P. y Hofferth, S. (2001). Children's Time With Fathers in Intact Families. *Journal of Marriage and Family*. Vol 63(1)

Yi, S., McCann, Deirdre, M., Messenger, J., y International Labour Organisation. (2007). *Working time around the world: Trends in working hours, laws and policies in a global comparative perspective*. Routledge studies in the modern world economy. London; New York: Routledge; Geneva: ILO.

Yopo, M. (2016a). El tiempo de las mujeres en Chile: repensar la agencia. *Revista de Estudios Sociales*, núm. 57. pp. 100-109. Universidad de Los Andes Bogotá, Colombia.

Yopo, M. (2016b). Enacting motherhood: time and social change in Chile. *Journal of Gender Studies*. pp 1-17.